

Lunas

ANGELS
ALEMANY

y estrellas

El último tatuaje I



RUBRIC

Lunas y estrellas. El último tatuaje I.

Primera edición, diciembre 2020

©de la obra : Angels Alemany

Instagram: @angels.alemany

Edita: Rubric

www.rubric.es

C/ María Díaz de Haro, 13 1ª

Diseño de cubierta: Rubric

No se permitirá la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de su autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

ANGELS ALEMANY

*Lunas
& estrellas*

El último tatuaje I

*A Dylan,
nuestra estrellita en el cielo.
Mamá y papá no te olvidarán.*

ÍNDICE

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Agradecimientos](#)

Capítulo I

Noviembre

El comandante acababa de dar el aviso por turbulencias y Julia sintió una presión de sobra conocida en el pecho. Esa sensación de asfixia que padecía cada vez que tenía miedo.

—¿Turbulencias? —exclamó Julia, alterada. Y, sin pensar, agarró con fuerza la mano de Viktor y cerró los ojos, repitiéndose en voz baja que no pasaría nada.

Le sucedía siempre que se subía a un avión. A pesar de no tener miedo a volar, las turbulencias y aterrizajes violentos la aterraban. Llevaba casi un año sin volver a casa y estaba nerviosa, ya que tenía una gran noticia que dar a sus amigas y a su familia. Pero ese vuelo se estaba haciendo especialmente largo. Era noviembre y había tormentas en gran parte de Europa, así que atravesar todo eso era sinónimo de turbulencias y de un viaje más que movido.

Viktor la miró alucinado. Su mente volvió al momento justo en que Julia le dijo en el aeropuerto que le daban miedo las turbulencias y recordó que no la quiso creer. Entendía que hubiera gente que tenía miedo a volar, a los accidentes aéreos, pero no a que el avión se moviera un poco. Se quedó observándola como un imbécil y no pudo evitar dibujar una sonrisa dulzona. Le sorprendió que ella reaccionara agarrándole la mano, como si fuera un hermano, un novio, un amigo. Sentía sus dedos apretando con una fuerza que a él solo le provocaba cosquillas y sonrió al sentirse afortunado de estar en su vida y de ser su amigo.

Alberto, que iba escuchando música al otro lado de Viktor, fue testigo de la escena y le dio un codazo. Viktor se giró y contuvo la respiración, preparándose para oír cualquier burla por parte de su compañero, pero Alberto se limitó a sonreírle y guiñarle un ojo, como si se alegrara por él. Viktor se lo agradeció con la mirada, pues si hubiera hecho algún comentario, por bajito que lo hubiera dicho, Julia podría haberlo oído. Y eso hubiera creado una situación incómoda y vergonzosa para ambos, completamente innecesaria. Quizá por eso Alberto no dijo nada, simplemente se limitó a preocuparse por ella.

—Julia, ¿estás bien? —Se quitó los cascos un momento y se inclinó hacia delante para que ella lo viera.

Julia abrió los ojos, cayendo en la cuenta de que las turbulencias todavía no habían empezado, y se sintió avergonzada al ver que tanto Viktor como Alberto la estaban mirando. Observó su mano y soltó la de Viktor de sopetón, más avergonzada aún.

—¡Perdón! —se disculpó ella por ese exceso de confianza, apartando la mirada de él.

—Tranquila, para eso estamos aquí. —Viktor le sonrió con calidez, transmitiéndole tranquilidad.

Julia buscó tímidamente sus ojos de nuevo y asintió de manera muy sutil.

Alberto se recostó en el asiento y se volvió a poner los cascos. En ese momento sonaba *The Pretender*, de Foo Fighters. Mucho más interesante que las conversaciones de Julia, que le resultaban de lo más tediosas. Y, aunque le podían las ganas de saber qué harían y qué se dirían ellos dos, decidió hacer lo correcto por una vez y no entrometerse.

—Es que... me asusto enseguida... ¿Quién diría que soy una isleña y que he tenido que volar un montón de veces porque el avión es la única manera de salir de ahí?

—Puedes ir en barco —se burló Viktor entre risas.

—Como si pudieras ir en barco a muchos sitios —masculló, cruzándose de brazos.

—Oye, ¿qué me estabas diciendo? —preguntó él con tono sereno, intentando calmarla.

—No lo sé, se me ha olvidado ya —declaró Julia, dubitativa y todavía alterada.

—Creo que me estabas hablando del tiempo que llevabas sin volver —insistió Viktor sin dejar de mirarla a los ojos. Necesitaba darle conversación para distraerla de las posibles turbulencias.

—¡Ah, sí! Hace casi un año que no vuelvo. Vine el año pasado en Navidad, pero, salvo los momentos que estuve con mis amigas, solo podía pensar en regresar a Estocolmo. —Puso los ojos en blanco.

Viktor se sentía incapaz de entenderla. Él era muy familiar y tenía muy buena relación con sus padres y su hermano, y solo estaba deseando tener vacaciones para ir a verlos. Cuando alguien le contaba que no se llevaba bien con su familia, suponía que eran rencillas tontas y quejas exageradas.

—¿Por qué dices eso? —preguntó, arrugando ligeramente el ceño.

—Porque yo no tengo la relación que tienes tú con tu familia. Con mi hermana sí, ella es genial, nos llevamos muy bien y no se mete, pero mis padres... —levantó la mirada buscando la manera de decirlo— siguen creyendo que cometí el error de mi vida dejando a Carlos y yéndome a —hizo gestos de comillas— «la otra punta del mundo», como dicen ellos, a buscarme un trabajo que podría haber tenido allí mismo. Siempre la misma historia. Cada vez que hablo con ellos acaban la conversación igual. «Estamos muy contentos por ti, hija, de que conozcas nuevos lugares, gente nueva, de que estés aprendiendo idiomas, pero creemos que cometiste un gran error. Podrías haber viajado y aprendido idiomas igualmente, no hacía falta irte a la otra punta del mundo» —repitió en tono de burla aquellas palabras que estaba tan harta de oír.

—Suecia no está en la otra parte del mundo —añadió Viktor como si fuera lo más obvio del mundo.

—Lo sé. Para ellos todo lo que esté lejos es la otra parte del mundo. Lo cual tiene sus ventajas, porque así estoy lo suficientemente alejada como para que no vengan. —Julia cruzó los brazos de manera orgullosa. No le gustaba hablar de sus padres porque nunca tenía nada bueno que decir.

—Pero volviste en Navidad —insistió él buscando una explicación lógica.

—Ya, pero hacía poco que me había ido y pensaba que sería normal que pensarán así, que necesitaban tiempo y que ya se les pasaría. Además, me daban vacaciones y quedarme en Estocolmo, en Navidad, yo sola..., pues no me hacía mucha gracia. Así que vine, vi a mi hermana y a mis amigas, descansé del mal tiempo, disfruté mis horas de sol y volví a Estocolmo. Pero siguen igual, ¿sabes? Igual. No se alegran de que esté feliz, de que haya conocido a otro chico maravilloso..., nada. Así que este año la Navidad la pasaré en Suecia con Marcus.

Viktor no pudo evitar sentir una punzada al oír la manera en la que hablaba de Marcus. ¿Chico maravilloso? A él no se lo parecía. Y, como venía siendo habitual, empezó a preguntarse si eran los celos los que le hacían pensar así.

—Hablas como si les cayera mejor ese tal Carlos que su propia hija.

—Sí, ¿verdad? ¿Por qué les cae tan bien? ¿Porque es abogado? ¿Porque tiene su propio piso y estabilidad económica para los próximos cincuenta años, como mínimo? ¿Eso es más importante que yo?

Viktor trataba de controlar la presión de su mandíbula para aparentar indiferencia. Ese Carlos tenía pinta de ser otro pijo, y se preguntaba por qué ella siempre acababa con esa clase de chicos siendo tan natural y sencilla.

—Oye y... ¿qué pasó con él? Con Carlos..., ¿qué pasó? —Viktor titubeó un poco al preguntar.

—¿A qué te refieres? ¿A por qué rompimos? —dijo ella frotándose las manos en el pantalón.

Una turbulencia agitó la aeronave y provocó una pequeña sacudida en los asientos. Julia cerró los párpados, elevó la barbilla y todo su cuerpo se tensó al instante durante unos pocos segundos, hasta que notó que el avión dejó de moverse. En cuanto abrió los ojos, se encontró la mirada apreciativa de Viktor y sintió la caricia de sus dedos cuando tomaron su mano en un gesto casi sedante.

—Tranquila. Estoy aquí. Me estabas contando qué pasó con Carlos.

—Pues... —Julia titubeó y soltó su mano de golpe para poder gesticular—. Pues que se fue rompiendo poco a poco. Llegaron la comodidad, la monotonía, las peleas tontas, el malestar... No fue culpa de uno u otro, sino de los dos. Él llegaba tarde del trabajo y yo me quedaba dormida esperando; luego, el día que podía y quería salir a algún lado, yo había quedado con mis amigas y... parecía que no nos importara mucho, ¿no? Era como..., bueno, que no llegó de repente, fue un tiempo de estar pasándolo mal y ya me cansé. Y, como no veía posible trabajar de lo mío, me informé de los programas de *au pair*, me subí en un avión y aterricé en Estocolmo unas semanas más tarde. Eso a mis padres no les gustó, porque ya me había independizado, me habían —volvió a hacer gestos de comillas— «colocado» y yo de un día para otro me fui sin decir nada.

—¿No le dijiste nada a nadie? —preguntó él, completamente asombrado.

—Se lo conté a mi hermana unos días antes de irme y a Carlos le dejé una nota. Mi hermana flipó, pero me prometió no decir nada a nuestros padres hasta que me hubiera marchado. Fue la mejor decisión que tomé en mi vida. Sinceramente, no sé qué sería de mí si siguiera viviendo allí. Me fui y mira... ¡me voy a casar! —Julia sonrió ampliamente, rezumando felicidad en cada milímetro de su rostro.

—¿Y tú dices que eres miedosa? ¡Hay que ser muy valiente para hacer eso!

—Creo que si me lo hubiera pensado un poco no lo habría hecho. Pero... la verdad es que no habría aguantado mucho más tiempo.

Viktor y Julia siguieron conversando durante el resto del vuelo. Ella le explicó lo maravillosa que era la isla donde nació, todos los sitios a los que quería llevarlos; le habló de sus amigas, de su infancia y de cualquier cosa que se le viniera a la mente. Como era de esperar, hubo turbulencias durante todo el trayecto, pero Viktor le estuvo dando conversación para distraerla y que no pensara en ello.

En el momento de aterrizar, Julia le agarró la mano a Viktor. No sabía si iba a ser una maniobra suave o violenta y necesitaba tranquilizarse. Cerró los ojos y empezó a respirar fuerte, como si estuviera llenando una bolsa de aire. Viktor la observó. Su mirada viajó por un mechón del largo y castaño cabello de Julia, que le caía por encima del hombro. Siguió su camino por el brazo, hasta la mano. Llevaba las uñas pintadas de color cereza y el anillo que le regaló Marcus. Sabía perfectamente que él jamás podría pagar un anillo así y apretó su mandíbula al recordar el momento en que Julia se lo contó.

Viktor la había ido a buscar para llevarla a su clase de baile. Abrió la puerta para que Julia entrara en el coche, pero ella no se movió. Se quedó allí de pie, dando saltos de alegría, con una de esas sonrisas imposibles de borrar.

—¡Mira! —Levantó la mano izquierda, donde lucía un brillantísimo anillo de compromiso en el dedo anular—. ¡Me caso!

—¿En serio? —preguntó él con una sonrisa forzada, aunque perfectamente disimulada.

—¡Síiiiiii! ¡Todavía no me lo creo! No me lo esperaba para nada.

—¡Enhorabuena! —La abrazó cordialmente, llenando sus fosas nasales del dulce perfume que ella usaba, *Classique*, de Jean Paul Gaultier. La abrazó por educación, pero la verdad era que así le parecía más fácil disimular su desilusión.

Él solía estar feliz cuando ella estaba feliz, pero en esa ocasión le resultaba imposible. Sabía que si se casaba con Marcus perdería cualquier oportunidad con ella. Incluso cabía la posibilidad de que Marcus decidiera prescindir de sus servicios y le cambiara el escolta. Era un combate imaginario en el que claramente ya había un ganador. Viktor y Marcus no tenían tan buena relación. En alguna ocasión, Marcus ya había querido despedirlo porque estaba un poco celoso de la buena sintonía que su novia tenía con el que

supuestamente debía protegerla. Pero Julia intervino y le pidió que no lo hiciera, que allí no tenía muchos amigos, y menos aún españoles. Y, para contentarla, decidió dejar las cosas tal y como estaban. Marcus había estado muy pendiente de Viktor desde que empezó a sospechar que pudiera estar enamorado de su novia, y buscaba cualquier mínimo detalle que lo confirmara.

Cuando Viktor vio ese anillo, fue consciente de lo que aquello significaba. Para él estaba más que claro que Marcus lo había hecho para alejarla de él, y no tanto porque quisiera casarse con ella. Lo mismo que sucedió cuando Marcus se mudó al apartamento donde vivía Julia, a quien le dijo que lo hizo para pasar más tiempo con ella, porque por motivos de trabajo no se veían mucho. Pero al propio Viktor, en un momento que Julia no estaba presente, le explicó algo que le sonó a «marcar territorio». Marcus disfrutaba haciendo ese tipo de comentarios para provocar los celos de Viktor, para hacerle saber que Julia era suya y que, a su lado, él era un muerto de hambre que no tenía nada que ofrecerle.

Cuando el avión hubo aterrizado, Julia abrió los ojos y soltó la mano de Viktor como si le quemara. Este le sonrió, haciéndole ver que todo estaba bien y que no pasaba nada. Alberto, que no había perdido detalle de lo ocurrido, se desabrochó el cinturón y, levantándose a por el equipaje de mano, dijo:

—Bueno, «parejita», hemos llegado. Parece que hace sol, ¿no? Nada que ver con Estocolmo. Creo que me va a gustar este sitio. A ver, la maleta de la futura señora Andersson... Y aquí están las nuestras. Vik, ¿me ayudas un momento?

—Sí, claro. —Se levantó rápidamente como si hubiera un muelle en el asiento.

Julia se estremeció al oír el concepto «señora Andersson» en voz alta. Hasta ese momento no había pensado en que la iban a llamar así, o que iba a cambiar su apellido. Eso la inquietó, dudando de sí misma, de si se estaría precipitando con la boda.

—Alberto, ¿crees que todos me llamarán «señora Andersson» ahora? —preguntó Julia, con un aire de angustia en la voz.

—¿Qué tiene de malo? Es solo un nombre. Tú lo quieres, ¿no? Te va a llevar a Costa Rica, como querías. Te vas a casar en Mallorca, como querías. Tu nombre como tal no va a cambiar, ¿qué más da como te llamen? —le respondió quitándole importancia.

Viktor lo fulminó con la mirada.

—Supongo que tienes razón. —Miró su anillo y sonrió de manera tonta. Marcus siempre se había portado de maravilla con ella y era encantador. En algún momento le comentó que soñaba con viajar a Costa Rica desde los quince años y él le prometió ir allí de luna de miel. Y también había accedido a celebrar la boda donde ella había crecido. Aunque para esto último no le costó convencerlo, ya que el clima era mejor y todos los invitados estarían encantados. Miró el anillo una vez más antes de levantarse de su asiento para salir, recordando todos los motivos que la habían llevado a aceptarlo.

En cuanto abrieron las puertas y salieron del avión, se dirigieron hacia la zona de recogida de equipaje. Buscaron su cinta, se hicieron con un carrito y fueron a buscar las maletas. Cuando llegaron, estas todavía no habían empezado a salir y Julia se puso nerviosa pensando en los días que le esperaban allí. No le gustaba volver a casa sabiendo que sus padres no se iban a alegrar de la idea de la boda. Nunca habían querido conocerlo ni saber nada de él. Y ahora no les quedaría más remedio que hacerlo, ya que Marcus llegaría unos días más tarde.

—Oye, Julia, nos invitarás a la boda, ¿no? Quiero venir aquí de vacaciones, no por trabajo —preguntó Alberto, de manera graciosa.

—¡Claro! —Julia se rio. A pesar de tener sus diferencias con él, siempre le había parecido un chico muy divertido y algo payaso—. Si no será un muermo de fiesta. —Julia le guiñó un ojo.

A Alberto le gustó la respuesta y levantó la mano con la palma abierta. Julia la chocó con la suya y sonrió. Eso la ayudaba a destensarse un poco.

Viktor estaba muy serio esperando a que salieran las maletas. No le hacía gracia ir a aquella boda y pensaba que tendría que inventarse una excusa creíble para no asistir. Pero, con la amistad

que tenían, difícilmente iba a funcionar. ¿Qué excusa pones para no ir a la boda de un amigo? Cada vez tenía más claro que iba a vivir el infierno de verla recorrer el pasillo al altar para casarse con otro. Llevaría un vestido carísimo y la boda saldría en revistas y periódicos. Habría tantos invitados que podría llegar a escaquearse sin que ella se diera cuenta. Alberto lo cubriría. Tal vez no haría falta excusa, al fin y al cabo.

Cuando tuvieron las maletas fueron a buscar la salida. Las puertas se abrían cada vez que alguien pasaba por ellas. Julia veía a sus amigas y a su hermana esperándola a lo lejos y corrió a saludarlas, gritando cual una adolescente en un concierto. Cuando ellas la vieron, también gritaron y corrieron a su encuentro. Julia se abrazó a ellas con lágrimas de felicidad en los ojos. Hacía meses que no se veían. A lo lejos, Alberto y Viktor se habían quedado pasmados con el carrito de las maletas. Nunca la habían visto así y estaban conociendo a una nueva Julia.

—Esto es nuevo, trabajamos para una adolescente —ironizó Alberto de manera graciosa—. Oye, tú, cambia esa cara o se dará cuenta. Y recuerda que el viernes llega Marcus, a ver si cambias el chip.

—¿«Parejita»? ¿En serio? —Viktor respondió con una doble pregunta en un tono más agudo del habitual, haciéndole ver a su amigo lo mal que le había sentado el comentario de antes.

—Me salió sin querer; os vi así, cogiditos de la mano... Hacéis buena pareja, en serio, creo que debería estar contigo...

—¿«Futura señora Andersson»? —siguió con sus preguntas, ignorando por completo cualquier respuesta.

—¡Eh! Intentaba ayudarte, le he sembrado dudas. —Alberto levantó los brazos en son de paz—. Venga, vamos, que se empezará a preguntar dónde estamos...

—¿Tú crees? —Miraron hacia Julia, que estaba con sus amigas, enseñándoles el anillo, sonriendo y abrazándose—. Ni se ha dado cuenta de que seguimos aquí.

—Vamos... —Alberto comenzó a caminar, obligando a Viktor a seguirlo.

Julia estaba hablando con sus amigas y su hermana cuando sus escoltas aparecieron con las maletas. Allí estaban Sara —su mejor amiga desde los cuatro años—, Helena —su hermana—, Alicia y Alba.

Sara era una chica muy inteligente e intuitiva, que conocía a Julia tan bien que sabía lo que pensaba solo con mirarla. Tenía una larga y rizada cabellera rubia, la piel clara y pecosa, y unas piernas largas y estilizadas. Solía vestir con mucho estilo y sofisticación y siempre iba con la manicura perfecta.

Alicia conocía a Julia desde los seis años y era la más sensible y soñadora de todas. Aunque algo mojigata, deseaba encontrar al gran amor de su vida, casarse y tener hijos, y, cuando su exnovio la dejó en el último curso de carrera, se quedó tan destrozada que acabó los estudios un año más tarde. Ella llevaba una media melena castaño claro, liso y con un flequillo ladeado. Era algo bajita y siempre solía vestir bastante recatada, excepto cuando salían de marcha, que desempolvaba su minifalda «de salir».

Alba entró a formar parte del grupo a los doce años. Ella era una chica que disfrutaba de la vida sin importarle lo que pensarán los demás. Desde que tuvo una mala experiencia con un novio en la adolescencia decidió que no quería tener más parejas y empezó a disfrutar de los chicos sin etiquetas, formalismos ni exclusividades. Tenía una cabellera negra, abundante y lisa que le caía a la altura de los hombros, y un cuerpo despampanante que siempre se esforzaba en realzar.

Alba descubrió a dos tíos altos y bastante corpulentos detrás de Julia. Ambos llevaban un traje negro con camisa blanca y, a pesar de estar, a su parecer, igual de buenos, había ciertas diferencias entre ellos. Uno era moreno, con los ojos marrones, llevaba el pelo corto con un

flequillo espeso hacia delante y una barba muy sexi de tres días. El otro, en cambio, tenía el pelo muy corto y rubio y los ojos azules. La piel era muy clara y se le notaban algunas pecas. Alba advirtió que llevaban la maleta de Julia, la misma que le habían regalado en un cumpleaños para que se fuera a Costa Rica con Carlos, cosa que nunca sucedió.

—Julia, ¿quiénes son esos y por qué tienen tu maleta? —Dirigió la mirada hacia ellos.

—Chicas, ellos son Alberto —señaló al chico moreno— y Viktor —señaló al rubio—, mis escoltas.

—¡Ah, sí! Que lo dijiste, pero entendí que solo era uno... —apuntó Alicia.

—Es uno, pero no trabajan veinticuatro horas, siete días a la semana; pobrecitos. Como vengo varios días aquí, han viajado los dos conmigo y así se turnan.

—¡Ah! —exclamaron todas al unísono.

Alba los inspeccionó de arriba abajo, comiéndoselos con la mirada. No tenía pareja y, así como Alicia seguía esperando un novio como agua de mayo, ella solo quería disfrutar de la vida y añadir chicos a su lista de conquistas, todos buenorros de alto nivel, por supuesto. Y estos lo eran. Vaya que si lo eran. Por un momento le tuvo envidia a Julia y pensó que si estuviera en su lugar ya se los habría tirado a los dos, o no podría vivir con esos machos todo el día. Sacó su abanico y empezó a agitarlo para darse aire. Ese pensamiento le dio bastante calor. Siempre llevaba uno encima, aun en invierno, y las demás sabían que cuando sacaba el abanico era porque había visto algo que le gustaba mucho. Alguien, más bien.

—¡Alba! ¿En serio? —se quejó Alicia—. ¿Otra vez? Contigo no se puede ir a ningún lado.

Las demás se rieron, incluida la hermana de Julia, que también conocía ese código porque lo había oído muchísimas veces. Los chicos no entendían nada, pero Alberto dibujó una sonrisa canalla al descubrir que las amigas de Julia eran todas guapísimas y tenían un cuerpazo espectacular. Cada vez estaba más convencido de que acompañar a Julia en ese viaje había sido una idea genial.

—Bueno, creo que hay que irse, tengo que hacer el *check-in* en el hotel.

—Julia, cariño —tanteó Helena con la voz suave—. Sé que estás muy enfadada con ellos, pero a mamá y a papá les gustaría verte, dicen que quieren hablar contigo y puedes ir a casa si lo deseas...

—No insistas, Helena, ya los veré —replicó Julia, levantando una mano para detenerla.

Y, sintiéndose dolida consigo misma, por la relación que tenía con sus padres, se dirigió hacia el mostrador del *rent a car* para recoger el coche que Marcus había alquilado. Las chicas la acompañaron y, cuando Viktor se hizo con la posesión de las llaves, todos se dirigieron al aparcamiento. Las amigas insistieron en que querían ver cómo era el hotel, de modo que se organizaron para ir todos hacia allí. Como no cabía el equipaje de los tres en el coche, las maletas de Julia las llevó su hermana y Alba insistió en ir en el coche con aquella. Nadie tuvo nada que objetar, así que se repartieron en los vehículos y pusieron rumbo hacia el hotel.

En el coche de Julia estaban un poco callados. Viktor iba conduciendo y tenía a Alberto de copiloto, mientras que las chicas iban detrás. Alberto quería conducir, pero Viktor, en un momento que las amigas iban distraídas hablando, le pidió hacerlo él porque no estaba de humor y necesitaba concentrarse en algo. Tras un breve debate, Alberto lo dejó conducir a cambio de que mejorara esa cara luego.

—Oye, Julia, ¿cómo no nos habías dicho que tus escoltas eran tan guapos? —Alba se atrevió a romper el silencio con una pregunta que desconcertó a los demás ocupantes del vehículo.

—¡Alba! —exclamó Julia, avergonzada.

—No sé cómo puedes vivir allí, viendo a estos dos armarios todos los días sin tirártelos.

—¿Qué dices? ¿Cómo eres tan bruta? Si tuvieras que ir con ellos a todas horas, los verías como a hermanos. —Julia sintió cómo sus mejillas se enrojecían mientras deseaba desesperadamente que los chicos no hubieran oído aquello. O que tuvieran alzhéimer y se olvidaran enseguida. O que se la tragara la tierra. Lo que fuera más probable.

Viktor lo oyó y se dio cuenta de que para ella siempre sería algo así como «un hermano». Fue como un jarro de agua fría. Las pocas posibilidades que creía tener con ella se derrumbaron como un castillo de naipes.

—Lo dudo mucho, imposible que los viera como hermanos. —Alba se llevó el dedo índice a la barbilla y frunció el ceño, reflexionando.

—¡Alba! —exclamó Julia, rozando el límite de su paciencia.

—Vale, ya me callo, pesada. Que sí, que te vas a casar, que Marcus te ha regalado un anillo que vale tanto como mi piso, que te va a llevar a Costa Rica, a ver si esta vez es verdad...

—No es Carlos, Alba —la cortó Julia en un tono muy seco.

—Bueno, a Marcus no lo conocemos aún. Pero todavía me acuerdo de cuando te regalamos la maleta. Sara dijo: «no irán a Costa Rica, lo sé» y, bueno..., no fuisteis a Costa Rica...

—Sara dice muchas cosas.

—Sara tiene razón en casi todo lo que dice. La tuvo esa vez, aunque no quería tenerla. Nos dijo que ojalá se equivocara, porque te quiere mucho, pero...

—Nunca le gustó que saliera con él, y eso lo sabes. Pero no quiero hablar de eso ahora, ¿vale? —Julia miró por la ventanilla, evitando a su amiga.

—Vale... —Alba calló. Necesitaba encontrar algo que la hiciera reír para que se animara un poco, pero no encontró nada demasiado «adecuado». ¿Cómo es Marcus en la cama?

—¡Alba! —Julia se giró hacia ella de nuevo, desesperada. Había conversaciones que no quería tener delante de sus escoltas. Al fin y al cabo, estaban contratados por Marcus.

—Los suecos tienen pinta de ser unos sosos... —continuó, en un intento de picarla.

—Eso es un bulo.

—¡Ah! O sea, que bien, ¿eh? —Alba esbozó una sonrisa pícaro.

Julia se rio y le hizo gestos para indicarle que luego le contaría más.

Alberto se estaba riendo también, le parecía una situación increíblemente cómica. No tenía idea de que Julia fuera así de divertida, solo conocía a la chica plasta que hablaba por los codos. En cambio, Viktor era incapaz de concentrarse en la conducción. Se equivocaba de camino y estaban dando vueltas todo el rato.

—Oye, Julia... —intervino Alberto—, no sabía que tenías unas amigas tan divertidas. ¿Vendrán a la boda?

—Pues he estado hablando de ellas casi todo el vuelo...

—¿Antes o después de que os cogierais la mano Viktor y tú?

—¡Pero cállate! —soltó Viktor dando un golpe al volante. Ese tipo de comentarios eran los que tenía que controlar. Alberto se arrepintió al instante y le pidió perdón a Viktor en voz baja.

—¿Cómo? ¿Qué me he perdido? —preguntó Alba confundida, a la vez que Viktor.

—Nada. Turbulencias, ¿vale? Ya sabes cómo me pongo. —Julia quiso restarle importancia al asunto, pero Alba no tenía muy claro que fuera por eso, así que calló y no dijo nada más en todo el viaje, esperando poder hablar con ella a solas en otro momento.

El hotel estaba situado a varias calles detrás del paseo marítimo y ofrecía unas vistas impresionantes del puerto al situarse en una zona más elevada de la ciudad. Cuando llegaron, las chicas ya estaban esperando en la recepción con las maletas de Julia y enfrascadas en una conversación absurda y aburrida para matar el tiempo. Se notaba que Alba era la que hacía reír al

grupo, aunque fuera a base de hacerles pasar la vergüenza más absoluta.

—¿Por qué habéis tardado tanto? —preguntó Sara, preocupada—. Nosotras hemos llegado hace veinte minutos y hemos salido más tarde.

—Es que nuestro chófer no es de aquí y se ha perdido, vaya rodeo ha dado... —intervino Alba—. Pero hemos venido riéndonos y todo, ¿a que sí, Julia? —Alba le dio un codazo a Julia, quien asintió con una sonrisa mordaz.

—Sí, Alba. Nos hemos divertidos mucho todos —respondió en un tono demasiado irónico.

Julia se acercó al mostrador de recepción para realizar el *check-in*. Marcus había reservado una *suite* para Julia, que compartiría más adelante con él, y una habitación *twin* pegada a la *suite* para Alberto y Viktor. Mientras estaban revisando los documentos, el botones se apresuró a montar las maletas en el carro para subirlas a las habitaciones. Un camarero les sirvió una copa de Moët & Chandon que Julia aceptó encantada, pero como Alberto y Viktor estaban trabajando les ofrecieron sus copas a las amigas de Julia.

—Aquí tiene, señorita Vidal. *Suite* 708. La estancia ya está pagada y los gastos están incluidos. Solo tiene que indicar el número de habitación y se cargará lo que solicite al mismo número de tarjeta con la que se hizo la reserva. Está todo anotado aquí, no se preocupe. Señores Bergström y Ramos, habitación 706. Su estancia está pagada en régimen de pensión completa, pero cualquier gasto no incluido lo deberán abonar aparte. Son habitaciones independientes, pero intercomunicadas; ¿de acuerdo? La puerta está abierta, tienen la llave en el mueble de la televisión, por si les interesa. Estos son los horarios de piscinas, gimnasio, sauna... Ahora no están abiertas las piscinas exteriores, naturalmente, pero tenemos una climatizada con agua salada. Pueden subir por ese ascensor del fondo, las maletas ya se encuentran en la habitación. Esta es la carta de servicios; si necesitan cualquier cosa, no dude en contactar con nosotros. Bienvenidos y disfruten de su estancia.

Julia se acabó la copa de champán y recogió la llave, despidiéndose amablemente de la chica de recepción. Como no cabían todos en el ascensor, Viktor y Alberto esperaron abajo para subir después y así, de paso, evitar al grupo de «adolescentes locas». Julia ya se había acostumbrado al lujo, cada vez que viajaba con Marcus iban a hoteles de cinco estrellas y no precisamente a las habitaciones más económicas. Sus amigas y su hermana observaban todo completamente alucinadas. Al principio les costaba creérselo. Y cuando les contó que Marcus le había puesto escolta porque en su familia recibían amenazas con cierta frecuencia, se pensaron que les estaba tomando el pelo. Al final tuvieron que admitir que había hecho un buen fichaje.

—Mamá y papá tendrían que ver esto, creo que no se lo acaban de creer —comentó Helena, convencida de que pensaban que todo era una mentira para hacerles creer que estaba con alguien mejor que Carlos.

—No se lo creerán ni el mismo día de la boda—sentenció Julia después de resoplar.

Cuando llegaron al último piso, buscaron la *suite* 708, abrieron la puerta y se oyó un «wow» colectivo. La puerta daba a un salón enorme con dos sofás y dos sillones, una mesa de comedor con cuatro sillas, un armario para los abrigos, un bar y una televisión de grandes dimensiones. Tenía una terraza amplia conectada con la habitación, en la que se veían un *jacuzzi*, dos tumbonas y una mesa con dos sillas. El bar estaba surtido con todo lo necesario, además del detalle de bienvenida del hotel, consistente en unos bombones y una cesta de frutas. En una mesita había un ramo de flores con una nota. Julia pensó que era otro detalle de cortesía del hotel, pero, en cuanto vio la tarjeta de cerca, descubrió que las había mandado Marcus. Su mirada y su sonrisa no podían desprender más felicidad.

A la izquierda estaba la puerta que daba a la habitación de los chicos, mientras que a la derecha

se encontraba el dormitorio de la *suite*. Julia se apresuró a entrar en ella. Era tan grande como el salón y estaba presidida por una cama *king size* bastante alta y muy cómoda, llena de almohadas. Tal y como le gustaba a ella. Había una puerta que daba a un baño de amplias dimensiones que incluía un ambientador de mikado y una cesta con todo tipo de *amenities*. Las amigas hicieron una inspección rápida y se sorprendieron de ver un teléfono en el baño.

—¡Como en *Pretty Woman*! —exclamaron prácticamente al unísono.

Julia fue a buscar las maletas —que se encontraban en un rincón cerca de la entrada— para colocar su ropa en el armario de la habitación y colgó su abrigo en el armario del salón. Sus amigas decidieron esperarla sentadas en los sofás, comentando las ganas que tenían de conocer a Marcus y si tendría algún hermano.

Mientras tanto, los chicos estaban colocando su ropa y uniformes de repuesto en el armario de su habitación. La suya era similar al dormitorio de la *suite*, pero no tan grande y con un pequeño balcón, separado de la terraza de la *suite* por una pared. Constaba de dos camas individuales, un pequeño sofá-cama que permitía la ocupación triple en caso de necesidad y un escritorio estándar, donde dejaron algunas de sus pertenencias.

—Tío, a ver si cambias esa cara... —sugirió Alberto, viendo que su amigo seguía muy serio.

—Cuando venga Marcus el viernes, ni se te ocurra hacer ningún comentario parecido a los que has hecho hoy, ¿de acuerdo? Como lo de antes en el coche, ¿a qué coño ha venido eso? ¿Te das cuenta de lo que puede pasar si dices eso delante de Marcus? —le espetó, levantando el brazo y señalándolo con el dedo.

—Dudo que te eche. Ahora que se va a casar con ella, te lo estará restregando por la cara durante un tiempo.

—Lo sé, pero... ¿qué le pasará a ella? Ese tío es muy posesivo. Me da miedo que le pueda hacer daño.

Esa simple idea lo aterrorizaba. Veía a Marcus como alguien posesivo y autoritario y no se fiaba de él para nada. Pero ¿era realmente así? A veces dudaba. Porque Julia siempre le explicaba lo encantador que era con ella y lo bien que se sentía con él. O Alberto, que, más allá de lo déspota que era con ellos dos como jefe, nunca había visto nada raro con Julia. ¿Por qué con los demás era tan normal y buena persona? ¿Sería cierto que lo hacía por celos y por marcar territorio ante un nada probable rival? Pero, de ser así, ¿cómo iba él a competir con un millonario que encima la trataba fenomenal?

Un golpe suave en la puerta lo sacó de sus cavilaciones.

—¡Chicos! —Julia estaba gritando al otro lado—. ¿Puedo pasar? Nosotras nos vamos a tomar algo. —Hizo una pausa esperando una respuesta que no se producía—. No es necesario que vengáis...

Alberto miró a Viktor, quien no parecía preparado para un segundo *round*. Rebufó y abrió.

—Yo voy —dijo—, no quiero que *mister Andersson* nos eche la bronca por dejarte sola.

—¡Qué pesado es! Venga, no me vaya a pasar algo —se quejó Julia poniendo los ojos en blanco.

—Vamos. Espera a que coja la llave. —Alberto fue a buscar la llave del coche, pero no la veía. Viktor le llamó la atención y se la lanzó—. Gracias, Vik, nos vemos luego. —Alberto salió de la habitación y cerró la puerta con una mirada de reproche dirigida a su amigo.

Viktor se cambió de ropa y se tumbó un rato en la que decidió que sería su cama para intentar descansar un rato. Había dormido muy mal la noche anterior por la tensión de estar una semana con ella, sin Marcus. ¿Cómo sería tenerla tan cerca y pasar tanto tiempo a su lado? Tensión que aumentaba con la insistencia de Alberto diciéndole que moviera ficha, que impidiera que se

casaran. ¿Cómo iba a hacer eso, si ella estaba enamorada de Marcus? No había ni una mínima posibilidad.

Solo quería dormir un poco, pero le estaba costando. Quizá por eso se encontraba de tan de mal humor. Empezó a darle vueltas a la cabeza por todo lo que había ocurrido ese día: cuando fueron a buscar a Julia a casa, cuando iba conduciendo camino al aeropuerto y miraba por el retrovisor buscando su sonrisa —porque ese día estaba muy contenta—, cuando llegaron al aeropuerto, cuando facturaron las maletas, cuando estaban esperando el embarque del vuelo mientras tomaban algo en una cafetería, cuando ella se pasó más de tres horas hablando en el avión y, sobre todo, cuando le sujetó la mano con tanta fuerza que se le encogió el estómago. Quería que ese momento hubiera durado para siempre, pero fue un instante tan breve que le costaba recordarlo con detalle. La recordaba a ella, con su pelo castaño, largo y ondulado, respirando profundamente a su lado. Porque ella le había pedido expresamente que se sentara ahí.

Al rato de haberse quedado dormido, el sonido estridente de un teléfono lo despertó. No sabía de dónde venía, pero no parecía el de la habitación y tampoco era su móvil. Se levantó rápidamente de la cama y, al hacerlo, advirtió que era el teléfono de la *suite* el que estaba sonando. Sin pensárselo dos veces, salió corriendo a responder antes de que colgaran:

—*Suite* de *miss* Vidal, soy Viktor.

Capítulo 2

Julia estaba con sus amigas en una mesa del bar del hotel, disfrutando de una tarde de chicas tomando unos refrescos y unos aperitivos —algo que solía hacer cuando todavía vivía allí—. Su hermana se había tenido que ir porque la habían llamado del hospital donde trabajaba, y Alberto estaba unos metros detrás, pendiente de todo. Julia les contaba a sus amigas los detalles de la pedida, algo que tenía muchas ganas de compartir con ellas.

Marcus la había llevado a pasar un fin de semana en la nieve. Era octubre y todavía estaban cerradas la mayoría de las pistas de esquí. No obstante, ya había algunas abiertas en los Alpes, así que viajaron a Austria. Y aunque Julia era virgen en el arte del esquí y se sentía un poco torpe, le hacía ilusión probarlo para tachar una cosa más de su lista.

El vuelo en avión privado fue movidito, pero Marcus estaba a su lado, para sujetarle la mano, para decirle que no iba a pasar nada, para tranquilizarla. Como hacía en todos los viajes que habían realizado juntos. Una vez que llegaron al aeropuerto, los esperaba un coche a la salida del avión. Henrik, el escolta de Marcus, fue a buscar la llave y los papeles y, cuando estuvo todo listo, pusieron rumbo al hotel, que estaba a pie de pista y tenía aspecto de cabaña moderna. La *suite* en la que se alojaron era una maravilla. Tenía vistas a las montañas nevadas y cualquier cosa que uno necesitara para que no hiciera falta salir de la habitación. Y Julia, en el momento que entró y vio todo aquello, no quiso hacerlo y empezó a holgazanear en la cama.

—Julia, tenemos que bajar a comer —insinuó él, que se moría de hambre después del vuelo que habían tenido.

—¿Por qué no llamas al servicio de habitaciones y que nos lo traigan? —suplicó ella poniendo morritos.

—Está bien... —Marcus sonrió, derrotado. No podía negarle nada en aquellas circunstancias—. Dime qué quieres —propuso acercándole la carta para que escogiera su comida.

Julia leyó detenidamente el menú. Normalmente había muy pocas cosas que pudiera comer, ya que era vegana y por lo general todo tenía carne o queso, de manera que siempre tenía que hacer variaciones.

—Una ensalada especial, sin queso ni atún, con extra de aceitunas, y un hummus —especificó mientras le devolvía la carta para que él eligiera y llamase.

En el tiempo que Marcus estuvo llamando para pedir la comida, Julia hizo un recorrido por la habitación mientras él la seguía con la mirada.

Llevaba un año saliendo con ella. Aunque, para ser más exactos, al día siguiente se cumplía un año desde la primera cita. Nunca había estado tanto tiempo con ninguna chica y creía a pies juntillas que Julia era la definitiva.

Marcus colgó el teléfono y, como la comida tardaría media hora en llegar, se descalzó y se quitó la camisa para ponerse un jersey más cómodo. Había perdido la pista de Julia, que llevaba un rato en el baño, y supuso que estaría revisando todos los *amenities* por si faltaba algo. Poco después, ella salió del baño con el albornoz. Marcus la observó con mucha atención. Iba descalza y no había rastro de pantalones o medias e intuyó que pudiera estar desnuda. Tragó saliva. Ella se acercó a él, dándole vueltas a la cuerda del cinturón, y él, que todavía no se había puesto el jersey, lo tiró al suelo. Ella se acercó a los pies de la cama y, con una voz de lo más seductora, dijo:

—¿Cuánto van a tardar?

—Media hora.

—Suficiente.

En el mismo momento que pronunció esa palabra, soltó el cordón del cinturón y abrió el nudo. Julia estrenaba un nuevo conjunto de Victoria's Secret color rosa que había comprado especialmente para ese viaje. Se quitó el albornoz y se abalanzó sobre Marcus, que la besó fogosamente mientras ella se apresuraba a desabrocharle el pantalón. Él llevaba unos días llegando tarde a casa, cansado, y ella lo esperaba medio dormida en el sofá. Sobra decir que ambos tenían muchas ganas. Tenía que ser rápido, así que no estaban para jueguecitos previos. Y en esa ocasión, además, no los necesitaban. Se deseaban tanto el uno al otro que estuvieron listos para la acción en menos de cinco minutos.

Julia se estaba duchando en el momento en que el servicio de habitaciones tocó a la puerta. Cuando salió del baño, se encontró con la mesa puesta y la comida lista para servir. Marcus se había encargado de abrir y dejarlo todo listo. Ella se sentó y empezó a servirse. Él se sentó inmediatamente después y la contempló. No podía creer que alguien así estuviera con él. Una chica tan guapa, divertida, genuina, alegre... Aunque lo que más le gustaba de ella era que le encantaban los niños. La había visto con sus sobrinos y le parecía la mejor madre para sus hijos.

—No te voy a servir la comida —comentó Julia de manera graciosa comprobando que Marcus no hacía nada.

—Lo siento. —Comenzó a servirse—. Estaba pensando en una cosa.

—¿Qué cosa? —preguntó Julia con mucha intriga.

—Nada, una cosa del banco. Da igual, este fin de semana soy todo tuyo; he apagado el móvil del trabajo, ¿recuerdas?

A Julia no le gustaba mucho que le dedicara tanto tiempo al trabajo. Esa fue una de las cosas que falló en su anterior relación y siempre le insistía mucho. Marcus era consciente de ello, por eso sacaba horas y días completamente libres de trabajo para estar con ella. Y cada vez que tenía algún fin de semana libre la llevaba de viaje a diferentes lugares. Porque a Julia le encantaba ver mundo. Y a Marcus le aterraba la idea de que se cansara y lo dejara. Por eso él siempre se esforzaba en compensar todo lo que pudiera hacer mal, fuera o no su culpa, y en hacerla feliz. Su felicidad lo cautivaba y tenía una alegría contagiosa. Por muy mal que él se sintiera, verla sonreír le alegraba el día.

Después de comer, Julia se echó una siesta y Marcus se puso a leer el periódico, como de costumbre. Cuando él vio que estaba despertándose, se tumbó a su lado para que lo viera a él antes que nada. Y lo primero que Julia vio al despertar fue su sonrisa bobalicona.

—*God morgon*, princesa. ¿Vamos a la piscina? Se va a hacer de noche y habrá unas vistas preciosas del atardecer.

—¿Piscina? ¿No hará frío? —preguntó Julia con cierto reparo.

—El agua está caliente, vamos. —Marcus se levantó y le ofreció una mano.

Julia se sujetó a Marcus y se levantó.

—Vale..., voy a buscar el bikini —respondió ella, no del todo convencida.

Marcus y Julia llegaron a la piscina y descubrieron que estaba completamente vacía.

—¿Seguro que está caliente? Aquí no hay nadie —musitó ella con desconfianza.

—Estarán todos en las pistas. Venga —Marcus se quitó el albornoz—, uno, dos y... —Se tiró al agua en modo bomba, salpicándolo todo. Cuando sacó la cabeza la animó a ella a imitarlo—. Vamos, Julia, está hirviendo.

Julia dudó. Pero metió la mano en el agua y comprobó que estaba caliente. Antes de arrepentirse, se quitó el albornoz y sintió un aire gélido recorrer su cuerpo. Sentía como si se hubiera metido en una nevera industrial en bañador. No podía esperar más o moriría congelada. De modo que cerró los ojos y se lanzó.

Dentro del agua notó el calor, era como una sauna. Nadó hasta Marcus, que tenía ganas de jugar y se movía por toda la piscina. Cuando por fin lo alcanzó, lo acorraló contra el bordillo y lo besó de manera suave. Marcus aprovechó un descuido para escaparse y se fue a la otra punta con la intención de que Julia lo fuera a buscar.

Pero ella se quedó inmóvil, lo miró y, en ese momento, hizo una cosa que jamás pensó que haría. Se quitó la parte de arriba, la cogió con una mano y la levantó para enseñársela a Marcus. Enseguida sintió como si fuera a perder el brazo por congelación y volvió a meterlo en el agua. Marcus volvió enseguida y atrajo su boca para devorarla sin piedad en un beso altamente erótico. Puso una mano en la parte baja de su espalda y la otra en uno de los pechos, masajeándolo suavemente. Julia echó la cabeza hacia atrás y le rodeó la cintura con las piernas para mantenerse a flote cuando él aventuró una mano hacia la zona más sensible y delicada de su cuerpo. Poco a poco, el astro rey iba cayendo en el horizonte a la vez que las manos de ambos iban sobando el cuerpo del otro, desnudándose y dejando paso a la mejor experiencia de sus vidas, hasta que lograron culminar a la vez, testigos de la mejor puesta de sol que habían contemplado nunca.

Al día siguiente, se levantaron temprano para ir a las pistas. Julia estaba preocupada por no saber esquiar, aunque la verdad es que le avergonzaba que viera lo realmente torpe que era. Pero Marcus la tranquilizó llevándola a la pista *baby* para que pudiera aprender y prometiéndole que no le iba a pasar nada, porque seguro que aprendería rápido. Cuando llegó a la pista y vio que todo eran niños, se sintió ridícula. ¿En qué momento le había parecido buena idea ir a esquiar? Seguro que aquellos niños esquiaban mejor que ella. Pero, como decía su amiga Alba cuando iban de viaje, «aquí nadie nos conoce»; sonrió y se armó de valor. ¿Qué era lo peor que podía pasar? Daba igual, nadie la conocía. Marcus se alejó de la pista para no molestar, quedándose en un lugar donde pudiera verla y estar atento.

Al cabo de un rato, cuando Julia ya sabía moverse con los esquís y le parecía hasta divertido, oyó que Marcus la llamaba y se fue hacia él.

—Julia, mira lo que han escrito aquí en la nieve —le dijo señalando unas ramas en el suelo. Ella desvió la mirada hacia lo que Marcus le indicaba. Había una frase en sueco escrita con ramitas y cosas recogidas del suelo: *Vill du gifta dig med mig?* Se puso cardíaca al instante.

—¿Quieres casarte conmigo?

La voz de Marcus la trajo de vuelta a ese momento. Era real, no estaba soñando. Enseguida oyó una música que conocía a la perfección: *Spanish Eyes*, de Backstreet Boys, su grupo favorito. Ella se giró hacia la música y lo vio arrodillado, sujetando un anillo y cantando la canción. Julia abrió la boca para hablar, pero se quedó muda. No se lo esperaba para nada. Empezaron a pasar muchísimas cosas por su cabeza, como que tenía solo veinticinco años o que llevaban juntos un año solamente. ¿No era muy precipitado? ¿No era una jodida locura? Pero, por otro lado, estaba muy bien a su lado y quería seguir con él, para siempre. Se veía igual de enamorada que el primer día. «Tic, tac. Julia, di algo». La vocecilla de su interior le indicaba que tenía que apresurarse o Marcus entendería que lo estaba rechazando.

—¡Sí quiero! —Y, en ese mismo instante, Marcus se levantó para abrazarla y besarla delante de un público que aplaudía emocionado.

Pasaron toda la tarde hablando de lo que querían para la boda, de sus ideas, deseos, inquietudes, etcétera. A la hora de la cena bajaron al restaurante, en el que Marcus ya había encargado un menú especial para celebrar la noticia.

—¿Vas a querer ir a casa para contárselo a tu familia o les darás la noticia por Skype? —preguntó él pinchando una patata con el tenedor.

—Creo que tendría que ir a casa, y así veo a mis amigas. Uhm... —Julia adoptó una expresión reflexiva—, de hecho, creo que tendrías que venir conmigo, porque ni siquiera te conocen.

—Tienes razón. Cuando volvamos a casa revisaré mi agenda y vemos si en unos quince o veinte días podemos ir un fin de semana.

—Yo había pensado en ir más tiempo, hace mucho que no voy —tanteó Julia, algo decepcionada.

—*Älskling*, ahora mismo no puedo estar fuera tanto tiempo... Pero puedes ir tú antes y volver más tarde, no hay problema con eso. Mandaré a Alberto y a Viktor para que vayan contigo.

—¿Hace falta? —preguntó ella pronunciando esas palabras muy lentamente.

—Ya lo hemos hablado, no quiero que te pase nada.

—Está bien...

Una vez que acabaron de cenar, subieron a la *suite*. Costaba diferenciarlos de una pareja de adolescentes; iban juntos, de la mano, con una sonrisa de felicidad y desesperación viendo que el ascensor tardaba una eternidad. Cuando por fin entraron en la suite, se abalanzaron el uno sobre el otro y empezaron a besarse y tocarse como si todo el tiempo del mundo no fuera suficiente. Julia llevaba un vestido vaporoso y Marcus le acarició el muslo, subiendo la mano poco a poco. Para su desgracia, el teléfono de la habitación empezó a sonar. Ambos se detuvieron y dejaron de besarse.

—No lo cojas —suplicó ella, con un brillo de desesperación en los ojos.

—Tengo que hacerlo —dijo él, soltándola y corriendo hacia el teléfono.

Julia suspiró con fuerza, decepcionada. Todo parecía tan bonito, tan perfecto... Pero así era la realidad con Marcus. Y ella había aceptado casarse con un hombre que le daba una de cal y una de arena. Que un día le dedicaba las palabras y los gestos más bonitos y hacía que se sintiera la persona más especial del universo, y al siguiente se conformaba con verla un par de horas. Pero a ella le compensaba. O eso creía en ese momento. Sintiendo la decepción como una carga, se arrastró hasta el baño para ponerse el camisón y desmaquillarse y, después de asegurarse de que Marcus seguía al teléfono y que había para rato, se metió en la cama. Él estuvo hablando alrededor de una hora por teléfono y, cuando acabó, ella ya se había quedado dormida. La besó en la mejilla, se cambió la ropa, puso la alarma del despertador y se fue a dormir. A la mañana siguiente les tocaría madrugar para ir al aeropuerto y volver a Estocolmo, a su vida de siempre. La real.

Viktor se encontraba en el salón de la *suite* contestando al teléfono. Estaba un poco aturdido al haberse despertado bruscamente y le costaba concentrarse.

—Viktor, soy *mister* Andersson, ¿está mi prometida ahí? —Marcus sonaba preocupado al otro lado de la línea.

—No, *mister* Andersson. Ha salido hace un rato con sus amigas. Alberto ha ido con ella.

—¿Sabe dónde está? No logro contactar con ella.

—Ehm... —No tenía ni idea, pero debía ser profesional y ofrecer una respuesta mejor que esa. Echó un rápido vistazo a su alrededor y vio que la llave del coche estaba encima de la mesa, y los bolsos y abrigos seguían en los sofás—. Creo que no ha salido del hotel.

—¿Puede localizarla? Es urgente, dígame que me llame.

—De acuerdo, *mister* Andersson, yo se lo digo.

—Gracias, Viktor. Estaré esperando.

Viktor regresó a su habitación y buscó su móvil para llamar rápidamente a Alberto.

—Dime, Vik. —Alberto respondió al primer tono.

—Oye, dile a Julia que Marcus la estaba llamando y que es urgente.

—Recibido.

Julia, a unas mesas de distancia, no se había percatado de la llamada de su escolta. Estaba entretenida con sus amigas, acabando de contar la historia de la pedida y el viaje con todo lujo de detalles.

—¡Ay! ¡Qué bonito! —Alicia estaba emocionada. Le encantaban todas esas historias *pastelosas*—. Me alegro un montón por ti, Julia. Tía, te casas ya... Ahora sí que no volverás... —dijo

haciendo un mohín.

—¡No es verdad! Os visitaré con frecuencia. Y vosotras también podréis ir a verme, que no habéis ido en todo este tiempo..., malas amigas... —Julia las señaló a las tres moviendo el dedo índice de un lado al otro.

—Sabes que no es eso, Julia. Hemos tenido mucho lío, a duras penas logramos quedar esa vez en Barcelona —contestó Sara, excusándose por todas.

—¡Dos polvos en un mismo día! ¡Tú! —exclamó Alba como si esas palabras le quemaran en la lengua, como si llevara demasiado tiempo aguantándose las y no pudiera esperar más. Poco le importaba que la conversación hubiera virado hacia otro tema—. Nos estás tomando el pelo.

Julia negó con la cabeza, preparándose para responder, en el mismo momento que Alberto se acercó a ella con un intencionado carraspeo.

—Perdona, Julia. Me consta que Marcus te está buscando. Es urgente.

—¡Ostras! —Julia se llevó una mano a la frente—. ¡Me he dejado el móvil arriba! Voy a decirle al camarero que cargue esto a la *suite* y voy para allá. Chicas —se dirigió a sus amigas—, si veis que tardo mucho podéis subir, ¿vale?

—Mira cómo se escaquea... —protestó Alba.

—Vale, nos vemos luego. Quedaos con esta llave para cuando queráis volver.

Nada más entrar en la *suite*, sacó el móvil del bolso y buscó el nombre de Marcus entre las últimas llamadas. Él respondió casi enseguida.

—¡Julia! ¡Por fin!

Alberto entró en su habitación y encontró a Viktor revisando el minibar.

—¡Eh! ¿Te vas a dar a la bebida?

—Sabes que no. Estaba viendo qué había. Lo típico: agua, varias botellas de alcohol tamaño mini y algunas chocolatinas. ¿Quieres algo?

—No, gracias.

Viktor cerró el minibar y se sentó en la silla del escritorio, estirando las piernas hacia delante.

—¿Qué tal la reunión de adolescentes? ¿Mucho grito?

—¡Vaya! Les ha contado el viaje a Austria, cuando Marcus le pidió matrimonio... Tío —Alberto empezó a hacer aspavientos con las manos—, he oído cosas que..., en fin, suerte que no has ido tú...

—No quiero saber nada —respondió cruzándose los brazos a la altura del pecho.

—Haces bien. Oye, te veo mejor.

—Había dormido mal, no me lo tengas en cuenta. Me he echado una siesta y..., bueno, hasta que ha llamado Marcus. —Viktor puso cara de asco.

—Yo creo que la quiere de verdad.

—¿Tú crees? —preguntó con sorna.

—Sí. A ti ella te lo cuenta todo. ¿Algo de lo que te cuenta te da a entender que no la quiera? No sé, a mí me parece un chico muy detallista, que solo quiere complacerla...

—Precisamente porque me lo cuenta todo, y por los comportamientos que veo. Y porque ella se va a convertir en una ama de casa que se pasará el día esperando a que su «maridito» —remarcó esa palabra con burla— llegue a casa después del trabajo, tarde, como siempre. Y se arruinará la vida. Ella no quiere eso, quiere ser profesora. Se fue de aquí porque no podía encontrar trabajo, no salían plazas, huyendo de una relación que la aburría... No creo que Marcus le pueda ofrecer algo diferente a eso. Siempre se queja de las llamadas interminables, de quedarse dormida esperando, de los cambios de planes a última hora...

—Bueno, si la compensa por ello...

Viktor le dirigió una mirada severa. No tenía ganas de discutir de eso, ahora que se había tranquilizado, y prefirió dejarlo estar. Miró su reloj y se fue a buscar el uniforme.

—Parece que me toca trabajar. ¿Qué vas a hacer? ¿Vas a ir a algún lado?

—Sabes que sí. Luego bajaré a recepción para que me recomienden algún sitio decente.

Ambos se rieron.

Cuando Viktor entró en el salón de la *suite*, encontró a Julia sentada en uno de los sofás, llorando. Tenía las rodillas a la altura del pecho y la cabeza reclinada sobre el codo derecho, que estaba apoyado en las rodillas. Se acercó a ella temiendo que estuviera llorando otra vez por culpa de Marcus. Se sentó a su lado y le apartó el pelo que se estaba quedando pegado a la cara por las lágrimas. El suave roce de sus dedos al hacerlo la advirtió de que él estaba a su lado y levantó la vista. Tenía los ojos húmedos y brillantes. Él no dijo nada, como siempre. Como cada vez que se la había encontrado en esa situación.

—No viene —confesó ella con la voz trémula.

—¿Marcus?

Incapaz de decir nada, asintió, rompió a llorar de nuevo y lo abrazó. Percibir el calor de su cuerpo era lo que más la reconfortaba en momentos como ese. Viktor no pudo contener las ganas de abrazarla y protegerla y la envolvió con sus fuertes brazos, acercándose más a ella y pegando la mejilla sobre su cabeza. Le dolía verla sufrir así por Marcus, una y otra vez. Sentía como se agitaba entre sus brazos y trataba de calmarla acariciándole el pelo.

Alberto salió de su habitación hacia el salón de la *suite* para asegurarse de que no necesitaban nada antes de irse y, cuando los vio a los dos en esa situación, decidió abandonar la estancia en silencio, sin hacer ningún comentario. Viktor lo vio marcharse y agradeció su discreción. Cuando Alberto ya estaba en el pasillo, vio a las amigas de Julia acercándose. Cerró la puerta intentando no hacer ruido y fue corriendo hacia ellas. Debía impedir que entraran.

—¡Amigas de Julia! ¿Qué hacéis aquí tan pronto? —preguntó con una sonrisa nerviosa.

—Nos hemos cansado de esperar —explicó Alicia—. Nos quedaremos en la *suite* hasta que acabe de hablar.

—¡No lo hagáis! —Alberto levantó los brazos para intentar frenarlas.

Las chicas se detuvieron y lo miraron con desconfianza.

—¿Por qué no? —inquirió Sara, alzando una ceja.

—Pues porque... —Alberto trató de buscar una excusa decente, pero era malísimo— porque... ¡no es buena idea!

—Y eso, ¿por qué? —insistió Sara de manera suspicaz y, al ver que no le respondía, siguió caminando.

Alberto fue tras ella para frenarla, pero no lo consiguió y las demás la siguieron, puesto que todo aquello les parecía demasiado raro. Cuando Sara abrió la puerta se quedó boquiabierta, al igual que el resto del grupo. Sara le lanzó una mirada amenazante a Alberto y entró en la *suite*.

—¡Julia! —exclamó Sara, entrando rápidamente.

Capítulo 3

Aquella situación no era nueva para Julia. Desgraciadamente, ya estaba habituada a los desplantes de Marcus. El primero fue en abril de ese mismo año, cuando Julia tenía su exhibición de baile.

A Julia le encantaba bailar desde siempre. Como en Estocolmo, al ser *au pair*, tenía el alojamiento y la manutención cubiertos y la familia le pagaba los gastos que surgieran de su trabajo, el poco sueldo que le daban era todo suyo, para sus caprichos, excursiones o actividades varias en sus días libres. El empleo no estaba tan mal, al fin y al cabo. Y, con su primer sueldo, en septiembre del año anterior, se había apuntado a una academia de baile que quedaba cerca de la casa donde estaba residiendo. De este modo, encontró con qué ocupar su tiempo libre y, además, era una manera de conocer gente nueva y hacer amigos. Ella iba a baile moderno, en el que había chicos y chicas, y realizaban coreografías tanto de canciones actuales como de clásicos de los años noventa.

En abril, después de seis meses de relación con Marcus, Julia tenía una exhibición de baile en la que participaban alumnos de diferentes academias. Sería un espectáculo con mucho público, porque acudirían familiares y amigos de todos los alumnos. Julia, como no conocía a mucha gente allí, invitó a Marcus y a su familia de acogida —Ingrid, Lucas y los niños: Emma, de cinco años, y Carl, de dos—, quienes estuvieron encantados por la invitación y se morían de ganas por ir a verla.

Cuando la exhibición acabó, Julia fue a buscar a Marcus y a los demás, pero solo encontró a Ingrid con los niños. Emma fue corriendo a saludarla y a decirle que lo había hecho muy bien. Esa niña era adorable y la quería muchísimo. Pero no veía a Marcus ni a Lucas y pensó que quizá estarían fuera hablando con alguien.

—Lucas ha salido un momento a atender una llamada —explicó Ingrid, con Carl en brazos—. Me ha pedido que te diga que has estado increíble. La verdad es que estamos muy orgullosos de ti. Es una pena que ya no estés en casa, los niños te echan de menos.

Ingrid le entregó a Carl para que lo sostuviera en brazos, ya que quería ir con ella. Julia lo cogió y le dio un beso en la mejilla.

—¡Carl! ¿Me has echado de menos? —Miró a su alrededor con nerviosismo—. ¿Y Marcus?

—Me ha escrito hace un rato. Dice que se le ha complicado la tarde y no podrá venir. Lo siento mucho.

Ingrid pronunció esas palabras con todo el tacto del que fue capaz. Marcus era su hermano y lo conocía muy bien; era un adicto al trabajo, como su padre. Aun así, no podía creer que se hubiera portado de esa manera con Julia. Ella aguantó estoicamente el chasco, disimulando su decepción como pudo mientras jugaba con los niños. Llamó a Viktor para que la viniera a buscar y lo esperó en la salida, junto con los demás. Estaba disfrutando de los peques para no pensar en que su novio no había ido a verla en un día tan importante.

Cuando vio aparecer el Lexus negro con Viktor al volante, se despidió de todos y prometió visitarlos pronto. Luego entró en el coche y, con mucha seriedad, dijo:

—Llévame a casa, *porfa*.

—¿Qué ha pasado? Pensaba que te llevaría *mister Andersson*.

—No ha venido. —Giró la cabeza hacia la ventana y Viktor arrancó el motor sin hacer más preguntas.

Julia fijó su vista en todas esas personas que habían ido a ver a sus amigos, familiares y parejas. Miraba cómo se abrazaban y besaban, cómo los felicitaban, cómo les decían lo orgullosos que estaban, y no pudo evitar soltar una lágrima. Viktor la buscaba por el retrovisor de vez en cuando y la veía llorar, con la mirada ida, tratando de distraerse con el paisaje urbano de aquella ciudad. Ella, una chica tan sonriente y habladora, estaba así de destrozada por un idiota que no sabía valorarla. Nunca antes la había visto de aquella manera.

Cuando llegaron, Viktor vio que seguía mirando por la ventanilla, inmóvil y distraída. Bajó del coche y fue a abrirla la puerta, pero ella siguió sin moverse y sin decir nada, como si fuera incapaz. Le partía el alma verla en ese estado.

—Seguro que *mister Andersson* tiene un buen motivo —justificó a su jefe en un torpe intento por tranquilizarla.

Julia levantó la cabeza y lo miró. Salió del coche, se puso frente a él y le dio un beso en la mejilla.

—Gracias. —Y se fue sin mirar atrás, arrastrando vagamente los pies.

Viktor se quedó inmóvil mientras veía cómo ella entraba en el edificio. Esperó a que la luz de este se apagara, se montó en el coche y se fue.

Julia accedió a su apartamento, encendió la luz, dejó las llaves en el mueble de la entrada y cerró la puerta tras de sí. Miró a su alrededor, le encantaba ese piso. Llevaba viviendo allí desde enero, cuando acabó su periodo de *au pair* y debía volver a España. Pero Marcus se lo consiguió para poder alargar su relación con ella. Él se hacía cargo del alquiler y de todos los gastos a fin de que ella pudiera ir a clases de baile y de sueco y no tuviera que trabajar para pagarlo, cosa que sería imposible con esos precios. Al principio ella no quería, pero Marcus se ofreció y le insistió. No mucho, porque ella tampoco quería irse y separarse de él. Al poco tiempo, en marzo, Marcus se mudó a aquel apartamento para pasar más tiempo juntos, ya que con el trabajo de él apenas se veían.

Julia observó el piso una vez más, le encantaba el enorme tragaluz sobre la mesa del comedor, los suelos de madera, la

decoración moderna y elegante, la alfombra de pelo largo que había en medio del salón. Le encantaba que todo estuviera cerca; no era un piso muy grande y tenía pocos muebles, pero no le faltaba absolutamente nada.

Se apoyó en la puerta mientras recordaba ese día. En ocasiones anteriores, Marcus había cancelado citas, pero en esa ocasión la decepcionó como nunca. Esa era muy importante. Se recordó a sí misma jurarse que no volvería a estar con nadie que le diera más importancia al trabajo que a su pareja. Ya había pasado por ello y sabía cuál era el final. Tan rápido como pudo encendió el portátil y abrió el navegador para buscar una nueva familia en la agencia de *au pairs* con la que ya había trabajado anteriormente. No pasaron más de diez minutos cuando Marcus entró por la puerta.

—*Älskling!* Lo siento, no he podido salir antes. ¿Ha ido bien la actuación? —Fue hacia Julia con la intención de besarla, pero ella cerró el portátil y se apartó.

—¿Crees que puedes venir aquí, después de esta humillación, y hacer como si nada? ¿Como si con un «lo siento» se arreglara todo? —replicó Julia, muy molesta.

—Lo siento...

—¡No digas «lo siento»!

—Vale, no tengo excusa, lo sé. No volverá a pasar, ¿*okey?*

—Yo llegué a Estocolmo huyendo de un adicto al trabajo y juré que no me volvería a pasar. Estoy aquí por ti, Marcus, ¿lo entiendes?

Las lágrimas volvieron a deslizarse por sus mejillas. Incontrolables. Y no hizo nada por detenerlas o limpiarlas. Quería que lo viera y que fuera consciente de lo que le estaba haciendo. Marcus sintió una punzada de dolor al verla así y se arrepentía muchísimo. Él le había pedido que se quedara en Estocolmo. Había dejado su vida por él. Y solo le pedía un poco de su tiempo. Realmente podría haber salido antes de esa reunión, era el hijo del presidente y podría haberla aplazado, pero no lo hizo para que no pensaran que estaba ahí por enchufe, sino porque valía para el puesto. Se sentía como un puto egoísta.

Se acercó a ella, la abrazó fuertemente y le acarició la cabeza intentando calmarla. Estaba dispuesto a cambiar para no perderla. A pesar de que eso supusiera que en el trabajo pensarán que tenía un trato de favor por ser quien era. Le daba igual. Como si dejaba de trabajar allí. No podía imaginarse la vida sin ella.

—No volverá a ocurrir. —La voz de Marcus sonó casi como un susurro—. Y te compensaré por ello. Sé que no se puede volver atrás en el tiempo. Pero, si pudiera, haría las cosas de manera diferente.

—No hay nada que puedas hacer para arreglarlo —lamentó Julia casi en un susurro.

—Déjame intentarlo. Dame otra oportunidad.

Ella se separó para mirarlo a la cara, aún envuelta en sus brazos. Podía ver el arrepentimiento en sus ojos, algo que nunca vio en su anterior relación. Lo quería. Tanto que estaba en riesgo su salud mental y hasta física. Porque se encontraba en ese momento de la relación en el que estás tan enamorado que haces cualquier cosa que te pidan. Y le estaba pidiendo una oportunidad. ¿Qué iba a hacer si no? ¿Volver a España? ¿A casa de sus padres? ¿Se iba a rendir sin luchar?

Julia acercó una mano al contorno de su cara, repasando su áspera mandíbula, para acabar enredando los dedos en sus cortos mechones castaño claro. Marcus estaba confundido, pero sentir el tacto de sus dedos le daba esperanzas.

—Está bien, una sola —sentenció con una ligera sonrisa.

Marcus sonrió de manera bobalicona y estampó sus labios en los de Julia. Fue un beso lleno de delicadeza. Un beso de final de película romántica.

—No te volveré a decepcionar, te lo prometo —zanjó mientras apoyaba su frente en la de Julia.

Y su error fue creerlo. Pero ella era feliz en ese momento y no quería plantearse si más tarde se arrepentiría de aquello.

Dos días después habían ido a casa de Ingrid a ver a los niños. Julia estaba en el cuarto de juegos haciendo con Emma aquello de «a ver quién aguanta más tiempo sin reírse» y entró Marcus en silencio, haciéndole gestos a su novia para que se riera, hasta que lo consiguió.

—¡Marcus! ¡He perdido por tu culpa! —Julia se quejó.

—Te he traído una cosa —le respondió él en tono sugerente.

Le acercó un sobre, que ella cogió con emoción y abrió rápidamente. Sacó los papeles que contenía y, cuando leyó lo que ponía, se puso eufórica y empezó a dar saltos de alegría. Se acercó a Marcus, lo besó y luego lo abrazó muy fuerte mientras le daba las gracias. Parecía una niña pequeña con zapatos nuevos. Pero es que no había nada que pudiera regalarle que le hiciera más ilusión que eso. Y tenía dinero para regalarle cualquier cosa del mundo que tuviera un precio. Pero una entrada vip para el concierto de su grupo favorito, con pase al *backstage* para conocerlo en persona, era algo que no contemplaba. Pensaba que no quedaban entradas.

—Ingrid también va, podéis ir juntas. Es otra gran fan, como tú. —Marcus sonrió enseñando una dentadura perfecta. Con los dientes alineados y blancos—. Espero que esto compense cualquier error que haya cometido anteriormente.

—¡Lo hace!

La segunda vez fue en agosto. Marcus y Julia tenían previsto hacer un crucero por los fiordos y, unos tres días antes de salir, él llegó a casa muy agobiado.

—Julia, *älskling*... —El tono era muy serio, pero el gesto era pura preocupación. Se removía inquieto en el sitio hasta que finalmente decidió sentarse a su lado, para estar a la misma altura—. Ha habido un problema en el banco, están todos muy preocupados... Mi padre nos ha reunido a los directores y jefes de departamento y nos ha dicho que es muy importante que estas dos semanas estemos ahí para mostrar calma al resto de empleados... —Julia rebufó y empezó a mirar para otro lado. Era plenamente consciente del significado de aquellas palabras—. Sé que te molesta mucho, que te dije que no volvería a pasar y, de hecho, no te he vuelto a fallar desde entonces. Muy a pesar de que algunos compañeros me miren mal y me consideren un enchufado. Lo hago por ti, pero... —suspiró sonoramente echando todo el peso de su cuerpo hacia delante, apoyándose con los codos en las rodillas— esto no depende de mí. Si no voy y soy el único que se va de vacaciones en este momento, ¿qué van a pensar los empleados?

—Está bien —cedió Julia con la voz seca, sintiéndose estúpida por volver a hacerlo.

—¿De verdad? —Marcus se irguió de nuevo, esperanzado.

—Sí —asintió con una sonrisa casi imperceptible.

—¡Joder, Julia! No te merezco. Te lo compensaré. Elige destino para las siguientes vacaciones, iremos donde tú me digas.

Ella se llevó el dedo índice a la barbilla y pensó durante unos segundos. Su *wishlist* de viajes era tan larga... Pero tenía que ser inteligente. Seguro que no podrían estar fuera muchos días, así que iba a descartar cualquier destino lejano. Algo cerca, en Europa...

—Nunca he ido a esquiar. Me gustaría aprender —sugirió tras barajar varias opciones en muy pocos segundos.

—Vale... —Marcus asintió de manera parsimoniosa—. Habrá que esperar un poco para eso, pero te prometo que tan pronto como haya nieve te llevaré.

Sara entró en la habitación, con las demás chicas a su espalda. Alberto las siguió, muerto de ganas de descubrir cómo acababa todo aquello. Julia se separó bruscamente de Viktor y se levantó. No sentía que estuviera haciendo nada malo, aunque con esa reacción diese a entender todo lo contrario.

—¡Sara! ¿Qué hacéis aquí tan pronto?

—No, perdona. Ahora nos vamos para que podáis terminar lo que fuera que estuvierais haciendo —soltó Sara de manera sarcástica.

—¿Qué dices? No estaba pasando nada, ¿o acaso ahora es delito abrazarse a un amigo? De todas maneras, como sé por dónde vas, te aclararé que ya no me voy a casar, así que...

—¿Quééééé? —preguntaron todos al unísono, Viktor y Alberto incluidos.

—Que no va a venir. No le importa conoceros ni a vosotras ni a mi familia. Así que le he dicho que si no viene el viernes se puede olvidar de mí.

—Pero, a ver, yo entiendo que te sientas molesta por eso, pero... no creo que puedas romper porque no vaya a venir este viernes, ¿no? Quiero decir, podrá venir otro día y ya está.

Alicia quería hacerle entender que se estaba equivocando. No podía concebir cómo ella tiraba su relación a la basura por una «tontería». Lo de «tontería» era relativo, claro. Pero es que ella ansiaba volver a tener pareja como si eso fuera lo único que le importara en la vida.

—Ali..., sé que piensas que es una tontería, pero no lo es, ¿vale? No es la primera vez que me deja tirada. Y luego aparece con un viaje, o con un regalo que sabe que me hace mucha ilusión, para que lo perdone. No quiero pasarme el resto de mi vida así. Empieza a ser un poco humillante... —Sintió de nuevo el cosquilleo de las lágrimas en sus ojos, pero hizo un esfuerzo por contenerlas—. Me merezco algo más que esto... ¡Joder!

Julia no quería hablar, ni mucho menos dar explicaciones sobre algo que para ella era muy obvio. Y empezó a pensar que ninguna de sus amigas la iban a entender en ese momento porque les faltaba mucha información. Cansada de sentirse juzgada e incapaz de aguantar las lágrimas durante mucho más tiempo, decidió irse a su habitación, donde podría llorar tranquilamente. Sin que nadie la molestara o acusara de nada.

—Chicas, vámonos. Creo que la deberíamos dejar un rato sola —concluyó Sara.

—Creo que tienes razón —respondió Alba y, acto seguido, las chicas dejaron la llave encima de la mesa, recogieron sus cosas y se fueron.

Viktor y Alberto se miraron desconcertados. No sabían qué pasaría a partir de ese momento. Se

abrían muchos interrogantes y no todas las respuestas eran positivas.

—¿Recuerdas lo que te dije hace dos semanas? —preguntó Alberto de manera seria, cruzando los brazos.

Viktor se acordaba perfectamente. «Impide esa boda. Si no lo haces te arrepentirás». Sabía que le volvería a sacar el tema en cuanto tuviera ocasión.

—Te dije que no quería nada con ella —respondió Viktor de manera tajante.

—Ya —dijo secamente Alberto estudiando la mirada de su compañero—. Esta es tu oportunidad.

—¿Y crees que me voy a aprovechar de ella en un momento como este?

—No de ella, sino de la situación. Marcus es un idiota por allanarte tanto el camino y tú deberías hacer algo. Sería muy torpe por tu parte dejar que pase el tiempo y que se vuelvan a arreglar.

—¿Qué coño quieres que haga?

—Ni puta idea. —Alberto se encogió de hombros—. No creo que con ella te sirvan mis consejos. Tú eres el sensiblón, sabrás qué hacer.

Alberto lo golpeó en el hombro y después dio media vuelta para meterse en la habitación, dejando a Viktor con la mayor duda existencial que había experimentado en su vida. ¿Qué se suponía que tenía que hacer? Marcus era un idiota, sí. Pero ¿no estaba mal meterse en medio?

Viktor no quería tener ninguna relación sentimental que pudiera acabar mal y volver a dejarlo destrozado otra vez. Pero se había enamorado de Julia hasta el punto de desear estar con ella, a pesar de los riesgos, a pesar de perder el trabajo, a pesar de todo. El problema era que ella estaba enamorada de otra persona. Una persona que, bajo su punto de vista, no la trataba como se merecía y le hacía llorar. Había rechazado cualquier idea de interponerse entre ellos dos, aunque viera que tuviera posibilidades para ello. Pero eso siempre partía de la base de que ella fuera feliz con él. Y ahora..., ¿ahora qué?

Viktor golpeó la puerta del dormitorio con los nudillos y decidió abrir al no recibir respuesta. La habitación estaba a oscuras y Julia se encontraba tumbada en la cama, mirándolo sin decir nada. Él la vio tranquila y advirtió que había dejado de llorar.

—¿Puedo pasar? —solicitó casi en un susurro.

Julia no respondió. Seguía mirándolo con intensidad. Viktor entró, dejó la puerta entornada, dejando que entrara parte de la luz del salón, y se sentó a los pies de la cama. Julia seguía callada. No le decía que se fuera o que no se tomara tantas confianzas. La verdad es que él mismo se sorprendió al actuar así. Estaba invadiendo un espacio personal al que nunca había sido invitado hasta ese momento. ¿Qué coño estaba haciendo? ¿Por qué le hacía caso a Alberto?

Tomó aire en un intento de calmarse. La situación lo estaba poniendo un poco nervioso. No sabía qué decir, o cómo decirlo, y estuvo un rato callado. Pero debía decir algo, tenía que justificar su presencia en esa habitación antes de que ella pensara algo inadecuado.

—Yo... Tú... —titubeó torpemente.

—Adelante, soy imbécil —lo interrumpió desviando su mirada hacia otro lado.

—No digas eso —susurró en un tono paternalista.

Viktor se giró hacia ella y la miró de nuevo. Se levantó y se sentó más cerca. Concretamente, en el hueco que había a la altura de su cintura. Ella, al sentir su cercanía, volvió a mirarlo.

—Julia...

—Es verdad. Lo puedes decir.

—Eres una chica enamorada.

—Imbécil, soy imbécil.

Viktor bajó la mirada y le sujetó una mano. Con delicadeza, dibujaba círculos con el pulgar sobre el dorso de esta.

—No te permito que te digas esas cosas, Julia. No eres imbécil, el imbécil es él. Él es el imbécil, por no darse cuenta de lo increíble que eres y por tratarte así. Por pensar que te puede dejar tirada una y otra vez y arreglarlo a base de talonario. Tú solo eres una chica enamorada que espera a que él cambie y te trate con el respeto que te mereces. —Viktor le hablaba de manera pausada, en voz baja, grave y tierna.

—Eres un poco injusto con él, nunca te ha caído bien.

—¿Por qué crees que no me cae bien? Porque llevo meses viéndote llorar por su culpa. Me parece un engreído que solo se preocupa por sí mismo y que si hace algo que te molesta saca el cheque. Eso no es querer a alguien, es querer demostrar que es mejor que los demás por exhibirte a ti como trofeo. —Esta vez el tono fue más rudo.

Julia se recostó, quedando muy cerca de él.

—¿Qué quieres decirme?

—Pues que no te quiere, Julia.

—Vete.

—No me voy a ir.

—¿Por qué no?

Ambos se miraron a los ojos. La habitación estaba oscura, pero el rayo de luz que entraba por la puerta iluminaba sus caras. Él seguía sujetándole la mano y se dio cuenta de que ella no se había soltado en ningún momento. Detuvo las caricias y, simplemente, la estrechó con más fuerza. La observó atentamente. Tenía los ojos hinchados y la cara roja de llorar, pero la seguía viendo igual de guapa. Llevaba enamorado de ella desde el mismo día en que la conoció.

Era un día muy frío de febrero y lo acababan de llamar de la agencia de seguridad para que fuera a ver a un cliente que había contratado sus servicios. Cuando llegó a la recepción, preguntó por el señor Andersson y le indicaron que tomara asiento en una de aquellas butacas, que enseguida sería atendido. Al cabo de unos cinco minutos, vio bajar a un chico joven, de su edad aproximadamente, que se acercaba hacia su posición.

—Usted debe ser Viktor Bergström, de la agencia. —Le tendió la mano y Viktor la estrechó en un cordial saludo—. Soy Marcus Andersson. Acompáñeme.

Marcus lo guio hasta una sala que se encontraba en la misma planta, atravesando un pasillo.

—Pase y tome asiento, por favor.

Viktor obedeció. Era la típica sala de reuniones donde hacen entrevistas de trabajo: blanca, con una tele, una mesa y unos sillones incómodos. Él ya había estado en varias salas así anteriormente y nunca se sentía a gusto. Marcus entró tras él y se sentó enfrente.

—Verá, Viktor, deje que me presente un poco. Mi padre es el presidente de este banco. Yo he estudiado Administración de Empresas y Finanzas, he realizado un máster en Londres y estuve varios años trabajando en España para adquirir experiencia. Y ahora estoy aprendiendo el funcionamiento de este banco para poder relevar a mi padre el día que decida jubilarse. Lo que le quiero decir es que, por nuestro estatus social, recibimos cierta clase de amenazas. No todas son reales y no siempre es algo preocupante. La mayoría de las veces no lo son, pero hemos tenido que acudir a las fuerzas policiales en más de una ocasión. Nunca nos ha ocurrida nada, afortunadamente, pero se nos recomendó en su día que recurriéramos a la seguridad privada si nos sentíamos amenazados. Yo ya tengo escolta, pero lo he llamado a usted porque es español y me gustaría que se hiciera cargo de la seguridad de mi novia, que es española también. Además, he contratado a otro español para que cubran los diferentes turnos. ¿Tiene alguna pregunta?

Viktor había atendido toda aquella perorata —para su gusto completamente innecesaria, ya que esa información solía venir en el dossier que le entregaban en la agencia— distrayéndose con ese aburrido e impoluto acento británico sacado de algún colegio inglés. Era como los *listenings* del cole.

—No, señor. Ninguna.

—Muy bien, una cosa que me causa curiosidad, eh... Viktor. En su ficha pone que es español, pero su apellido es de aquí; ¿su padre es sueco?

—Así es.

—¿Podría hablarme más sobre ello? ¿Nació en Suecia? ¿Cuánto tiempo lleva aquí? Eh... no sé, hábleme de usted.

—Bueno, mi padre fue a trabajar a España, conoció a mi madre y ya se quedó. Yo nací y viví siempre allí, pero vine para realizar un doctorado en Biología...

La puerta de la sala se abrió, interrumpiendo el relato. Ambos se giraron para comprobar de quién se trataba. Y allí estaba ella, la chica más guapa que Viktor había visto nunca. Tenía el pelo castaño, largo y ondulado, los ojos marrones y la piel clarísima. Llevaba unos vaqueros estrechos con una blusa blanca y un *blazer* color melocotón, a conjunto con unos *salones* con plataforma en color *nude*. Algunas joyas discretas terminaban de configurar su atuendo.

—Disculpa, Marcus, la recepcionista me dijo que podía pasar —comentó ella en un impecable español.

Marcus se levantó, fue hacia ella y le dio un sencillo beso en los labios.

—No pasa nada, ya habíamos acabado —le respondió él en el mismo idioma ante un perplejo Viktor—. Él es Viktor Bergström. Será uno de tus escoltas. Viktor, ella es *miss* Vidal, mi novia. —Viktor se levantó y se saludaron cordialmente con la mano—. La agencia le mandará todos los datos y me avisará cuando esté preparado para empezar. ¿Tiene alguna duda?

—Ahora mismo, no.

—Un momento —Julia los interrumpió—. Eres muy joven, ¿no? ¿Qué edad tienes? —se dirigió a Viktor con una sonrisa que a él le pareció peligrosamente tentadora.

—Julia, de usted... —Marcus la reprendió con suavidad y ella lo miró molesta.

—Veintiocho, *miss* Vidal —respondió Viktor muy serio, para no parecer maleducado.

—¿Ves? Él sí sabe cómo debe hablar. Bueno —se volvió a dirigir a Viktor—, si necesita algo, puede contactar con la agencia o conmigo, cuando ya esté trabajando con nosotros y tenga mis datos. Lo acompaño a la salida.

Él la miró un instante antes de salir de la sala. Ella le devolvió la mirada y le sonrió amablemente. Y ahí fue cuando supo que ese trabajo acabaría con él, con el Viktor que había tratado de construir durante los últimos años. Pero ya era tarde para renunciar.

—Viktor, ¿qué te pasa? —Julia interrumpió ese largo silencio que se estaba volviendo cada vez más sofocante, estrechando su mano para hacerlo reaccionar.

Julia vio cómo su nuez se deslizaba arriba y abajo, tragando saliva con dificultad. Era como si luchara consigo mismo por no responder algo que no quería.

—Nada, me voy.

Viktor la soltó, se levantó y salió del dormitorio, cerrando la puerta tras de sí. Pero ella lo siguió y lo detuvo antes de llegar a la puerta de la otra habitación.

—¡Viktor! ¿Qué te pasa? Estás muy raro. ¿Qué quieres decir con exhibirme como a un trofeo? —exigió ella en un tono desafiante.

—Pues que me parece obvio que lo que a él le interesa de ti es que los demás sepan que estás con él. Como si fueras suya.

—¿Suya? ¿Es que acaso soy de su propiedad?

—No, no lo eres, ni suya ni de nadie. Mira, yo sé que lo quieres, que estás enamorada. Pero tienes que ver que él no te hace feliz. Yo veo cada desilusión que te llevas. ¿Quieres casarte con él? ¿Quieres pasarte el resto de tu vida llorando porque te ha dejado tirada, otra vez? Algún día abandonará esa costumbre de compensártelo todo, y yo creo que eso llegará cuando te cases con él. Porque cuando no tenga que conseguir nada más de ti, no necesitará que lo perdones, le dará igual. Y tú habrás renunciado a tus sueños, habrás destrozado tu vida convirtiéndote en una ama de casa amargada que se pasará los días esperando a que llegue su marido de trabajar.

Viktor soltó todo eso casi sin respirar, con la voz grave y fuerte. Se arrepintió enseguida de haber sido tan bruto, pero no soportaba que lo siguiera defendiendo después de todo.

—¿Y si mis sueños han cambiado? —Julia se cruzó de brazos, adoptando un gesto de chulería que no le pegaba nada.

—¿Y por qué lloras? ¿Por qué no te casas?

La dureza de aquellas palabras turbó a Julia. Viktor jamás le había hablado de esa manera. Jamás. Pero esas mismas palabras, rotundas y contundentes, fueron suficientes para reaccionar. Él tenía razón. Si no estaba siendo feliz, si le había dado un ultimátum a Marcus, ¿por qué lo seguía defendiendo? ¿Por qué seguía esperando a que viniera y volviera a ser todo como antes?

—¿Sabes qué? Necesito despejar mi mente. Vamos, que invita Marcus.

Julia se miró en el espejo de la entrada y se peinó con las manos como pudo. Agradeció la pereza que tuvo por la mañana para maquillarse, porque ahora estaría hecha un cuadro.

—¿Dónde vas?

—Al bar, vámonos.

Cogió la llave y el bolso y se detuvo al llegar a la puerta, consciente de que Viktor no la estaba siguiendo. Se dio la vuelta para comprobar que, efectivamente, seguía allí, en el mismo lugar que antes, observándola con los brazos cruzados.

—¿No vienes? Me voy contigo o sin ti.

Viktor no se inmutó, imaginando que era un farol. Pensaba conocerla lo suficiente como para no creerla capaz de bajar al bar a emborracharse sola, sin que ninguno de ellos dos la acompañara. Sintió un sudor frío cuando cerró de un portazo y desapareció de su vista.

—¡Joder! —exclamó dando un golpe a la pared. Salió tras ella y la alcanzó en el ascensor.

—Julia, ¿qué vas a hacer? —inquirió, alarmado, tratando de detenerla.

—Hazme un favor y deja tus juicios morales para otro momento —pronunció sin mirarlo.

La puerta del ascensor se abrió delante de ellos tras un pitido anunciando su llegada. Julia entró y Viktor intentó sacarla tirándole del brazo.

—Viktor, suéltame. Voy a bajar, ¿vale? No puedes hacer nada para que cambie de opinión.

—Solo me preocupo por ti, de verdad. No es buena idea —aclaró soltándole el brazo y entrando justo antes de que las puertas volvieran a cerrarse.

Julia le sostuvo la mirada y la analizó. Vio algo nuevo en él. Algo completamente desconocido. Llevaba unas semanas raro y distante con ella, pero sabía que si se portaba así era para protegerla. Solo se preocupaba por ella, ¿no?

—Está bien. —Suspiró—. Me tomo una copa y subo, ¿de acuerdo? Necesito distraerme un rato y no quiero estar en esa habitación ahora mismo.

—Vale, solo una.

Julia y Viktor se encontraban en el bar del hotel, sentados en un sofá, esperando un *gin-tonic* y un Red Bull. Era una zona *chill out*, con sofás y mesas bajas y luces tenues. Se notaba que no era temporada alta. Había tan solo unos pocos sitios ocupados por hombres trajeados que seguramente habían ido a algún congreso o reunión y ahora se estaban tomando un *whisky* a costa de la empresa.

—Háblame sobre ti, nunca me cuentas nada —dijo Julia, echándose para atrás.

—No me gusta mucho hablar de mí.

—O, más bien, que las normas te impiden fraternizar con tus protegidos.

—Eso también.

—Pues a lo mejor es un poco tarde para eso.

Viktor sonrió y asintió.

—No es profesional que simpaticemos con vosotros porque se supone que podemos despistarnos en nuestro trabajo. Pero puedo asegurarte que no estás desprotegida en ningún momento. Ni siquiera ahora.

Y dijo esa última parte en un tono tan grave que a Julia le pareció que aquellas palabras destilaban intimidación, calidez y sensualidad. De repente, esa voz le parecía peligrosamente sexi. Se sintió confundida y avergonzada por pensar de semejante manera. ¡Era su escolta, por Dios! Y seguía prometida con Marcus. Carraspeó de manera nerviosa y buscó alguna respuesta que disipara ese ambiente *raruno* que se había creado en un segundo.

—¿Ya has comprobado que de entre todas esas personas que están tomándose algo no haya nadie que vaya a sacar una pistola y me vaya a apuntar a la cabeza?

Viktor no pudo evitar soltar una carcajada. Un sonido que a Julia le resultó hasta erótico. ¿Qué le estaba pasando?

—La única pistola que hay aquí es la mía —susurró cerca de su oído, para evitar que nadie más lo oyera.

Julia se estremeció. Esa voz grave y sensual pronunciando precisamente aquellas palabras a pocos centímetros de su oreja la había dejado fuera de combate. «Julia, joder. ¿Qué te pasa? Es Viktor. El mismo Viktor de siempre. Y tienes novio. Un novio que te deja tirada cuando más lo necesitas. Pero del que estás muy enamorada, ¿verdad?», pensó buscando desesperadamente al camarero con la mirada. Necesitaba que le trajeran ya su *gin-tonic*. Y le pareció tener suerte por una vez en su vida cuando lo vio acercarse a ellos. El camarero colocó unos posavasos en la mesita y encima situó la copa de Julia y el vaso para el Red Bull.

—Un brindis —Julia alzó su copa, desesperada por borrar esos pensamientos— por un viaje alucinante, con o sin Marcus.

Viktor levantó su vaso para que chocara con la copa y ambos tomaron de sus respectivas bebidas. Él dio un trago y vio que ella se acabó la copa y la dejó en la mesa. Julia se giró para mirarlo y vio que la estaba observando, alucinado.

—¡Te he ganado!

—No era ninguna competición. —Viktor la reprendió negando con la cabeza.

—¡Ups! —exclamó ella fingiendo una falsa inocencia—. Voy al baño un segundo.

Julia se levantó y se dirigió al baño. Pero de camino, en un descuido de Viktor, pasó por la barra a encargar otro *gin-tonic* con la orden de que no se lo sirvieran antes de que ella volviera a la mesa.

Entró en el baño y se miró al espejo. No le gustó la imagen que el reflejo le devolvía y sacó su pequeño estuche de maquillaje del bolso para tratar de disimular esa cara enrojecida por los llantos. Se delineó el ojo, se puso máscara de pestañas y se pintó los labios. Mientras observaba el resultado de su improvisada «chapa y pintura», trataba de mantener a raya esos pensamientos que la estaban azotando.

Antes de salir, hizo un par de poses para verse bien y se dirigió de nuevo hacia su mesa. Al pasar por la barra le hizo señas al camarero para indicarle que ya podía llevar su copa. Se sentó y sintió los ojos de Viktor clavados en ella, así que se volteó para confirmar sus sospechas y se lo encontró con la boca abierta.

—Gracias —le dijo al camarero que acaba de llevarle la copa.

Viktor le echó una mirada recriminadora.

—Esta me la tomo despacio, ¿vale? —Julia sonrió.

—No sé por qué lo intento, siempre haces lo que quieres —dijo Viktor con una pequeña sonrisa antes de dar un sorbo largo de su vaso.

—No te creas —respondió ella con suficiencia, y se llevó su copa a los labios para dar un par de sorbos más.

Julia estuvo hablando de sus planes en ese viaje y algunas cosas que no tenían nada que ver, pero que se le iban ocurriendo sobre la marcha, mientras iba acabándose la copa, sorbo a sorbo.

—¿Sabes qué? Creo que tenías razón —reconoció Julia a la vez que se ponía una mano en la cabeza y se echaba hacia atrás.

—¿En qué?

—No tendríamos que haber venido..., me estoy mareando un poco.

—Vamos, te llevo. —Se puso de pie y le tendió la mano.

—Puedo sola —replicó refunfuñada, levantándose de golpe. Pero, al hacerlo, perdió un poco el equilibrio y Viktor, haciendo alarde de sus prodigiosos reflejos, la sujetó con profesionalidad de la cintura para que no cayera de manera ridícula, ofreciendo un espectáculo lamentable para el

resto de los clientes que se encontraban allí mismo.

—Venga, vamos.

Viktor agarró con firmeza a Julia de la cintura con un brazo y ella colocó una mano en su hombro para no caerse. Aunque eso no fuera a pasar, como ya había quedado demostrado. Julia sintió la cercanía de Viktor como una caricia, y la calidez que le transmitía le pareció agradable. Pensó que el calor era por el alcohol y no le dio más vueltas. Apoyó la cabeza en su hombro, avergonzada. No había sido buena idea ir a beber acompañada de su escolta. Lo estaba empezando a ver demasiado atractivo para sus intereses, y su colonia, ahora más perceptible que nunca, la narcotizaba como una droga.

Ninguno de los dos dijo nada en todo el trayecto. Cuando llegaron a la *suite*, ella se quedó quieta en medio del salón, de pie, avergonzada por su comportamiento y confundida por sus sentimientos. Él se acercó a ella, preocupado, y posó una mano sobre su brazo. Quería decirle que dejara de darle vueltas y estuviera tranquila, pero le pareció que cualquier cosa estropearía ese momento tan frágil y especial. Ella levantó la vista hacia él al sentir ese leve contacto y lo miró con los ojos vidriosos y con la mente más emborronada que nunca. Lentamente, ella acercó los labios a los suyos, pero él se giró impidiendo que lo besara. Ella se apartó, desconcertada y arrepentida. ¿A qué había venido eso?

—Sé que estás despechada y que el alcohol te hace creer que es una buena idea, pero no lo es —aclaró con una voz tierna y delicada.

Julia no le apartó la mirada, por más que le doliera. Pero de su boca no podría salir ningún sonido comprensible. Asintió, se giró y se fue al dormitorio. Cuando llegó a la puerta se detuvo y, sin mirarlo, le dijo «hasta mañana» justo antes de cerrar la puerta de un suave portazo.

Viktor se fue a su habitación y buscó la ropa deportiva dentro de su maleta para ir al gimnasio del hotel. Sentía la apremiante necesidad de ir en ese mismo instante, o de lo contrario se quedaría dándole vueltas a la cabeza. Para su desgracia, cuando abrió la puerta para salir, se encontró con Alberto y levantó la vista al techo, maldiciendo su suerte.

—Vaya, yo también me alegro de verte —ironizó Alberto, entrando sin darle más importancia.

—¿Qué haces aquí? ¿No ibas a salir?

—No hay mucho ambiente. Me he dado una vuelta, me he tomado una caña y aquí estoy de nuevo. ¿Y tú? ¿Ya estás libre? ¿Vas al *gym*?

—Sí.

—Voy contigo. Espérame.

Alberto se giró para ir a buscar la ropa, pero Viktor lo interrumpió con un gesto de la mano.

—Prefiero ir solo.

Alberto frunció el ceño.

—No pasa nada. Solo quiero estar solo.

—Vik, ¿qué ha pasado todo este tiempo?

—Nada, ¿ves? Por eso quiero estar solo, porque no quiero que me preguntes.

Viktor se dirigió hacia la puerta y la abrió.

—Ha pasado algo con Julia, ¿a que sí? —supuso Alberto, muy seguro de lo que decía.

Viktor cerró la puerta y se giró hacia su amigo.

—Está bien, te lo voy a contar.

Capítulo 4

Julia estaba tumbada en la cama. Su cabeza le daba vueltas a todo lo que había pasado ese día y a cómo habían cambiado las cosas en un momento. Pensaba en que había aterrizado enamorada y que ahora mismo no estaba segura de querer casarse. Las decepciones hacían mella en su relación y cada vez pesaban más. Sabía que, si se casaba, aunque estuviera muy enamorada de Marcus, su vida sería siempre así. Un círculo vicioso de decepciones y reconciliaciones que tarde o temprano acabarían con ella. Recordó con nostalgia cómo era él antes, al principio de todo, el día que se conocieron, su primera cita...

Era octubre del año anterior y Julia hacía dos meses que trabajaba con los Larsson. Un domingo había comida familiar, pero Ingrid le había dicho que podía quedarse si quería. Para ellos era como de la familia y a los niños les encantaba que estuviera en casa. Los domingos libraba, pero al no tener ningún plan mejor, decidió comer con ellos.

Ingrid le había explicado que venían sus padres y su hermano, con quienes tenía muy buena relación, pero a los que no veía todo lo que quería porque eran personas muy ocupadas y con muchos compromisos sociales. No obstante, Ingrid se había puesto tozuda y consiguió su tan ansiada comida familiar para verse antes de Navidad.

Julia se encontraba con los niños en el cuarto de juegos. Ellos estaban en su mesita, dibujando, y ella estaba recogiendo juguetes cuando sonó el timbre. En ese momento Emma gritó:

—¡Ya están aquí! —Y salió corriendo de la habitación.

Carl se quedó desconcertado, no entendía el comportamiento de su hermana mayor. Julia dejó a un lado lo que estaba haciendo y fue a ver a Carl. Se agachó y, con una voz muy dulce, le dijo:

—Carl, ¿vamos a ver a los abuelos?

—¡No!

—¿Por qué no?

—¡No! —Carl movía la cabeza de lado a lado mientras seguía haciendo garabatos.

—Carl, pero los abuelos han venido a verte. Podemos seguir pintando luego.

—¡No!

Julia se sentó a su lado y lo observó. No sabía qué decirle para que dejara de pintar y fuera a saludar. Generalmente no se portaba así.

—Carl, ¿dónde está Emma?

Carl dejó el lápiz y miró a Julia. Ella sabía que ese niño sentía predilección por su hermana, siempre quería hacer lo mismo que ella e ir a donde ella fuera.

—¿Emma?

—¿Dónde está? ¿La vamos a buscar?

—¡Sí! ¡Emma!

Julia se puso de pie y cogió a Carl de la mano.

—¡Vamos! —exclamó Julia, y se dispuso a salir de la habitación.

En el momento que levantó la cabeza, vio a un chico de unos treinta años de pie en la puerta. Carl se acercó rápidamente a él y levantó los brazos para que lo cogiera, cosa que hizo. Le pareció increíblemente guapo, alto, pelo rubio oscuro y unos preciosos ojos grises. La camisa ceñida que llevaba le hizo adivinar el cuerpo atlético que había debajo. Una maravilla sueca.

—Tú debes de ser Julia. Mi hermana habla muchísimo sobre ti.

—Entonces eres Marcus. Encantada. —Se acercaron para saludarse. Ella iba a darle la mano, pero él se acercó a darle dos besos.

—¿Mi hermana te ha hablado de mí? —Marcus se señaló en el pecho.

—Me dijo que tiene un hermano que se llama Marcus. —Julia sonrió.

—¡Ah! ¿Ya os conocéis? —Emma se asomó a la puerta con una sonrisa inocente—. Julia, mi tío está soltero... —Y salió corriendo por la puerta, dejando a ambos rojos como un tomate y sonriendo tontamente.

—Niños... —Julia intentaba evitarle la mirada—. Quiere buscarme un novio para que no me tenga que ir de Estocolmo.

—Pues será que le gustas, no se lo hace a todas las niñeras. —Marcus dibujó una sonrisa tan perfecta que lo hacía todavía más atractivo.

—¿Ah, no? —Julia le devolvió la sonrisa, algo ruborizada.

Cuando llegaron al salón, Ingrid hizo las presentaciones formales entre Julia y sus padres y estuvieron un rato hablando mientras

tomaban un aperitivo. Julia no podía participar mucho en la conversación, ya que tanto Emma como Carl reclamaban su atención, algo que no pasó desapercibido para Marcus, quien observaba reiteradamente y con poco disimulo a esa chica que parecía haberse ganado el corazón de sus sobrinos.

Tras el aperitivo pasaron al comedor, para disfrutar del delicioso almuerzo que Ingrid había preparado. La comida transcurrió con una entretenida charla sobre recuerdos familiares, noticias de actualidad, anécdotas de los niños y, en definitiva, cualquier cosa que no estuviera relacionada con el banco. Julia trataba de prestar atención a todo lo que decían, pero cuando, por costumbre, hablaban en sueco le parecía del todo imposible y sus ojos buscaban los de Marcus mientras su mente empezaba a crear un mundo en el que ellos dos estaban solos. Hasta que alguien —generalmente Ingrid— recordaba que debían hablar en inglés y volvía la vista al plato de manera disimulada.

Tras el postre y una larga discusión sobre cómo iban a organizarse esas Navidades, Julia acompañó a Carl a su cama porque tenía sueño, y cuando pudo volver ya se habían ido todos. Se quedó con una sensación agri dulce al no poderse haber despedido de nadie, especialmente de Marcus. Vio que Ingrid estaba recogiendo la mesa y decidió ayudarla.

—Julia, no te preocupes, es tu día libre.

—Ingrid, ya sabes que no me molesta. Vivo aquí y no sé estar sin hacer nada.

—Vale —accedió Ingrid, e hizo una pausa mientras se quedaba parada con unos platos en la mano—. ¿Te puedo preguntar una cosa? —Julia asintió—. ¿Qué ha pasado entre mi hermano y tú?

—¿Cómo? —Julia sintió cómo sus mejillas iban cambiando de color, pasando por todas las tonalidades de rosa a rojo.

—Me ha pedido tu número.

—¿Ah, sí? —Julia dibujó una sonrisa—. ¿Y se lo has dado?

—¡Claro que no! No puedo hacer eso. —Julia miró hacia el suelo, sintiéndose estúpida—. A menos que... ¿quieres que lo haga?

—¿Qué? No, no, qué va... —farfulló mientras se daba la vuelta.

—Hacéis muy buena pareja, sería una pena —Ingrid le insistió.

Julia se detuvo, soltó todo el aire tratando de aflojar esa presión que se había instalado en su pecho de repente y volvió a mirar a Ingrid. Tragó saliva y jugueteó con los dedos sobre el granito de la encimera. ¡Claro que quería que le diera su teléfono! Pero le daba vergüenza reconocer que le gustaba su hermano. Por mucha confianza que tuviera con ella. Eso no podía estar bien, no podía ser correcto. Seguro que si buscaba en el contrato aparecería alguna cláusula al respecto, algo así como: «Quedan terminantemente prohibidas las relaciones entre *au pair* y cualquier miembro de la familia hasta tercer grado de consanguinidad».

—Está bien, si no va en contra de ninguna regla ni nada...

—¿Qué dices? ¡Qué va! —Ingrid cogió el móvil y le pasó el contacto de Julia a su hermano—. Hecho, ya tiene tu número.

—¿Ya? —preguntó sobresaltada por la rapidez con que Ingrid había hecho eso, ya que ella estaba recogiendo cosas y no la había visto—. ¡Qué rápida!

Esa misma tarde, una hora después, Julia estaba en su habitación tratando de leer cuando recibió un mensaje en su móvil.

Número desconocido:

Hola, Julia, soy Marcus, el hermano de Ingrid. Llevo media hora dándole vueltas a lo que quería escribirte. No pensé que mi hermana me fuera a dar tu número... o que tú quisieras. El caso es que me encantaría conocerte. ¿Te gustaría que nos viésemos un día?

El corazón de Julia dio un vuelco. Era real, Marcus quería quedar con ella para conocerla. Se vio presa del pánico por un momento y no sabía qué contestarle. Miraba la pantalla del móvil cada dos minutos para comprobar que ese mensaje seguía ahí y no se lo había imaginado. Hizo un par de respiraciones profundas, miró el mensaje otra vez y se armó de valor para responder.

Julia:

¡Hola! Me encantaría. ¿Cuándo te vendría bien?

Julia y Marcus quedaron el siguiente viernes por la tarde. Ella había acabado ya su jornada y Marcus solía salir antes los viernes, así que acordaron que la recogería a las seis.

Julia llevaba unos pitillos vaqueros, una blusa blanca y unos botines marrones con tacón. Llevaba el pelo suelto y el maquillaje resaltaba sus ojos. Al salir cogió su abrigo, bufanda y gorro, se miró una última vez en el espejo y salió hacia el coche que la estaba esperando en la puerta.

En el coche, un hombre con un traje negro y camisa blanca le abrió la puerta del Jaguar I-Pace para que entrara y Julia vio que dentro estaba Marcus, esperándola, así que entró deprisa para no coger frío.

—¡Hola! —dijo ella, entrando en el coche—. ¿Y esto? ¿Tienes chófer?

—Más o menos. —Marcus se rio—. Es una historia larga y aburrida.

—Ahm..., vale. ¿Dónde vamos? —preguntó ella mientras el coche se ponía en marcha.

—Es una sorpresa. —Le dedicó una sonrisa que la dejó noqueada—. Pero bueno, hálbame de ti, estuviste muy callada en la comida la semana pasada.

—Bueno, porque hablabais de cosas que yo no conocía... y me vi un poco fuera de lugar, no sé... Tu hermana es muy maja, pero

me sentía como una extraña...

—Ingrid te tiene mucho aprecio, y los niños también.

—¿Tú crees?

—No lo creo, lo sé. Pero, volviendo al tema, cuéntame algo sobre ti.

—Pues... estudié Biología. Me encantaría poder trabajar de profesora, pero como estaba difícil y quería irme de España para aprender idiomas, conocer otras culturas y demás..., porque todavía soy demasiado joven para conformarme con cualquier cosa..., acabé en Estocolmo cuidando a dos niños muy monos.

—¿Cuántos años tienes?

—Veinticuatro.

—Espero no parecerte un viejo. —Se le escapó una sonrisa comedida—. Yo tengo veintinueve.

—¿Y a qué te dedicas? —respondió con una sonrisa, quitándole importancia a la edad.

—Trabajo en el banco del que mi padre es presidente. Aunque antes de eso pasé un tiempo en Londres y en España estudiando y trabajando para coger experiencia internacional, aprender otros idiomas, conocer otras culturas...; vamos, como tú.

—¿Cuánto tiempo estuviste en España?

—Unos dos años y medio, puede que un poco más.

—Vaya..., yo no sé qué haré cuándo acabe el programa. La verdad es que no quiero volver tan pronto.

—¿No quieres volver? ¿No echas de menos el clima?

—Bueno... Hay cosas que echo de menos, pero hay otras que me gustaría perder de vista durante mucho tiempo. A ver, que iré en Navidad a ver mis padres y mi hermana, pero poco más... No me apetece mucho hablar de eso, la verdad.

—Vale, cambiaremos de tema.

Marcus y Julia estuvieron hablando durante todo el trayecto, seguramente para evitar silencios incómodos. Marcus iba intercalando algunas frases en español «para refrescarlo» y le pidió a ella que le hablara en ese mismo idioma. «Serás mi profesora», le dijo. Apenas notaron que el coche se detuvo de lo entretenidos que iban. Se encontraban frente al Gamla Stan, el centro histórico de Estocolmo. Julia podía verlo al otro lado de la orilla.

Bajaron del coche y se dirigieron a un ascensor que daba a un restaurante situado en un mirador. Cuando llegaron arriba, Julia se fascinó con las maravillosas vistas que el establecimiento ofrecía. A pesar de que fuera de noche, la ciudad estaba iluminada y gozaba de una increíble belleza. Marcus habló con el camarero y se sentaron en una de las mejores mesas, junto a una ventana con una increíble panorámica del centro histórico. Julia observaba con admiración hacia un lado y hacia el otro, completamente boquiabierta.

—Espero que te guste —le dijo él, viendo su reacción.

—¿Estás loco? ¿Hay alguien a quien no le guste?

Un camarero se acercó para llevarles una botella de vino rosado y servirles dos copas.

—¿Me quieres emborrachar, Marcus? —Julia se rio.

—¿Quieres otra cosa?

—Para nada. ¿También has escogido la comida por mí?

—Bueno... —sus dedos se movían temblorosos entre los mechones de su cabello— como en la comida dejaste claro que eres vegana, llamé para preguntar y asegurarme de que podrían tener algo para ti —aclaró mientras alzaba su copa con la intención de brindar.

—Es todo un detalle. —Julia levantó también su copa para brindar con él y sorbió un poco—. Tienes muy buen gusto, Marcus.

Ambos pasaron la cena charlando amigablemente y riendo. Tanto que se les pasó el tiempo volando y ya era hora de volver. Marcus pagó la cuenta y bajaron por el ascensor hasta la calle, donde los estaba esperando el chófer. Entraron en el coche y este se puso en marcha en dirección a donde ella vivía.

En el coche hubo un momento de silencio, ya que ambos sabían que había llegado el momento de separarse y no querían, se encontraban muy a gusto. Julia estaba mirando por la ventanilla con su mano sobre el asiento y Marcus, que quiso aprovechar que ella estaba distraída, acercó su mano hasta la de ella, ocasionando que dejara de mirar por la ventanilla y se girara hacia él, sonriéndole. Julia agarró su mano. Entrelazaron sus dedos y, mientras ambos se seguían mirando, fueron acercando sus cabezas poco a poco, hasta que juntaron sus labios en un tímido y efímero beso. Ambos se miraron con deseo y él posó la mano sobre el cuello de Julia, tirándolo hacia él para besarla con dulzura. Esta vez el beso duró bastante más y se fue intensificando por momentos. A Julia se le aceleró el corazón. Hacía tiempo que no se sentía así y ya lo estaba deseando. Pero en el momento más inesperado, el coche paró y el chófer les indicó que ya habían llegado.

—Supongo que tengo que bajar. —Julia no podía dejar de mirarlo a los ojos, apenada por la separación.

—Te llamaré, ¿vale? —prometió él, y ella asintió.

Julia se bajó, entró en el portal de casa y vio cómo se alejaba el coche tras ella. Todo ello con una sensación demasiado agradable en su interior como para dejarla pasar.

—¡No! —espetó Alberto de manera incrédula después de escuchar atentamente el relato de su amigo—. ¿Le has hecho la cobra?

—Ella no quería. Estaba borracha y despechada. Mañana se estaría arrepintiendo.

—Pero que te quiten lo *bailao*, ¿no?

Viktor negó con la cabeza, muy serio.

—¡Ah, vale! Que lo que no quieres es que mañana te diga: «Ha sido un error, yo quiero a Marcus, estaba borracha, te aprovechaste de mí...», esas cosas —dijo Alberto con voz de pito adivinando lo que su amigo estaba pensando.

Viktor calló, confirmando sus sospechas. Quizá Alberto no hubiera actuado igual, pero él estaba enamorado y no quería ser tan torpe de estropearlo por una tontería. Sabía perfectamente que ella amaba a otro hombre y que no se olvidaría de él en un minuto. Es más, estaba convencido de que, si hubiera pasado algo entre ellos dos, solo habría servido para empeorar las cosas.

—Voy al *gym*, ¿me acompañas o no? —dijo finalmente Viktor, dando por finalizada esa conversación.

—Creo que me quedaré aquí viendo la tele un rato. Echo de menos la tele española. A ver si encuentro algún canal en el que haya alguien discutiendo —respondió Alberto mientras cogía el mando a distancia. Le apetecía ir al gimnasio con su amigo, pero entendió que necesitaba ese momento para él y decidió respetarlo.

—Perfecto, pues nos vemos luego.

Al día siguiente, Julia se levantó con mucha energía. Había quedado con sus amigas para ir de compras y ya estaba vestida con sus habituales vaqueros, un jersey fino y sus Skechers.

La noche anterior había encargado que le trajeran un desayuno completo vegano y dos normales a las nueve, y cuando salió de su dormitorio ya lo tenía en la mesa. Así que se sentó, se sirvió un café y encendió la tele buscando algún programa que la entretuviera mientras comía, pero nada la convenció y la apagó. No se acordaba de lo poco que le gustaban esos programas matinales. Cogió una rebanada y se la llevó hasta la nariz, cerrando los ojos, para disfrutar del intenso aroma a pan recién hecho. Le colocó unas rodajas de tomate y lo acompañó de un chorrito de aceite de oliva y sal. Troceó un plátano y una pera dentro de un bol y le añadió un poco de zumo de naranja para hacerse una macedonia de frutas.

El ruido de la puerta abriéndose la alertó y al girarse se encontró con el andar masculino de Alberto, que se acercaba hacia ella ya con el uniforme y preparado para la acción.

—¡Buenos días y buen provecho! —exclamó él con una amplia sonrisa.

—¡Gracias! ¿Quieres? Han traído para vosotros también. —Le señaló la silla de enfrente—. Siéntate y coge lo que quieras.

—Muchas gracias.

Alberto se sentó, se sirvió un café y se preparó un sándwich con jamón y queso.

—¿Qué tal has dormido? ¿Estás mejor?

—Perfectamente —respondió asintiendo con la cabeza—. Yo pienso disfrutar mi viaje, voy a ver a mis amigas y si luego no viene..., pues..., bueno, que se acabó. Él sabe lo importante que es esto para mí. ¿O es que también va a faltar el día de su boda?

—Pero, entonces, si viene el viernes como estaba previsto, ¿la boda sigue en pie? —preguntó con interés, con la clara intención de saber cómo estaban las cosas para luego hacérselo saber a Viktor.

Julia se quedó sosteniendo el tenedor que iba a utilizar para pinchar un trozo de fruta. Fijó su mirada en el bol mientras repetía la pregunta en su mente a una velocidad muy lenta, palabra por palabra. No, no había pensado en esa posibilidad y aquella pregunta la había llevado de vuelta a las preocupaciones. A esa gran reflexión que había dejado sobre su almohada la noche anterior. Porque no quería ni pensar en eso. Levantó la mirada hacia Alberto como si la cabeza le pesara.

—Bueno, ya sabes cómo es. Existe la posibilidad de que se presente a última hora con algún regalo de los suyos. Y si viene... realmente no lo sé, estoy hecha un lío ahora mismo. Yo lo

quiero, ¿sabes? —comentó convenciéndose a sí misma—. Y no me gustaría que todo esto se acabara.

—Ya, te entiendo. Pero quizá eres demasiado joven para atarte a algo que no te haga feliz, ¿no crees?

—Alberto...

—Ya sé que nosotros no somos tan amigos. Pero si algo he aprendido es que esta vida es demasiado corta como para perder el tiempo con personas a las que no les importas tanto como te importan ellas a ti, y que no puedes vivir los sueños de los demás. Tienes que ser feliz. O de lo contrario te arrepentirás. Por experiencia te lo digo. ¿Qué planes hay para hoy? —preguntó cambiando de tema, después de darle a Julia algo más en lo que pensar; por su cara, estaba claro que la había dejado con muchas más dudas de las que ya tenía.

—He quedado con mis amigas para ir al centro comercial —respondió Julia, dejando a un lado sus cavilaciones—. Espero que estés preparado —añadió, y dibujó una sonrisa de oreja a oreja.

Cuando Julia acabó de desayunar, se fue al baño a acabar de arreglarse. Al volver al comedor, vio que Viktor estaba desayunando y hablando con Alberto.

«Mierda. Viktor», se dijo recordando la vergonzosa escena del día anterior.

—Buenos días, Viktor —murmuró ella muy seria, dirigiéndose hacia el sofá, mientras miraba el móvil.

Viktor y Alberto se miraron alucinados. Julia y Viktor se llevaban muy bien, siempre habían tenido mucha confianza y ese día estaba siendo mucho más simpática con Alberto que con él, lo cual no había pasado nunca. Ese hecho hizo que sospecharan de que ella estuviera molesta con lo que había sucedido la noche anterior.

—Julia, ¿todo bien? —preguntó Alberto.

—Sí. Es que estas chicas no saben levantarse temprano. Son casi las diez y todavía no están. Yo te aviso —masculló sin dejar de mirar el móvil.

Viktor siguió desayunando, observándola a ella, confundido y preocupado por la situación. Alberto intentaba darle conversación, comentándole algunas cosas que había visto en Facebook, pero no le hacía mucho caso. Solo podía mirarla a ella, dolido por su indiferencia.

Julia podía sentir la mirada perpleja de Viktor a su espalda. Estaba muy callado, ofreciendo únicamente monosílabos a la conversación que Alberto trataba de darle, y eso solo podía significar una cosa: que estaba tratando de entender por qué ella se comportaba de aquel modo con él. No había precedente en los casi diez meses que llevaba siendo su escolta. Pero, a decir verdad, ni ella misma se entendía. Y necesitaba tiempo para pensar. Nada que una mañana de compras no pudiera solucionar.

Cuando Viktor acabó, viendo la actitud de Julia, decidió levantarse e irse a dar una vuelta. Él también necesitaba despejarse, y así le daba a ella el tiempo que parecía reclamarle.

—Bueno, yo creo que voy a dar una vuelta y así hago un poco de turismo.

—Vale, Vik, nos vemos luego —dijo Alberto, despidiéndose de él.

Julia dio un respingo en el sofá y se giró hacia Viktor. Sus miradas se cruzaron brevemente, acelerando su corazón y subiendo su temperatura corporal. Se levantó y fue hacia él.

—Viktor, espera. Me gustaría hablar contigo un momento.

—Dime —respondió en un tono de «modo trabajo *on*», metiéndose las manos en los bolsillos del pantalón vaquero.

Julia deslizó la mirada desde los bolsillos hasta sus ojos, pasando por cada centímetro de tela de ese jersey que marcaba a la perfección sus masculinas hechuras. Tragó saliva.

—Verás, no sé cómo plantearte esto. Sé que debéis informar a Marcus de algunas cosas...

—No le voy a contar nada a Marcus. No hay nada que contarle, ¿verdad?

Julia le sostuvo la mirada. ¿Eso era bueno o malo? ¿Significaba que él había decidido olvidar cualquier locura que ella tratara de hacer el día anterior? Locura que no llegó a producirse porque él era un profesional y carecía de ningún sentimiento hacia ella. Y, de repente, ese pensamiento se le quedó atravesado, como si le doliera que fuera verdad.

—No te preocupes por eso —insistió Viktor con una voz muy serena, justo antes de despedirse y salir por la puerta.

Alberto simuló estar mirando el móvil para que Julia no pensara que lo había estado escuchando todo. Pero claro que lo hizo. Y claro que sabía de qué hablaban. Aunque no iba a meterse en ese follón. Al menos en aquel momento.

Cuando llegaron al centro comercial, Julia se encontró a Alba y a Sara, que ya habían llegado.

—¡Chicas! —gritó corriendo hacia ellas.

—¡Julia! —gritaron Sara y Alba al unísono mientras se abrazaban a ella.

—¿Cómo estás? —preguntó Sara en su habitual tono maternal.

—Perfectamente —dijo sonriendo, en un claro autoconvencimiento.

—¿Has hablado con Marcus? —inquirió Alba.

—No. No he vuelto a hablar con él desde ayer y no quiero volver a sacar el tema. Lo digo en serio, prometeme que no me preguntaréis más.

Sara y Alba se miraron sin entender nada y asintieron. Poco después, llegó Alicia y fueron a mirar tiendas. Querían entrar en todas y probárselo todo, cosa que agotó a Alberto. Al cabo de unas horas, decidieron hacer una parada para descansar y reponer fuerzas. Mientras esperaban, Julia y Sara fueron al baño. Pero Sara detuvo a Julia en la puerta para interrogarla.

—Julia, ¿quieres hablar?

—He dicho que no. Y me habías prometido que no preguntarías más.

—Lo sé, pero estoy segura de que hay algo que no nos estás diciendo.

—No me pasa nada.

—Cariño, te conozco.Quieres hacer ver que va todo bien, pero no es así. Ayer estabas destrozada, llorando porque Marcus no iba a venir y diciendo que no te casabas. Y hoy estás perfectamente. ¿Qué ha pasado?

—Pues... Es que, sinceramente, me estoy replanteando mi relación con Marcus. Porque quiero pensar que al final vendrá, porque él es así. Pero ¿esto es lo que quiero para el resto de mi vida? ¿Pasarme los días esperando a que llegue, decepcionarme día tras día porque no cumple sus promesas y luego lo recompensa de otra manera? ¿Con otro viaje, o con unas entradas o con un regalo caro? ¿Va a ser así siempre? ¿Otro Carlos? ¡Me fui a Estocolmo huyendo de eso!—explotó, desesperada, gesticulando con evidente exageración.

—A ver...

—Es que hasta Viktor me lo dijo. No lo quiero ver, pero es verdad: Marcus no me quiere. Me dijo que el día que me case con él dejará de compensármelo todo y seré una infeliz. Y la verdad es que empiezo a creer que tiene razón.

—¿Viktor cuál es, el rubio?

—Sí.

—¿Y dejas que te hable así? ¿Qué sabrá él?

—Pues mucho. Él me ha visto destrozada todas y cada una de las veces que Marcus no ha aparecido, o ha cancelado algo, o directamente ni se acordaba. Somos amigos y...

—Ya... —Sara cruzó los brazos a la altura del pecho con seguridad.

—¿Qué pasa ahora? —escupió con pocas ganas de oír una de sus teorías.

—¿Es que no te has dado cuenta?

—No, Sara, no todas somos como tú. ¿De qué hablas?

—Pues que creo que le gustas. Bastante, diría yo.

—Pues esta vez te equivocas. No le gusto —Julia se cruzó de brazos.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Sara, suspicaz.

—Pues porque... —Julia hizo una pausa mientras jugueteaba con sus dedos nerviosamente—. Porque estuve a punto de besarlo y me hizo la cobra.

—¿Cómo? —preguntó, alargando mucho las vocales.

—No me malinterpretes; estaba mal, bajé a tomarme dos *gin-tonics* y... me los tomé demasiado rápido, con el estómago vacío, y... No sé por qué hice esa estupidez. Da igual, el caso es que él se apartó. Me dijo que era una mala idea y me fui. Fin. —Julia miró a su amiga, que no daba crédito a lo que acababa de oír—. ¿Puedo ir a hacer pis ya?

Sara asintió y fue tras ella.

Cuando llegaron a la mesa, vieron que ya les habían servido. Estaban charlando animadamente y Alba no paraba de sonreír a Alberto, muy pegada a él. Algo que no le pasó desapercibido a Julia.

—¡Ya estamos aquí! —dijo Julia para llamar su atención.

—¡Por fin! —exclamó Alicia, aliviada, seguramente incómoda por los coqueteos entre aquellos dos.

—Había cola —mintió Sara para no dar explicaciones sobre la conversación anterior—. Como siempre, vamos.

Las chicas estuvieron hablando y, sobre todo, riendo durante un rato mientras tomaban un merecido café. Cuando acabaron, Julia pagó la cuenta y siguieron su desfile hacia las tiendas. Caprichos del destino que, en un momento en el que las chicas estaban saliendo de Pandora, Julia se detuvo de golpe.

—¿Julia? —pronunció una conocida voz masculina.

—¿Carlos?

Capítulo 5

Nueve meses antes. Febrero

Viktor y Alberto habían empezado a trabajar con Julia. Ella no veía nada necesario tener escolta y fue fuente de discusiones. Pero al final Marcus le explicó que, si la relacionaban con él, podía estar en peligro, como lo estaban ellos, y no quería que le pasara nada. Finalmente, y muy a regañadientes, Julia accedió. La confirmación de que los escoltas que iban a estar con ella la mayor parte del tiempo eran españoles se tradujo en una menor oposición por su parte.

Julia hacía un mes que había dejado de trabajar en casa de Ingrid y Lucas, y Marcus había insistido en alquilarle un apartamento en un edificio con seguridad para que no tuviera que volver a España. Porque estaban en la mejor etapa de su relación y no querían separarse. Pero en ese momento, como ella ya no trabajaba en casa de su hermana y disponía de más tiempo libre para salir, ir a sus clases de baile y de sueco, ir a comprar, a pasear..., Marcus tenía miedo de que la relacionaran con él y estuviera expuesta al peligro. Por eso tomó la dura decisión de ponerle escolta.

El último lunes de ese mes, cuando Julia salía de su edificio, se encontró con Viktor abajo, esperándola.

—Viktor, ¿verdad?

—Sí, *miss* Vidal —respondió él.

—Lámame Julia, por favor. —Lo saludó tendiéndole la mano—. Puedes tutearme, bastante raro es ya esto. ¿Nos vamos?

—Tengo el coche ahí delante. ¿Dónde te llevo?

—Jungfrugatan 23.

Una vez en el coche, Julia iba en silencio revisando sus redes sociales.

—Disculpa, Viktor. Marcus me dijo que eras medio sueco, ¿es verdad?

—Así es.

—¿Viniste aquí por familia?

—No, vine a estudiar. Pero sí que elegí Suecia por eso; aunque mis abuelos no residen en la capital, tengo un tío que no vive muy lejos y de vez en cuando voy a visitarlo.

—¿Y a España vas a menudo?

—Voy todo lo que puedo. Mi madre me soborna con hacerme croquetas y tortilla de patatas, y claro..., tengo que ir. —Ambos se rieron—. Pero sí, la verdad es que echo de menos a mi familia. Unas veces más que otras. Ya hace unos años que estoy aquí y te acostumbras, pero no es lo mismo.

—Vaya. Es que es muy diferente. Yo vine en agosto para trabajar de *au pair*; y los primeros días la madre me llamó la atención varias veces por los horarios de los niños. Claro, yo no estaba acostumbrada y me costaba, pero luego bien. Me puse alarmas en el móvil, las llamaba «guirialarmas».

Viktor se rio, le hizo bastante gracia.

—¿Y viniste tan lejos para cuidar niños?

—Barajaba varios destinos, tenía un par de familias miradas y la que salió al final fue esta.

—¿Y te has quedado para siempre o piensas volver?

—Bueno, resulta que la madre de los niños a los que cuidaba es la hermana de Marcus. Así que nos conocimos, empezamos a salir y cuando llegó el momento de irme me pidió que me quedara, y aquí estoy.

Viktor la miraba por el retrovisor, le parecía una chica estupenda, guapa y simpática. Era la primera mujer en la que se volvía a fijar desde que su anterior novia, Gabriela, lo dejara por otro. Él había estado muy comprometido con esa relación, pasaban mucho tiempo juntos, era atento, sensible, tierno, detallista... Y cuando lo dejó, su mundo se vino abajo y cayó en el alcoholismo, aunque su padre se dio cuenta pronto y lo ingresó en un centro para rehabilitarse. Poco después de salir, tomó la decisión de irse a estudiar a Estocolmo, ya que en su ciudad todo le recordaba a ella y se le hacía difícil no recaer. Se había mantenido sobrio y alejado del amor hasta ese momento, cuando vio a Julia por primera vez y supo que le traería problemas. Había algo en ella que le atraía por completo y que a la vez le impedía renunciar a ese trabajo, sabiendo a lo que se arriesgaba. Pero el hecho de que fuera un amor imposible lo mantenía en su sitio.

Con el paso del tiempo, se fue ganando su confianza, y tenían tanta afinidad que se convirtieron en amigos en muy poco tiempo. Unas semanas más tarde, cuando Viktor estaba ayudando a Julia a subir unas compras para la casa, se encontraron a Marcus saliendo de la habitación. Se detuvieron en el portal y dejaron lo que llevaban en el suelo.

—¿Marcus? ¿Qué haces aquí? —quiso saber ella.

—Me vengo a vivir contigo —anunció Marcus con entusiasmo.

—¿Cómo?

—Sí, así pasaremos más tiempo juntos y, además, vives más cerca de mi trabajo.

—¿Lo dices en serio? —preguntó, emocionada.

—¡Claro!

Julia corrió a abrazarlo y besarlo. Un beso que pretendía ser un simple roce Marcus lo convirtió en algo más profundo, reclamando sus labios con posesión y bajando las manos por sus caderas hasta posarse en la parte superior de su trasero. Viktor seguía en el portal y empezó a desviar la vista hacia otro lado, completamente violentado.

—Bueno —carraspeó—, yo me voy ya. —Ambos se giraron hacia él. —Julia, nos vemos mañana...

—Espere, Viktor, yo también bajo —atajó Marcus cogiendo su abrigo.

—¿Te vas?

—Sí, *älskling*. Había venido a ver el espacio. Estos días iré trayendo cosas, ¿okey?

—Vale. —Marcus la agarró de la cintura para darle un beso de despedida—. ¿Te veo mañana?

—Haré lo que pueda. Te aviso, ¿de acuerdo? Pero ahora me tengo que ir. Te llamo luego —le prometió Marcus a Julia mientras iba hacia la puerta—. Adiós.

Viktor se despidió de ella levantando el brazo y haciendo una mueca con los labios, y ambos abandonaron el piso arrastrando una niebla de tensión.

—Una relación curiosa la suya con mi novia —murmuró Marcus mirando la puerta del ascensor.

—¿Disculpe? —Viktor se giró hacia él sintiendo un latigazo que lo obligaba a ponerse en alerta.

El ascensor se abrió y ambos entraron. Cuando la puerta se cerró, Marcus miró a Viktor y le dijo:

—Ya me entiende, esta «amistad» que tienen es algo que me resulta curioso. Espero que no olvide para qué está usted aquí —le advirtió Marcus con su habitual tono chulesco y autoritario.

—No, señor. No existe ninguna amistad, simplemente creo que me ha cogido más confianza de la debida porque se siente algo sola en esta ciudad.

—Bueno, ahora que vamos a vivir juntos, espero que no se sienta tan sola.

Hubo una pausa muy incómoda hasta que salieron del ascensor. Viktor no le caía bien y no se molestaba en disimularlo. Sospechaba que pudiera estar enamorado de su novia y eso lo convertía en rival de manera automática. De modo que solía recurrir a gestos y expresiones que bien podían definirse como «marcar territorio». Y, llegando a la puerta del edificio, Marcus se detuvo y se giró hacia Viktor diciéndole:

—Como dicen los españoles, espero que no muerda la mano que le da de comer. Creo haberme expresado con suficiente claridad. No se tome tantas confianzas con ella si desea conservar su puesto. No quiero tener que dar parte a la agencia sobre esta supuesta irregularidad.

A Viktor casi le dio un infarto con esas palabras tan estudiadas. Seguro que llevaba tiempo deseando que llegara el momento de poder soltárselas. Marcus le sonrió fríamente antes de dar media vuelta y largarse, dejándolo completamente fuera de juego. No se podía creer lo que acababa de oír. ¿Se había dado cuenta de que sentía algo por Julia y estaba celoso? ¿Se iba a mudar con ella por eso? ¿Sería un hombre peligroso capaz de hacerle daño?

Fue entonces cuando empezó a preocuparse por ella más que por su puesto de trabajo. Se sentía impotente por no poder protegerla cuando estuviera con él y a la vez tenía miedo de ser él mismo el causante de cualquier daño que Marcus le pudiera hacer. ¿Habría hecho algo de manera diferente si hubiera sabido cómo iban a acabar las cosas?

A la salida de aquella tienda, Julia parecía inerte. Era la primera vez que veía a Carlos desde que lo dejó con una triste nota; desde aquello había pasado algo más de un año. ¿Qué hacía allí y por qué no estaba trabajando?

—¿Podemos hablar? —sugirió él sin expresar ninguna emoción. Nada que a Julia le diera una pista de cuál era su intención.

—Chicas, ¿os podéis adelantar y luego os busco?

Sara le dedicó una mirada reprobatoria, pero Alicia la agarró del brazo para llevársela de allí.

—¿Me permites que hable un momento con él? —dijo esta vez dirigiéndose a Alberto, quien no tenía ninguna intención de dejarla sola.

—Me quedo por aquí cerca —contestó él.

—Vale, gracias. —Se volteó hacia Carlos—. ¿Nos sentamos ahí? —sugirió señalando un banco. Carlos asintió y se puso en marcha en esa dirección, sin perder de vista a Alberto.

—Te veo muy bien —confesó él.

—Gracias —respondió Julia, apartando un mechón de pelo de delante de la cara.

—¿Te vas a casar? —preguntó señalando el anillo, algo que le llamó demasiado la atención como para ignorarlo.

Julia se miró la mano, lo que produjo una cascada de recuerdos: el viaje a Austria, la pedida, la

emoción de anunciar su compromiso, el dolor de esa llamada que la hizo sentirse como la mierda, Viktor... «Joder, Viktor no». Rebufó. No le apetecía darle demasiados detalles. Levantó de nuevo la vista hacia él y asintió, sonriendo.

—Enhorabuena.

—Gracias.

—¿Es con él? —preguntó señalando a Alberto con un movimiento de cabeza.

—¿Qué? —Julia se giró hacia su escolta y luego hacia Carlos—. No, no, él no es. Mi prometido se llama Marcus, es sueco.

—¿Sueco?

—Sí, me fui a Estocolmo...

—¿Estocolmo? ¿Tan lejos de mí querías estar?

—No de ti, de todo. Sentí que tenía que irme y me salió esa oportunidad.

Carlos mantenía el semblante inexpresivo, pero ella era consciente del esfuerzo que hacía él por lidiar con esos sentimientos de culpabilidad y decepción que lo acompañaban desde su ruptura. Asintió lentamente, asimilando la nueva información.

—¿Sabes una cosa? Me costó mucho aceptarlo. No lo entendía. Me dejaste una nota y te largaste. Pensé que te habías ido con tus padres y cuando los llamé me dijeron que no sabían dónde estabas. Fue un poco humillante, no sé. Pero el caso es que al cabo de un tiempo lo comprendí. Me di cuenta de la cantidad de tiempo que pasaba en el trabajo, de cómo me había acostumbrado tanto a esa situación que para mí ya era normal. Y me di cuenta de que había estado equivocado y de que te fuiste porque acabaste tan harta que no podías ni decírmelo. Y en el fondo te estoy agradecido.

—¿Cómo? —preguntó, atónita.

—Sí, porque en ese momento no hubiera habido nada que pudieras haberme dicho para que yo cambiase. Y el haberte ido me lo hizo ver. En serio, me da pena que haya sido a costa de no poder estar juntos, pero bueno. Me alegra comprobar que al menos has rehecho tu vida.

—Pues... no sé qué decir, la verdad... —titubeó, tratando de expresar algo con sentido.

—No sé cuánto tiempo vas a estar por aquí, pero ¿querrías cenar conmigo un día? Como amigos, tranquila. Puedes traerte a tu novio... ¿Marcus has dicho?

—Sí, claro. ¿El jueves te vendría bien?

—Perfecto. Te escribo para concertar hora y lugar.

Julia asintió y ambos se levantaron para despedirse. Carlos se acercó para darle dos besos, tras los cuales ella permaneció abrazada a él durante unos segundos y al apartarse le susurró un «gracias» que los liberó, permitiéndoles cerrar aquella puerta que había quedado medio abierta y que simplemente podían contemplar e ignorar, pero no cerrar.

Las chicas entraron en unas cuantas tiendas más y luego fueron a un conocido restaurante del puerto a comer. Estuvieron recordando viejos tiempos y poniéndose al día de sus vidas, de las que, a pesar de hablar constantemente, siempre quedaban cosas por contar. Después de la comida, Sara se ofreció a pasar la noche con ella, como habían hecho tantas veces de niñas, y Julia se lo agradeció. Sabía que no lo hacía para crear una improvisada noche de pijamas, sino porque no la había visto bien, pero le daba igual. La echaba de menos y no tenía ganas de quedarse sola otra vez y hacer más tonterías.

Las dos amigas pasaron en silencio todo el camino y, cuando llegaron a la *suite*, Julia fue directa al sofá, con lo que Sara se tumbó en el otro.

—¿No te parece agotador ir de compras? —preguntó Julia, estirando la frase debido al cansancio. Estaba tumbada boca arriba, quitándose los zapatos y tirándolos al suelo.

—¡Dios, estoy muerta! Tengo que ir al baño, pero no puedo levantarme.

—Ve arrastrándote.

Sara se tiró al suelo y empezó a arrastrarse hacia la puerta del dormitorio.

—¡Tía! Que lo decía de broma —exclamó Julia, aguantándose la risa.

—En serio, no puedo levantarme —se quejó mientras gateaba por el cálido parqué.

Julia soltó una carcajada. Por primera vez desde que la llamó Marcus se sintió totalmente feliz y libre de pensamientos negativos. Sara consiguió llegar al baño y Julia oyó el sonido de llamada entrante de su teléfono móvil. Cuando vio que era Marcus el que la estaba llamando, colgó, silenció el aparato y lo volvió a guardar en el bolso. Sonrió satisfecha al pensar que se había deshecho del problema que amenazaba con arruinarle la noche de chicas, pero no podía estar más equivocaba. Al cabo de medio minuto entró Viktor en el salón.

—Julia, te está llamando Marcus.

—Lo sé, le acabo de colgar.

—Lo tengo en el teléfono, quiere que te pongas.

—No estoy.

—No me hagas esto, ¿vale? Coge el teléfono —le espetó en un tono que no admitía discusión.

Julia alargó el brazo para coger el teléfono, sin mover ni un solo músculo más.

—Marcus, no hace falta que llames a todo el mundo. ¿Me vas a decir algo que me interese? — Julia oía con total indiferencia lo que Marcus le decía—. No quiero saber nada. —Colgó el teléfono—. Toma, ya está. Si te vuelve a llamar, dile que no estoy.

—¿Quieres que me eche? —preguntó, realmente alterado.

Julia se incorporó, cruzando las piernas encima del sofá.

—¿No te das cuenta? Si no vuelvo, los dos os quedáis sin trabajo. —Dulcificó su tono de voz sin despegar sus ojos de los de Viktor.

Este dio la vuelta al sofá para sentarse al lado de Julia.

—Pero... ¿no vas a volver? —tanteó él con la voz ronca y sosegada.

Julia se estremeció. Esa voz otra vez. Su cercanía. Su perfume. Tuvo que desviar la vista hacia abajo, incapaz de sostenerle más la mirada.

—No lo sé. Quizá tengas razón cuando dices que no me quiere. Y soy muy joven para atarme a alguien que no me hará feliz —admitió, parafraseando las palabras que Alberto había expresado esa misma mañana.

—Oye... —Viktor se acercó más a ella y le cogió una mano—, no hagas caso a todo lo que digo. No siempre tengo razón, y a veces quisiera no tenerla.

Ella alzó la cabeza. No rechazó su contacto. Podía decir que le resultaba agradable. Demasiado, incluso. Sus miradas se cruzaron y el aire se cargó de algo que no había existido jamás. Aunque ninguno de los dos era consciente de que el otro también sentía esa misma energía y el silencio, cómodo al principio, empezaba a volverse sofocante.

—No quiero casarme con Marcus —confesó ella para destensar un poco el ambiente. Pero lo único que consiguió fue cargarlo más.

Viktor agarró la otra mano de Julia y entrelazó sus dedos con los de ella. Agachó la cabeza y cerró los ojos. Trataba de luchar con esa vocecilla interior —de Alberto en ese caso concreto— que no paraba de repetirle: «Dile que no lo haga. Dile que la quieres. Bésala. Haz algo, inútil.» Apretó fuerte las manos. Era como en los dibujos animados, que a uno le aparece un demonio y un ángel a cada lado de la cabeza. El demonio, disfrazado de Alberto, lo animaba a atacar. Y el ángel... simplemente no estaba.

—Julia, yo... —empezó a decir levantando la cabeza de nuevo, quedándose a muy pocos

centímetros de ella.

Pero Sara, que estaba detrás de la puerta escuchando, decidió entrar e interrumpirlos. Cuando oyeron el ruido de la puerta se separaron a toda velocidad y miraron para otro lado con la respiración algo acelerada.

—Oye, Julia, ¿te parece que vayamos a por un sándwich o algo?

—¡Vale! Vamos —respondió ella rápidamente.

Viktor volvió a su habitación despidiéndose de manera profesional, demostrando que a disimular no lo ganaba nadie, mientras las chicas se ponían los zapatos, que seguían tirados por el suelo. Cuando estaban en el ascensor, Sara le preguntó a Julia:

—¿Qué acaba de pasar?

—No te entiendo.

—Lo preguntaré de otra manera: ¿qué hubiera pasado si no entro en ese momento?

—¡Nada! —exclamó, ofendida—. ¡Por Dios, Sara!

—Os he oído y os he visto apartaros muy nerviosos. Y no es la primera vez que te veo así con él.

—Solo somos amigos.

—Por ahora...

—¡Sara! —La puerta del ascensor se abrió y Julia salió disparada, obligando a su amiga a ir tras ella.

—¡Julia, para! No te estoy regañando ni juzgando. Pero sé lo que he oído. Que no quieres casarte con Marcus. Solo quiero hablar de eso.

—Es que me siento muy confundida.

—A ver... No me gusta verte así. No deberías casarte si no lo tienes claro. Y si no estás bien con Marcus, deberías hablar con él antes de hacer alguna tontería.

Julia la abrazó, conteniendo una lágrima que luchaba por escaparse. La necesitaba tanto... Esa noche comieron en el sofá viendo la tele, viajando de vuelta a su pasado adolescente. Fue una noche tranquila entre dos amigas que necesitaban pasar tiempo juntas después de casi un año sin verse.

Alrededor de la dos de la madrugada Sara se despertó y no podía volver a dormirse. Oía la tele del salón encendida y, frotándose los ojos, se preguntó si se habían olvidado de apagarla. Convencida de ello, se levantó y salió del cuarto, cerrando la puerta muy suavemente para no despertar a Julia. El salón estaba a oscuras, iluminado únicamente por la luz tenue de la tele. La pantalla mostraba un capítulo antiguo de alguna serie. Sara se acercó para buscar el mando y apagarla y dio un respingo al ver a Viktor en el sofá.

—¡Qué susto! —exclamó Sara en un susurro.

—¿Tampoco puedes dormir? ¿O es que te he despertado yo?

—Lo primero, supongo. Pensaba que nos habíamos dejado la tele encendida.

—He sido yo. Es que me he desvelado y no quería despertar a Alberto con la de nuestro cuarto. ¿Se oye mucho desde vuestra habitación?

—No, tranquilo. Solo la oyes si ya te has despertado..., y muy poco.

—Menos mal. —Viktor se llevó la mano al pecho—. Lo último que quisiera sería despertar a alguien.

—¿Con «alguien» te refieres a Julia?

—¿Perdón? —Viktor tosió, atragantándose con su propia saliva. No se esperaba aquella pregunta. Y la misma sensación de cuando te pillan copiando en un examen lo invadió de repente.

—¿Cuánto tiempo llevas enamorado de ella?

—¿Yo? —Simuló una especie de risa falsa—. Yo no estoy enamorado de ella.

—Sé que lo estás, y que es una situación muy complicada. Pero yo no le diré nada a nadie.

Viktor la miró desconfiado. No entendía cómo ella en dos días se había dado cuenta de eso.

—Puedes confiar en mí —insistió ella.

Él hizo una pausa, exhaló y a continuación dijo:

—Desde que la conocí.

Capítulo 6

Cuando Julia se despertó por la mañana vio que Sara seguía durmiendo. Después de meditarlo un poco mientras remoloneaba, se vistió y salió al salón para desayunar. Allí se encontró con Viktor y Alberto, que estaban tomándose un café y preparándose un sándwich.

—Buenos días, chicos. Qué madrugadores, ¿no?

—Nosotros venimos con el horario sueco —se justificó Alberto, riéndose.

—Ya veo. ¿Tú que vas a hacer hoy? ¿Turismo?

—Sí, iré al centro a ver qué hay... ¿Alguna sugerencia?

—Que vayas a la oficina de turismo. —Julia soltó una carcajada y Alberto frunció el ceño—. Ahora en serio, lo que más me gusta a mí es el castillo de Bellver. Las vistas a la ciudad son increíbles desde allí arriba y entrar no es muy caro, creo. Y para luego, coge un plano abajo, en la recepción, ve al parque del mar, pásate por allí y dirígete hasta el Born por los jardines. Después de eso ya lo dejo a tu elección. Callejea un poco. A mí me gustaría acompañarte y poder explicarte y enseñarte cosas que no salen en las guías, porque me encanta esta ciudad y la echo de menos, la verdad. Pero hoy está difícil.

Alberto hizo un gesto indicándole que no se preocupara.

—¿Cuál es el plan? —preguntó Viktor.

—Pues me dijo mi hermana que quería ir al *spa*, así que por la mañana nos quedaremos por aquí, luego comeremos en un sitio que dice que está muy de moda ahora y después nos acercaremos a ver a mis padres. —Julia puso cara de resignación.

—O sea, que por la mañana no me necesitas.

—Ya sabes que yo no os necesito nunca. Pero no, por la mañana puedes hacer lo que quieras. —Le sonrió sentándose a su lado.

Sara salió de la habitación, medio dormida, en pijama y sin peinar. Sintió un poco de vergüenza al verse con todo el mundo desayunando y arreglado para salir, pero aun así se sentó a la mesa a tomar un café. Viktor sintió la inquieta mirada de Sara sobre él y no pudo evitar acordarse de la conversación que habían mantenido esa misma madrugada.

—¿Cuánto tiempo llevas enamorado de ella? Puedes confiar en mí.

—Desde que la conocí.

Sara se sentó a su lado con un gesto perspicaz.

—Dime una cosa. Tú que conoces a Marcus, ¿cómo es?

—¿A qué te refieres?

—Pues a cómo es él como persona, cómo la trata, cómo se comporta..., esas cosas.

«Pues que es un tipo autoritario, egocéntrico y posesivo y que iba a convertir a Julia en una infeliz» fue lo primero que le vino a la mente. Pero no quería decir eso y que Sara pensara que simplemente estaba celoso.

—Pues... yo no lo conozco tanto. Generalmente no estoy mucho tiempo con él, porque suele llevar su propio escolta. Pero por las pocas veces que hemos coincidido, con las cosas que ella me dice y lo que yo veo..., a mí no me cae muy bien, la verdad.

—¿Por qué? ¿Qué cosas son esas?

—Pues yo no sé qué os cuenta ella, pero yo la he visto llorar por su culpa demasiadas veces. Sé que discuten mucho, él siempre la deja plantada, le promete que irá y luego no aparece...

—¿Crees que él la quiere?

Viktor aguantó la respiración. Tenía toda la pinta de ser una pregunta trampa, pero decidió ser valiente y decir lo que pensaba.

—Yo creo que no. Pero si le preguntas a Alberto te dirá que sí. No lo demuestra mucho, ¿sabes?

—Opino como tú. No me gusta nada lo que le está haciendo a Julia. Pero... —meditó unos segundos a la vez queladeaba la cabeza y se llevaba el dedo índice a la barbilla— algo me dice que no habrá boda.

—No estoy nada seguro.

—La conozco. No lo tiene claro, tiene muchas dudas. Y hay cierta persona que la confunde aún más. —Viktor miró para otro lado intentando no inmutarse, pero era plenamente consciente de que se estaba refiriendo a él. Sara le sonrió al ver su reacción—. Tranquilo, yo no le diré nada. Total, ella ya lo sabe, aunque parece que no quiera verlo. Dale tiempo. —Sara se levantó—. Me vuelvo a la cama. Buenas noches.

—Buenas noches.

Viktor tardó varios segundos en reaccionar después de que Sara entrara en la habitación. No paraba de dar vueltas a esas palabras tan ambiguas. ¿Por qué él estaría confundiendo a Julia en su decisión de casarse? Solo le había dado su opinión, algo que seguramente sus amigas también habrían hecho. ¿Y para qué tenía que darle tiempo? ¿Iba a dejar a Marcus o solamente anular la boda? ¿Qué tenía eso que ver con él? Estaba claro que debía empezar a contenerse. No podía dejarse llevar y hacer una estupidez como la que había estado a punto de hacer si Sara no lo hubiera interrumpido. De lo contrario echaría por tierra su trabajo. Si Sara se había dado cuenta, ¿cuánto iba a tardar Julia? Decidió apartar de su mente todo ese montón de ideas absurdas que lo atormentaban y al cabo de unos minutos apagó la tele y volvió a la cama. Aunque era plenamente consciente de que con esa conversación le iba a costar aún más conciliar el sueño.

Sara y Julia acabaron de desayunar e, inmediatamente después, la primera fue a vestirse y a arreglarse un poco antes de marcharse a su casa. Mientras tanto, Julia seguía con Viktor y Alberto en la mesa del comedor.

—Entonces, ¿a qué hora vuelvo para llevaros a comer? —preguntó Viktor para apagar el silencio.

—Sobre la una y media.

—Vale, aquí estaré.

—Bueno, Julia, yo me voy ya, ¿vale? Avísame si este memo no viene —dijo Alberto riéndose, y Viktor se quejó—. Era broma, Vik. Me voy. Adiós —añadió llegando a la puerta.

—Adiós —dijeron Viktor y Julia al unísono.

—Y, Julia..., ¿qué les vas a decir a tus padres? —quiso saber Viktor.

—¿Sobre? —Julia lo miró, demandando una explicación.

—Sobre la boda.

—Nada. Tenía pensado decírselo el sábado, con Marcus. Hoy me tocará fingir que tengo un novio genial y que nos queremos mucho.

—¿Fingir?

Viktor intentó poner una mano sobre la de Julia, que estaba apoyada en la mesa, pero entró Sara y se levantó de un salto para despedirse de ella. Hablaron brevemente para agendar otra quedada y se fue rápidamente porque tenía algo de prisa. Inmediatamente después, Julia volvió a sentarse, esta vez frente a él, apoyando sus codos sobre la mesa y cruzando los brazos.

—Julia, ¿tienes que fingir? —insistió Viktor, con una voz grave y un gesto paternalista y protector. Pero con una mirada desesperada y angustiada.

—Bueno, ya me entiendes. Simplemente voy a omitir todo esto que ha pasado. Como si no me hubiera llamado el lunes. Tengo que hacerles ver que todo va mejor que con Carlos.

—Pero son tus padres, Julia. Si no va bien con Marcus, ¿qué sentido tiene decirles que todo va sobre ruedas si luego les vas a decir que no?

—Precisamente porque son mis padres. —Puso los ojos en blanco—. No lo van a entender. ¿Qué les digo? ¿Que mi novio, ese que llevo tiempo diciéndoles que es maravilloso, me pidió que me casara con él y yo acepté, pero ahora tengo dudas? ¿Que no sé si va a venir a conocerlos? ¿Que no sé qué voy a hacer porque estoy harta?

—A mí me parece que sí sabes lo que vas a hacer. Pero tienes miedo.

Julia clavó sus ojos en los de Viktor. Sentía cómo volvía a tensarse el ambiente y a cargarse de esa energía que solo sentía con él. Era cierto. Sabía lo que quería hacer, pero tenía miedo. Miedo a dejar a Marcus porque desconocía cómo iba a tomárselo. Miedo a la reacción de sus padres, que sería algún «ya te lo dije» que no le apetecía oír. Miedo a sumar otro fracaso más en su vida.

Miedo a perder tantas cosas que se quedarían en Estocolmo y en su recuerdo para siempre. Una en concreto, de un metro y ochenta y cinco centímetros y con los ojos más azules que había visto en su vida. ¿De verdad se estaba quedando colgada por él?

—No tengo miedo.

—Claro que lo tienes. ¿Qué te impide decirles la verdad a tus padres si no es el miedo?

Julia resopló.

—Viktor, no me agobies. Hay decisiones que no se pueden tomar a la ligera. Necesito tiempo. No puedo tirarlo todo por la borda por una tontería, ¿entiendes? Marcus tiene defectos, como todo el mundo. Pero si he seguido con él hasta ahora, pues...

—El conformismo no es un motivo para seguir con alguien.

—No sigo con él por eso.

—¿Y entonces? —la provocó con una mirada exigente.

—Porque lo quiero —respondió en un tono desafiante, pero nada convincente. ¿A quién quería engañar?

Viktor negó con la cabeza. Esa conversación lo estaba desgastando, y lo peor era que no sabía ni a dónde quería llegar. Solo parecía conseguir que se enfadara con él.

—Pues si lo quieres, cástate —dijo aflojando el tono.

—¿Por qué haces esto? —preguntó Julia con la voz entrecortada.

—¿Hacer el qué?

—¡Esto! —dijo ella moviendo las manos arriba y abajo—. Confundirme todo el tiempo, hacer que dude de mis sentimientos. El lunes, ayer, ahora también... Llegué a pensar que... —Julia miró para otro lado—. Bueno, da igual, me equivoqué.

—¿Qué llegaste a pensar?

Julia resopló. La avergonzaba tener que decir aquellas palabras sabiendo que estaba equivocada.

—Pues que... que... —titubeaba, esquivando su mirada.

—¿Qué? —le exigió, a punto de perder los nervios.

—Da igual, me equivoqué.

—¡Julia! Dime qué pensaste.

—Pues que... —hizo una pausa y miró hacia el suelo— pensé que te gustaba —admitió finalmente bajando mucho la voz—. Pero ya me dejaste claro que no, así que...

—Julia, yo...

—Ya lo sé, Viktor. Fue una estupidez, pero vamos a olvidarlo. Solo te pido que me des un respiro. Necesito poder pensar sin que todos estéis preguntando y opinando. Alberto, Sara, tú... No quiero que mis padres también lo hagan.

Julia se levantó con urgencia, molesta y dolida, y empezó a caminar con rapidez. Necesitaba salir de allí, alejarse de él, tumbarse en la cama para llorar a moco tendido sin tener que rendir cuentas a nadie. Necesitaba poner en orden algunas cosas de su vida, y necesitaba hacerlo a solas. Reflexionar sobre sus verdaderos sentimientos hacia Marcus y sobre por qué Viktor la turbaba tanto. Por qué se había creado ese clima con él que le impedía pensar en otras cosas. Estaba claro que ella a él no le gustaba. Solamente era una amiga y, como tal, la trataba con cariño y respeto en un momento en el que no lo estaba pasando bien. El respeto que ella se dijo no haber tenido cuando intentó besarla.

Viktor no soportaba que Julia se enfadara con él. Había estado a punto de cagarla otra vez al intentar aclararle lo equivocada que estaba. Pero ella lo interrumpió y él dejó que pensara que no le gustaba. ¿Gustar? Como si simplemente le pareciera mona. No podía dejar de pensar en ella ni

un puto segundo desde hacía meses y le aterraba la idea de que Marcus pudiera hacerle daño. De modo que calló y ella se enfadó. Con el dolor que eso le suponía. Para no pensar más, decidió ir al gimnasio. Se dijo que eso lo distraería lo suficiente como para mandar todos esos pensamientos al fondo del cerebro.

Cuando Helena llegó a la *suite*, una media hora después, Julia le abrió la puerta con los ojos hinchados de haber llorado.

—¡Julia! ¿Qué te ha pasado?

—Pasa —indicó de manera trémula, como si le costara hasta pronunciar una sola palabra.

Helena entró sin dejar de mirarla a los ojos y Julia cerró la puerta tras ella, apoyándose en la madera con gesto abatido. Cuando levantó la vista hacia su hermana, se percató de que estaba de pie esperando una explicación, así que la agarró de la muñeca y la llevó al sofá para hablar.

—¿Qué ha pasado, cariño? —preguntó Helena muy serena, colocando su mano sobre la de Julia, en un gesto apreciativo.

—Que no sé qué hacer, cada vez estoy más confundida y haga lo que haga está mal. Todo está mal.

—A ver, explícate mejor.

—Pues que no quiero casarme con Marcus. Pero es que no sé ni si quiero seguir con él.

—¿Y eso por qué? —preguntó, trasladando la interrogación a su rostro.

—Porque me estoy cansando, Helena; de sus desplantes, de las decepciones, de las peleas... Me estoy cansando, y mucho. Y que no vaya a venir el viernes...

—¿No viene? —Abrió mucho la boca y arrastró las vocales creando un excesivo dramatismo.

—¡No te lo he dicho! —exclamó Julia llevándose una mano a la cabeza, y Helena negó con la cabeza—. Me llamó el lunes para decirme que no vendría y le contesté que si no venía que se olvidara de mí y de la boda.

—¿Eso le dijiste?

—Más o menos. —Julia bajó la mirada y empezó a jugar con sus dedos—. El tema es que no sé si vendrá, porque al final siempre aparece, pero... que creo que ya no quiero que venga, que ya estoy cansada.

—¿Eso es todo? Me parece que me ocultas algo.

Helena llevó una mano a la barbilla de su hermana para obligarla a mirarla.

—Nada, que estoy muy confundida. No sé qué hacer. Haga lo que haga estará mal. —Julia sacudía la cabeza de lado a lado lentamente, desviándole la mirada de nuevo.

—Julia, cariño, haz lo que debas. No hay respuestas buenas ni malas. Simplemente haz lo que tú consideres correcto. Pero hazlo pensando en ti, no en Marcus, o en papá y mamá, o en quien sea. Piensa en ti. Como cuando dejaste a Carlos.

Julia se giró hacia ella de nuevo. Le encantaba que su hermana siempre tuviera algo que decir que sonara tan simple y neutro, pero que a la vez le transmitiera tanta calma y la hiciera sentir tan bien. Diluía los problemas como haciendo magia, con unas palabras que parecían no decir nada. Helena dibujó una ligera sonrisa y ella la imitó.

—Gracias, Helena. Siempre sabes qué decir.

Julia se abrazó a su hermana durante unos segundos, sintiendo el reconfortante movimiento de la mano de esta por su espalda, que dibujaba unos suaves círculos. Cuando se separó, fue a hacer la bolsa para bajar al *spa* y cogió su bikini y sus chanclas.

Una vez abajo, dejaron las cosas en el vestuario y salieron con la toalla a buscar una tumbona libre. El *spa* era muy amplio; tenía un circuito termal completísimo con una gran piscina, *jacuzzi*, sauna, baño turco, pediluvio, duchas de aromas y muchas más cosas que no sabían ni que existían,

además de salas de masajes y una zona de descanso. La decoración era clásica y elegante, y la iluminación, tenue.

Julia y su hermana decidieron empezar por la piscina —que estaba vacía— y aprovecharon para relajarse un poco con los diferentes chorros. Tras varios minutos de risas intensificadas por la acústica del ambiente, pasaron a relajarse en el *jacuzzi* y empezaron así un circuito improvisado: sauna, *jacuzzi* otra vez, duchas de aromas, un chorro que no habían descubierto antes en la piscina... Cuando se cansaron de dar vueltas por todo el *spa*, solicitaron un masaje con la esperanza de relajarse y vaciar la mente de estrés, nervios y preocupaciones.

Alrededor de las doce del mediodía salieron del *spa* sintiéndose como nuevas y agradeciendo que existieran estas maravillas, aunque lamentando no poder ir más a menudo. El circuito termal y el masaje formaban una experiencia extrasensorial que arrastraba a otro universo en el que no existía nadie más, en el que no había obligaciones ni pensamientos negativos, en el que solo podías alimentar tu mente de cosas buenas para vivir de una manera más lenta y relajada, muy alejada del mundo actual. Y eso, en aquel momento, a Julia le sentaba fenomenal. Después de aquellos últimos días en los que solo podía fingir estar bien, necesitaba esa sensación de desconexión para poder empezar de cero y afrontar las cosas de otra manera.

No volvieron a sacar el tema de Marcus o de la boda en toda la mañana. En el *spa*, recordaron anécdotas de la infancia o de la adolescencia. Tantos años de convivencia habían dado para horas de conversación. Helena era tres años mayor que Julia, con lo cual se habían pasado la infancia jugando juntas y la adolescencia hablando de chicos y de los buenorros de las series. Recordaron con bastante facilidad las regañinas de sus padres por pasarse horas y días escuchando la misma canción hasta que se aprendían la coreografía, los enfados de Helena cada vez que su hermana le cogía ropa o maquillaje sin avisarla, o anécdotas como cuando a Julia se le cayó el algodón de azúcar al suelo en la feria y tuvo que decidir entre comprarse otro o subirse a una última atracción. Vamos, que no pararon de reír en toda la mañana.

El restaurante estaba tranquilo. No destacaba por ser bonito, pero no era hortera ni rancio. Simplemente era un restaurante normal con una decoración normal. Era famoso por sus *pizzas*, porque, además de ofrecer una carta bastante variada, estaban deliciosas. El enfado de Julia con Viktor era evidente; prueba de ello era el silencio que había dominado todo el trayecto y la displicencia con que ella le insinuó que lo quería bien lejos una vez que llegaron al restaurante.

Los padres de Julia vivían en el centro de la ciudad, en un edificio antiguo y restaurado, con una arquitectura típica de la zona que dibujaba grandes ventanales y estrechas persianas mallorquinas, con sus características barandillas negras a modo de falso balcón. Le apenaba reconocer que sentía un nudo en el estómago cada vez que se acercaba a esa casa cuando había sido tan feliz durante toda su vida entre aquellas cuatro paredes.

—Gracias, Viktor, te llamaré para que me vengas a buscar —dijo Julia de manera seca, antes de cerrar la puerta del coche y entrar en el edificio junto a su hermana.

Nada más llegar, Julia regresó a su antigua habitación fingiendo que quería llevarse algunas de sus cosas a Estocolmo. Menuda chorrada. Si ni siquiera tenía claro que fuera a volver. Pero necesitaba tiempo para enfrentarse a sus padres, por lo que se refugió en la paz que le transmitían aquella estancia y los objetos que allí seguían, los recuerdos que había ido coleccionando durante toda su vida. Cuando se vio preparada, se dirigió al salón tratando de aparentar que estaba perfectamente, tal y como le había dicho a Viktor esa misma mañana.

El matrimonio formado por María y Damián seguía unido después de tantos años y de haber superado numerosas dificultades. Habían criado a sus hijas con mucho respeto, atendiéndolas y regalándoles todo el tiempo del que disponían para estar con ellas. Tanto Julia como su hermana

guardaban muy buenos recuerdos de cuando eran niñas, pero a medida que se hicieron mayores notaron que la exigencia de sus padres era cada vez mayor y, aunque Helena no tuvo grandes problemas con ellos, Julia se había convertido en el centro de las comparativas con su hermana. Consideraban que Helena se había convertido en una mujer adulta, inteligente y autosuficiente y tenían la esperanza de que en breve fuera a casarse y tener hijos, que en el fondo era lo que querían. Helena llevaba siete años con su novio y trabajaba de enfermera en un hospital, lo que para sus padres era una vida ejemplar. En cambio, se sentían algo decepcionados con Julia, que, habiendo recibido la misma educación que su hermana, se comportaba de manera muy distinta. Se sintieron muy orgullosos de ella cuando estudió y acabó la carrera de Biología —ya que durante un tiempo pensaron que iba a dedicarse al baile y eso no les parecía buena idea—, se sintieron todavía más orgullosos cuando supieron que salía con un abogado y, cuando se fue a vivir con él, pensaron que su vida ya estaba arreglada. No podían imaginarse una vida mejor para ella, por lo que, cuando supieron que se había ido a Estocolmo sin decir nada a nadie y rompiendo su relación con él, se sintieron profundamente decepcionados y aterrados, ya que no sabían qué sería de ella y si volvería a encauzar su vida de nuevo.

—Dinos, Julia, ¿cómo es ese chico por el que nos has abandonado? —preguntó María, con voz muy seria.

—Se llama Marcus, mamá, ya lo sabéis. Y no os he abandonado por él. Me fui por Carlos y... simplemente lo conocí —respondió Julia tratando de ser educada, pero con un deje de cansancio en su voz.

—Pero ya no vas a volver, ¿no? Pues nos has abandonado por él —insistió con cierta decepción.

—María, no te pases —intervino Damián, queriendo frenar a su mujer.

—Solo quiero saber cómo es, a qué se dedica...; esas cosas.

—Mamá, lo vas a conocer el sábado —empezó a decir Julia, no muy convencida de que eso fuera a pasar—, pero lo que te puedo adelantar es que es muy serio, como a ti te gusta. Tiene un alto cargo en un banco porque su padre es el presidente, su familia me ha aceptado muy bien y..., no sé..., ¿qué quieres saber, mamá?

—Pues eso mismo, Julia. —Suspiró—. Mira, no nos has hablado mucho de él hasta ahora, pero ya lo conoceremos. Lo único que me importa es que sea alguien serio, educado, que te quiera...

—Marcus me quiere. Mucho —la interrumpió en un claro intento de autoconvencerse—. Y me lo demuestra todos los días, algo que no hacía Carlos. Por eso lo dejé. No sé por qué te cuesta tanto entenderlo —explicó Julia, con la sensación de repetir lo mismo una y otra vez.

—Sigo pensando que hiciste mal yéndote así.

—Ya, pero fue la manera que encontré. Porque sabía que haciéndolo de otra forma te ibas a meter, ¿o me equivoco? —María no pudo asentir ni negar. Su hija la había pillado y su sola mirada le sirvió de confirmación—. Me fui a Estocolmo y conocí a Marcus, que es un chico extraordinario, inteligente, culto, y esas cosas que te gustan a ti, como que tiene un buen trabajo y es de buena familia.

—¿Por qué dices que es lo que me importa? Yo solo quiero que seas feliz y que tengas una buena vida, estable, que no te hagan daño...

—Eso no lo puedes saber tan fácilmente, las cosas no siempre son como parecen —reconoció Julia con un suspiro espeso.

—¿Y si hablamos de otra cosa? —Helena interrumpió la conversación, viendo que no iría a mejor.

A unos tres mil kilómetros de distancia, en Estocolmo, se encontraba Marcus en su despacho.

Llevaba dos días en los que apenas había ido a casa para dormir y darse una ducha. Pasaba las horas en la oficina, de reunión en reunión, comiendo deprisa delante de su ordenador y acelerando el ritmo de trabajo. No podía creer que justamente esa semana hubieran perdido a uno de sus principales clientes. Justamente esa semana, que tenía que ir a conocer a la familia de Julia, a sus amigas, a visitar esa ciudad donde ella creció. Estaba todo planeado y, cuando el lunes por la mañana su padre le dijo que no podría irse de viaje, se le cayó el alma a los pies.

—Marcus, hijo, vamos a perder a Laboratorios Annestorp.

—¿Qué? —dijo él, con una expresión de horror en la cara.

—Quieren cerrar sus cuentas y llevárselo todo a otro banco.

—¿Es definitivo? ¿Se puede hacer algo todavía?

—No creo que podamos hacer mucho. He estado hablando con ellos y no he sacado nada en claro. Pero a lo mejor a ti se te ocurre algo.

—Deja que lo mire. ¿Cuánto tiempo tenemos?

—El miércoles vendrán a arreglar los papeles. Si tienes algo, puedes venir a la reunión e intentar convencerlos.

—*Okey, pappa*, déjame que lo intente.

—Oye, Marcus..., sé que tenías pensado ir de viaje este fin de semana, pero, si no podemos solucionar esto, creo que tendremos que reunirnos con los principales directores de departamento. En fin, me sabe mal, aunque no puedo dejar que te vayas en un momento como este.

—Lo sé, *pappa*, tranquilo.

Marcus se quedó destrozado en su despacho, pensando en la manera correcta de decírselo a Julia. Tenía un mal presentimiento, ya eran demasiadas las veces que le había dicho que no podía ser, y en esta ocasión era un viaje muy importante. En un primer momento pensó en no contarle nada hasta el final, por si acaso. Pero tenía tan poca fe en que pudiera escaparse que prefirió llamarla ese mismo día para avisarla de que seguramente no iba a poder ir, si bien haría todo lo posible.

Tenía que encontrar la manera de frenar la salida de Annestorp y le iba a dedicar todo el tiempo posible a revisar los contratos, acuerdos, préstamos, condiciones e historial disponible a fin de encontrar algún cambio que pudiera hacer, algo susceptible de ser mejorado, para que decidieran no irse. Y estaba dispuesto a trabajar largas horas para ello, solo para conseguir llegar a tiempo y realizar ese viaje. Sabía que Julia se enfadaría y mucho. Sabía que le costaría perdonarlo.

Así que ese día Marcus consiguió hablar con los principales dirigentes de Annestorp y logró que oyeran su propuesta. En ese momento paralizó la firma y consiguió ampliar el plazo para presentarles algo más a aquellos que amenazaban con irse a otro banco, así que tenía hasta el lunes para hacerles una última presentación. En ese momento decidirían si seguían con ellos o se iban definitivamente. Por lo tanto, Marcus debía pasarse muchas horas trabajando para acabar a tiempo. Había conseguido una prórroga, pero no le sobraba el tiempo para ir a ver a Julia.

En un momento de la tarde, exhausto de reuniones y de hacer cálculos, decidió intentar llamar a Julia de nuevo. Quería hablar con ella para decirle que intentaría ir, que había habido un problema muy grande y que estaba trabajando duro para poder hacer el viaje. También le diría que sentía mucho que hubiera ocurrido en esa semana. Empezaba a estar muerto de cansancio por el trabajo y las veces que había tratado de contactar con ella le había sido imposible, confirmando su enfado y obligándolo a ir. Sentía que la estaba perdiendo, y no soportaba no poder hacer nada al respecto. Ahora que estaban cambiando las cosas y parecía que todo iba bien, ahora que se iban a casar. Marcus marcó el número y esperó varios tonos.

—¿Qué quieres? —Podía adivinar el tono enfadado de Julia al otro lado de la línea.

—Julia, no me gusta que estés así conmigo, estoy haciendo todo lo posible por ir. Te echo de menos...

—¡Hechos, Marcus, no palabras!

—Sabes que te quiero, no me hagas esto.

—La verdad es que no lo sé. —El tono cortante con el que pronunció esas palabras le dolió como si le clavaran un cuchillo en el medio del pecho.

—Julia, no digas eso...

—Adiós, Marcus.

Julia colgó antes de dejarle responder. Marcus se sintió fatal y decidió que pasaría todo el tiempo posible trabajando para poder ir, aunque fueran solo unas horas. Tenía que conseguirlo.

Capítulo 7

Para el asombro de Julia, la tarde con sus padres había acabado mejor de lo que ella hubiera esperado. Con la ayuda de su hermana, fue convenciéndolos de que dejar a Carlos no había sido tan malo y de que ella había sido muy feliz durante ese último año, cosa que no habría pasado si hubiera seguido con él. No obstante, el hecho de obviar los últimos acontecimientos le dejaba un sabor amargo al pensar que debería tener la misma conversación si cortaba con Marcus. Pero no quería agobiarse con ello en ese momento.

Estaba en el coche con su hermana, de vuelta al hotel, cuando Marcus la llamó, y su primer impulso fue el de no responder. Seguía enfadada y demasiado indecisa como para mantener una conversación con él. Pero, curiosa por saber qué quería decirle, contestó. Su hermana estuvo muy atenta a lo que ella decía, consciente de que estaba siendo realmente duro y, cuando colgó, se inclinó un poco hacia ella y puso una mano sobre su hombro.

—¿Estás bien?

Julia levantó la vista, cazando la mirada de Viktor en el retrovisor, siempre pendiente de ella.

—Perfectamente —respondió con una sonrisa forzada, pretendiendo mostrarse fuerte frente a él.

Su hermana sabía que fingía, la conocía demasiado y veía claro que no estaba bien. Pero desechó la idea de insistir, intuyendo que no sacaría ninguna información más en ese momento.

Ya en el hotel, cuando estaban cruzando el *lobby*, Viktor se puso delante de ella y la detuvo sosteniéndola de un brazo.

—Julia, ¿podemos hablar?

Ella lo miró, molesta. No, no quería hablar con él, no quería estar cerca de él, no quería saber nada. Miró a su hermana, que parecía darle igual, y luego lo volvió a mirar a él, esta vez más serena.

—De acuerdo. —Se giró de nuevo hacia su hermana y le dio la llave de la habitación—. Toma, Helena, ve subiendo. No creo que tarde mucho.

Julia observó cómo Helena se marchaba en dirección a los ascensores, retrasando esa conversación unos segundos.

—Tú dirás —murmuró ella, dirigiéndole la mirada de nuevo.

—Julia, lamento mucho si he dicho algo... o he hecho algo que te haya molestado. De verdad, lo siento mucho. Pero no soporto que estés así conmigo.

—¿Así cómo?

—¡Pues así! Como estás ahora, enfadada. Me gustaría saber qué ha pasado. Llevas dos días muy rara conmigo. Te enfadas, luego vuelves a hablarme, luego te vuelves a enfadar... A ver, está bien, no me pagan porque seamos amigos precisamente... y Marcus se quedaría más tranquilo si no me hablaras...

—¿Que Marcus qué? —preguntó, indignada.

—Nada, olvídale.

—Dímelo, Viktor.

—Bueno, pues ya sabes cómo es él y cómo nos trata. A Marcus le gustaría que tu relación con nosotros fuera la misma que tiene él.

—¡Ay, de verdad! Esto ya lo he discutido bastante con él, qué pesado se pone... —se quejó, cruzando los brazos a la altura del pecho.

—Julia... —insistió suavizando el tono de voz.

—¿Qué? ¿Esto es lo que querías decirme? ¿Puedo subir ya?

—No. ¿Ves? ¡Estás enfadada! —exclamó levantando ligeramente los brazos.

—No lo estoy, Viktor —reconoció con cierta tristeza en su rostro.

—Entonces, ¿qué te pasa?

—No estoy enfadada, Viktor. Y menos contigo. —Suspiró—. Lo que pasa es que estos días han sido raros. Casi surrealistas. Yo llegué aquí contenta y emocionada. Estaba pletórica. Y luego me enfadé muchísimo con Marcus. Y desde entonces me siento perdida. Estoy intentando aclararme, pero es imposible si todos me hacéis preguntas que no sé responder...

—Tienes que entender que estamos preocupados por ti.

—Pues no os preocupéis tanto —soltó de manera borde.

—¿Cómo no nos vamos a preocupar? Te acaban de pedir matrimonio, has aceptado, ¿y ahora te entran dudas? ¿Qué ha cambiado? Porque no veo que Marcus haya hecho algo que no hubiera hecho anteriormente.

Julia suspiró, frustrada. Esa conversación le estaba doliendo de muchas maneras. Le dolía estar así con él. Le dolían sus palabras, tan ciertas como siempre. Le dolía estar tan cerca y palpar esa tensión sofocante que se creaba cada vez que se quedaba a solas con él. Sí, Viktor tenía razón, pero no estaba dispuesta a dársela.

—Me ha dicho que me quiere y que intentará venir el viernes. Y yo lo creo —replicó autoconvenciéndose de algo en lo que no creía demasiado.

—No es verdad, no lo crees.

—Sí. Entiendo que tenga sus problemas en el banco y que si no viene es porque no puede. Y yo me casaré con él, como ya le prometí. —Le mantuvo la mirada un instante hasta que se puso nerviosa y sintió que iba a flaquear—. Me voy arriba.

—Julia, espera. —La detuvo agarrándola por el codo—. Sigues enfadada y estás diciendo esto porque sí.

—No estoy enfadada.

—Sí lo estás.

Julia se giró hacia él con gesto teatral.

—Viktor, suéltame y déjame en paz. Me voy con mi hermana, que al menos ella me apoya sin hacerme preguntas ni nada por el estilo.

Viktor la soltó y Julia se dirigió al ascensor mientras él se quedaba allí inmóvil, pasmado. No entendía nada de lo que acababa de ocurrir. No entendía por qué de repente todo era tan complicado con ella. Cuando Julia hubo desaparecido se decidió a subir a su habitación, donde se encontró con Alberto, que estaba viendo la tele.

—¡Tío! ¿Se puede saber qué has hecho? —preguntó Alberto cuando lo vio.

—¿De qué hablas?

—No es que haya puesto la oreja...

—Claro que no... —respondió irónicamente Viktor mientras empezaba a quitarse el uniforme para ponerse algo más cómodo.

—¿Quieres saberlo o no?

—Creo que no.

—Pues he sentido el ruido de la puerta —Viktor puso los ojos en blanco, sabía que no iba a quedarse callado— y primero he imaginado que erais vosotros dos, y como no he oído nada, he pensado que os estabais liando o algo.

—Su hermana se queda a dormir con ella —lo interrumpió, ignorando el comentario tan

absurdo que acababa de hacer.

—Ahora lo sé. El caso es que de repente oigo que tocan a la puerta y abren. Y ha entrado Julia bastante disgustada, parece, y ha dicho algo sobre ti.

—¿Qué ha dicho? —preguntó casi sin interrogación en su voz, en un tono muy exigente.

—¡Ah! Ahora sí te interesa... —respondió Alberto de manera chulesca, con una sonrisa canalla.

—¿Me lo vas a contar o no?

—No he oído mucho. Algo de que no puede más, que está cansada y que quiere que venga Marcus. ¿Me he perdido algo?

—Nada. Cuando venga Marcus le presentaré mi dimisión —anunció como una decisión tomada en el último momento.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Porque este trabajo me volverá loco. Está enfadada conmigo todo el tiempo. Cada vez que parece que hay algún acercamiento entre nosotros, que todo vuelve a ser como antes, de repente digo algo y se enfada. Y ahora dice que se quiere casar. ¡Pues que se case! —Viktor gesticuló violentamente con los brazos.

—Tío, está enfadada contigo porque la rechazaste —añadió Alberto, muy seguro de sí mismo.

—¿Qué dices? Estás mal de la cabeza.

—Que sí. ¿Cuándo empezó a estar enfadada contigo?

—No tiene nada que ver.

—Lo que tú digas. ¿Qué más le has dicho para que esté así?

—No sé... —Viktor se rascó la barbilla, intentando pensar—. Solo trato de comportarme como su amigo, preocuparme por ella, porque la veo mal. A lo mejor sí soy un poco pesado, pero es que me duele verla de esa forma y que estemos así. Si siempre nos hemos llevado de puta madre.

—Se siente dolida y está montando este numerito para ponerte celoso —insistió Alberto moviendo ligeramente la cabeza hacia ambos lados.

—¿Qué dices? —Viktor levantó los brazos de manera exasperada—. ¿Se te ha ido la pinza? Está enamorada de Marcus y yo solo soy un amigo.

—Ya —ironizó Alberto con una sonrisa astuta—. Un amigo con derecho a roce, ¿no? Porque si Marcus os ve durante este viaje eres hombre muerto.

—Olvídalo, en serio. Se va a casar con Marcus y yo dejo el trabajo. Punto —sentenció, ignorando cualquier comentario sobre ese tema.

—¿En serio que lo dejas?

—Sí.

Alberto entendió que su amigo no tenía muchas ganas de hablar sobre el tema y decidió poner fin a esa conversación. Para él estaba más que claro y, aunque le pareciera absurdo que no quisiera darse cuenta, era plenamente consciente de que en aquel momento no se podía dialogar pacíficamente con él y hacerle entrar en razón.

Ya cambiado, Viktor guardó la pistola en la caja fuerte y se tumbó en su cama para revisar el móvil. Se puso los cascos para que Alberto no oyera cómo veía vídeos viejos de Julia en su canal de YouTube, en el que narraba sus vivencias en un país extranjero y explicaba las diferencias con España, las cosas que le llamaban la atención de allí, y básicamente la forma de vivir en aquel lugar. Era un canal que ella había abierto al poco tiempo de aterrizar en Estocolmo y que ya contaba con un número de suscriptores y visualizaciones suficientes como para hacerse con un dinero extra. Viktor nunca se perdía sus publicaciones y también la seguía en Instagram. Pero en ese momento que se sentía tan alejado de ella y a punto de dejar de verla para siempre, necesitaba

volver a visualizar algunos de esos vídeos para recordar aquella sonrisa que en ese momento se negaba a aparecer.

Al otro lado, Helena estaba buscando una película con la que distraer a Julia. Se montarían un maratón de cine si hacía falta, y empezaron con una comedia española que Julia no había visto, pero su hermana le dijo que era muy buena. Y de alguna manera tenía razón, porque Julia se olvidó de todo y no paró de reír. Cuando iban por la tercera película, esta se quedó dormida. Helena fue a buscar una manta para taparla y se fue a la cama después de poner el despertador.

A la mañana siguiente, Helena se despertó muy temprano y, al comprobar que su hermana no estaba en la cama, fue al salón y vio que seguía dormida en el sofá. Se metió de nuevo en la habitación para arreglarse y al salir se sentó en uno de los sillones, intentando no despertarla mientras revisaba sus redes sociales y hablaba con su novio. Al cabo de un rato, Alberto y Viktor entraron en la *suite* hablando entre ellos y vieron que Helena les hizo un gesto para que guardaran silencio, haciéndoles ver que Julia estaba dormida. Ellos se callaron de repente y decidieron volver a su habitación con unos movimientos demasiado teatrales. Pero llamaron a la puerta y un segundo después entró un empleado del hotel para llevarles el desayuno, como cada día a la misma hora. Alberto se apresuró a dejar el desayuno sobre la mesa, tratando de hacer el menor ruido posible, ante la atenta mirada de Viktor, quien parecía negarse a salir de allí.

A pesar de los esfuerzos, Julia se había despertado con el ruido de la puerta y, al oír movimientos alrededor, abrió los ojos aún medio adormilada. Reconoció enseguida que se encontraba en la *suite* y miró a su hermana con un gran interrogante en su expresión. Se incorporó preocupada a la vez que se peinaba con sus dedos y, al echar una ojeada al resto de la habitación, sintió la vergüenza más grande al descubrir que estaban los chicos allí. Lo que le faltaba.

—¿Por qué me dejaste aquí? —preguntó a su hermana, bajando la voz y tapándose la cara con unos mechones.

—Porque por fin te habías dormido y no quería despertarte.

—Mejor hacerme pasar la vergüenza de despertarme aquí rodeada de gente —respondió Julia en tono irónico.

—Nosotros acabamos de llegar —indicó Alberto sonriéndole—. Y ya somos como de la familia, ¿no? Tú misma lo dijiste, que nos ves como hermanos.

Viktor le dirigió una mirada asesina.

—Sí, puede ser...; me voy a cambiar —musitó levantándose del sofá con cara mohína.

Julia desapareció arrastrando los pies hacia el dormitorio y cerró la puerta de un suave golpe. Helena se levantó al momento y se acercó a Viktor con cara de pocos amigos.

—No sé qué rollito te traes entre manos, pero la dejas tranquila ya —le soltó de golpe.

—¿Perdón? —preguntó, desconcertado.

—Si no estás interesado en ella, es mejor que la dejes en paz. Deja de confundirla para que se pueda casar tranquila.

—Pero si yo no...

—Lo sé todo —aseveró ella cruzándose de brazos—. Es mi hermana y hacía tiempo que no la veía como la vi ayer después de hablar contigo. Comportate como se supone que debe hacerlo un escolta o deja el trabajo —sentenció mientras lo señalaba con el dedo, y acto seguido se fue al dormitorio con su hermana, dando por zanjada la conversación.

—¿Qué demonios acaba de pasar aquí? —preguntó Viktor mirando a Alberto, más confundido aún.

—¿Necesitas un traductor? Yo lo veo muy claro: le molas, pero cree que ella a ti no. Y como te comportas como si sí, pues la confundes y no sabe si seguir con Marcus o dejarlo por un tío que

pasa de ella.

—Pero eso no es así.

—Pero es lo que ella cree.

Viktor se sentó y se llevó las manos a la cabeza. Alberto se sentó a su lado y le puso una mano en la espalda.

—Bueno, dijiste que ibas a dejar el trabajo, ¿no? Pues ya está. Ella volverá a ser feliz con Marcus, yo conservaré mi puesto y tú... tú encontrarás a otra que te traiga menos problemas.

—Vaya, todos salimos ganando —repuso Viktor con ironía.

Julia y Helena salieron de la habitación y se dirigieron a la puerta para irse. Julia iba ataviada con unos *leggings*, una sudadera y unas deportivas, y estaba colocando el auricular al móvil para escuchar música. Pero este sonó cuando todavía estaba en medio del salón.

—¡Hola! Dime. —Su voz sonó muy animada en comparación con unos minutos antes—. Sí, claro que me acuerdo. —Pausa—. Vale, perfecto, ahí nos vemos, mándamelo por WhatsApp y así no se me olvida. Venga, nos vemos luego. Adiós.

—Julia, ¿te vas? —quiso saber Alberto.

—Sí. Tenéis el día libre, los dos. Luego, a las ocho, necesito que me lleves a un sitio.

—¿Yo? —preguntó nuevamente señalándose en el pecho.

—Preferiría que fueras tú.

—Julia, ¿por qué haces esto? —protestó Viktor con un profundo abatimiento en su voz.

—Cállate... —le sugirió Alberto en voz baja.

Julia le dirigió una mirada desafiante. No estaba dispuesta a tener otra conversación con él para acabar llorando de nuevo.

—Me voy —respondió Julia, ignorando a Viktor, mientras se acercaba a la puerta.

—Mañana le presentaré mi dimisión a Marcus —declaró Viktor de manera firme y contundente, obligando a Julia a detenerse en la puerta.

Julia miró a su hermana, que ya estaba fuera. Helena los miraba a ambos como si se tratara de una telenovela y Alberto se llevó las manos a la cabeza. Tras una pausa cuya duración no habría podido estimar ninguno de ellos, Julia se giró y, esquivando a Viktor con la mirada, dijo:

—Alberto, procura estar a las ocho. Adiós.

Julia cerró la puerta y se fue, dejando a su hermana y a sus escoltas sin palabras. Se despidió de Helena en la puerta del hotel y salió a caminar por la ciudad escuchando música. Hacía tiempo que no disponía de un momento para ella sola sin que algún escolta tuviera que acompañarla, y ya lo necesitaba. Especialmente en aquel momento. Así que disfrutó su paseo y aprovechó para pensar en la situación que estaba viviendo.

Por otro lado, Viktor se sentía confundido y trataba de entender qué había pasado hacía unos minutos.

—¿Te lo puedes creer? ¡Le da igual todo! Le digo que renuncio y hace como si no existiera...

—Viktor estaba moviendo los brazos enérgicamente.

—Y se ha ido sola. Marcus nos echa. Bueno, tú te vas, te da igual —le recriminó Alberto.

—No me da igual. Pero está huyendo de mí, no iré yo con ella.

—Voy a llamarla. —Alberto cogió el móvil y marcó el número—. ¡Julia! ¿Dónde estás?

—No te lo voy a decir, no quiero que vengas. Ninguno de los dos —remarcó esa última frase con firmeza.

—Julia, por favor. No puedes hacer esto.

—¿Por qué no? —protestó, sabiendo perfectamente la respuesta—. Mira, yo solo necesito un rato para mí, para pensar, para caminar tranquilamente, escuchar música...

—Deja que te acompañe. No te diré nada. Iré unos metros atrás —insistió Alberto, desesperado.

—¿Estás con él? —Tres simples palabras y se le estrechó el nudo que tenía en la garganta.

Alberto echó una mirada severa a Viktor y se fue a su habitación.

—Ya no. Dime —contestó una vez que hubo cerrado la puerta.

—¿Es verdad que va a dejar el trabajo? —titubeó, incapaz de pensar en aquella posibilidad, sintiendo como todo el oxígeno a su alrededor no le bastaba y castigándose por haber provocado aquella situación al comportarse como una niñaeta.

—Yo... —resopló— no tengo ni idea. Sí que es verdad que ayer me lo dijo, y yo creía que no iba en serio. Pero hoy tu hermana le ha dicho algo y puede que se lo haya pensado de verdad. O puede que intentara que le hicieras caso, no sé...

—Te mando la ubicación, no estoy lejos.

—Vale, voy enseguida.

—Te espero.

Alberto volvió al salón para despedirse, encontrándose con un Viktor preocupado y alterado.

—Me voy, Vik. Pórtate bien, nos vemos luego.

—¿Vas con ella?

—Que sepas que ha preguntado si es verdad lo de la renuncia.

—¿Y qué le has dicho? —preguntó, sintiéndose horrorizado de repente.

—La verdad. Que lo dejas porque estás jodidamente enamorado de ella y no soportas esta situación —dijo aparentando la cara más seria que le salió en ese momento.

—Dime que estás de coña —exigió Viktor apretando los puños.

—Claro, coño —Alberto soltó una carcajada y salió por la puerta.

Viktor se quedó mirando fijamente la puerta, como si fuera a darle alguna respuesta. ¿De verdad quería dejar ese trabajo? ¿Dejar de verla para siempre? ¿Dejársela en bandeja a ese imbécil de Marcus que no se la merecía? Las frases de Alberto se arremolinaban en su cabeza: «está enfadada contigo porque la rechazaste», «está dolida y está montando este numerito para ponerte celoso», «le molas, pero cree que ella a ti no». A la vez que la voz de Julia lo confundía aún más: «quizá tengas razón cuando dices que no me quiere», «no quiero casarme con Marcus», «lo quiero», «me casaré con él, como ya le prometí». ¿Cómo iba a pasar en un día de no querer casarse a querer hacerlo? ¿Existía realmente la posibilidad de que Alberto tuviera razón?

Al cabo de una hora de caminar, Julia encontró una pequeña cafetería cerca de la plaza del progreso, Mama Carmen's. Tenía hambre y decidió entrar, alentada por las opciones veganas que se pregonaban en la pizarra de la pared exterior.

—¿Tienes hambre? Puedes sentarte conmigo si quieres.

—Habías dejado claro que no querías compañía —respondió Alberto educadamente.

—No seas tonto, siéntate y pide lo que quieras.

Alberto y Julia se sentaron en una mesa frente a la ventana y pidieron unos cafés y algo de comer. La decoración del local llamaba la atención. Era como rústica, desordenada y *vintage.Hipster*. Le gustó.

—Espero que no tarden, llevo muerta de hambre desde que he salido del hotel.

—Pues tenías el desayuno en la habitación —le recordó clavando sus ojos en los de ella, estudiando su reacción.

—Lo sé, pero debía irme de allí —confesó esquivándole la mirada.

—Ah, ya —respondió Alberto mirando hacia la ventana—. Podrías habernos echado.

—No podía, en serio.

Hubo un silencio incómodo. Se oía la máquina de café y el abrir y cerrar de puertas y cajones. Alguien que se acercó a la barra a pedir un cruasán para llevar y el tecleo del móvil mientras esperaba su pedido. Una chica que removía su café y las conversaciones alejadas de otros clientes. El camarero carraspeó a su llegada, interrumpiendo ese momento que parecía dilatarse en exceso.

—Alberto... —Él la miró removiendo el azúcar en la taza—. Yo sé que tú y yo no somos muy amigos, que digamos...

—No me pagan para eso, precisamente. Sí reconozco que me gusta más trabajar contigo que con alguien como Marcus, tan... rígido..., ya me entiendes. Tú eres diferente, eres como una compañera de trabajo, más que una jefa. —Ambos sonrieron.

—Gracias, supongo... Bueno, es que yo no soy como Marcus, eso es verdad. No tengo una familia como la suya, un trabajo como el suyo; en fin..., que yo hace un año salía a la calle como una persona normal. No sé cuántos meses llevo con vosotros y sigo sin acostumbrarme. Bueno, el caso es que... nada, olvídalo. ¿Está rico eso?

—Julia, no me cambies de tema. Dímelo.

—Pues que yo no puedo hablar de esto con nadie, ¿sabes? Ni mi hermana ni mis amigas conocen a Marcus... ni nada de mi situación en Estocolmo, y cada vez que intento explicarles algo no me entienden.

—Yo sí te entiendo —respondió Alberto con una mirada intensa y comprensiva.

—¿Sí? —preguntó ella con una media sonrisa que escondía un halo de esperanza.

—Sí. Pero prefiero mantenerme apartado; lo entiendes, ¿no? Marcus es mi jefe y Viktor es mi amigo, y además mi compañero de piso.

—Claro..., yo no te pediría eso... —musitó ella mirando hacia el suelo, ocultando una cierta decepción.

—Creo que tendríais que sentaros a hablarlo, de verdad, siendo honestos —sugirió Alberto.

—Ayer lo intentamos y acabó peor.

—Porque no estáis siendo sinceros.

Julia se detuvo con la taza en ambas manos mientras digería letra a letra aquella frase. Preguntándose qué quería decir exactamente. «Sinceros». ¿Sinceros respecto a qué?

—¿Tú qué sabes? —escupió más borde de lo que pretendía.

—Bueno, quizá no sepa nada. —Se encogió de hombros—. Pero creo que está claro que hay algo de lo que tenéis que hablar y no os atrevéis. Algo que os puede hacer mucho daño si no lo aclaráis.

—Ya... —suspiró desviando la mirada y centrándose en el desayuno para esquivar una conversación que la hacía cavilar demasiado. ¿En qué estaba pensando cuando introdujo el tema? Ni siquiera eran amigos.

Alberto no quiso interrumpirla y la imitó. Él también se moría de hambre.

—Oye y... ¿dónde hay que ir a las ocho? —preguntó con curiosidad varios minutos después en un intento de rebajar la tensión.

—He quedado para cenar con Carlos. ¿Te acuerdas de que lo vimos el martes?

—¡Ah! ¿Ese es tu ex?

—Ese es. —Julia sonrió amablemente.

—¿Sois de esos ex que se llevan bien?

—En realidad no habíamos vuelto a hablar desde que me fui. Yo no lo odio y me gustaría que pudiéramos ser amigos. Nos conocemos desde hace muchísimos años y sería una pena que hubiera acabado todo tan mal.

Alberto asintió y dio un trago a su café.

—Bueno... ¿y qué vas a hacer ahora? ¿Vas a volver al hotel?

—No creo... —balbuceó, esquivando su mirada.

—Yo me encargo de Viktor, no te preocupes. ¿Volvemos?

Julia pasó ese día sola en la *suite*, a excepción del momento en que Alberto la acompañó a comer al restaurante. Se había llevado su portátil, de modo que aprovechó para revisar unas cosas, y también miró alguna película. Por la tarde bajó a la piscina climatizada a hacer unos largos, algo que siempre le había ido muy bien para despejarse. Estar en el agua la hacía sentirse bien, genial. Como si no existieran las preocupaciones. Y sobre las siete se empezó a arreglar para la cena.

Tardó un poco en tenerlo claro, pero después de contemplar varias opciones, se decidió por una minifalda color burdeos con una camiseta negra de manga larga y unos pantalones oscuros con unos *salones* negros con plataforma. Llevaba un collar grande para destacar sobre lo básico que era el *outfit*, y para darle vida a su larga melena ondulada se puso una diadema negra con un nudo. El maquillaje fue sencillo, con labios color *nude* y la línea del ojo bien marcada. Finalmente, se echó unas gotas de su colonia favorita y salió al salón. Julia miró su reloj para comprobar la hora. Las ocho, y Alberto no estaba allí. Con recelo, llamó a la puerta de la habitación.

—¿Alberto?

—Un momento. —Oyó la voz de Viktor a lo lejos y le subieron las pulsaciones. «¡Mierda!», maldijo en silencio.

Viktor abrió la puerta. Acababa de salir de la ducha y llevaba un pantalón vaquero y el torso desnudo y mojado. En la mano, sujetaba una toalla con la que se estaba secando el pelo. Julia levantó la mirada despacio, deleitándose con cada centímetro de piel. Se le marcaban todos los músculos sin ni siquiera estar haciendo fuerza. «¡Joder!». Tragó saliva. Eso no le ponía las cosas precisamente fáciles.

—¿No está Alberto? —logró preguntar ella, titubeando, forzándose a mirarlo a los ojos. «No mires las gotitas de agua resbalando hacia abajo».

—No, ¿por?

—Porque le dije que estuviera a las ocho —se quejó Julia.

—Si quieres te llevo yo —se ofreció como el escolta profesional que era.

—No, gracias. Voy a llamarlo para saber si le queda mucho —masculló con desgana, apartándose de la puerta y de la tentación de mirar donde no debía.

—Como quieras. Si me necesitas, me avisas.

Viktor cerró la puerta para vestirse. De camino al armario para coger el uniforme, advirtió la pequeña señal luminosa que lo avisaba de la llegada de un mensaje. Rebufó cuando vio de quién era.

Alberto:

¡Vik! Tenéis que hablar y arreglar esto vuestro. Pero sed sinceros y dejaos de tonterías, ya sabes a lo que me refiero. A ella le voy a decir que estoy esperando el bus y que no voy a llegar a tiempo, aunque en realidad tengo una cita. No la cagues.

Luego me matas por la encerrona, si eso.

Viktor no supo si enfadarse o alegrarse, pero se apresuró a vestirse para poder llevar a Julia a donde fuera que tuviera que ir. Cuando salió, la vio sentada en el sofá, con el móvil en la mano y la mirada perdida.

—Julia, me ha escrito Alberto. Lo lamenta mucho. ¿Te llevo? Yo estoy listo.

—¿De verdad que vas a dejar el trabajo? —preguntó como si fuera lo que más le importara en ese momento. Como si su vida dependiera de ello. Sin mirarlo, porque aguantarle la mirada le dolía.

Viktor se acercó a ella y se sentó a su lado. El cojín se hundió bajo su peso y Julia se estremeció al percibir su cercanía. Su perfume, su calor, su respiración. Cerró los puños a la altura de sus rodillas.

—¿Tú quieres que lo haga?

Su voz grave, envolvente, acariciadora; su aliento. Se giró hacia él. Su mirada era apacible y penetrante. Sus ojos azules, sus labios jugosos. «Sus labios no, Julia. Céntrate», pensó inútilmente. Sintió que se quedaba sin voz. Negó con la cabeza.

—No —musitó observándolo con los ojos vidriosos.

Viktor le enmarcó el rostro con ambas manos y se acercó más a ella. El áspero tacto y el calor que estas desprendían aceleraron el corazón de una Julia que estaba a punto de cometer cualquier estupidez.

—Solo dejaré el trabajo si tú me lo pides.

—Viktor... —susurró con la voz pesada. Estaba agotada y quería rendirse. Deseaba acercarse más a él y verse envuelta en esa nube tóxica de su perfume, aproximar sus labios a los de él y...

—Venga, te llevo —la interrumpió, soltándola de repente y levantándose. Como si le quemara su contacto. Como si fuera incapaz de controlarse si continuaba tan cerca de ella, rozando su piel. Como si lo único que le apetecía en ese momento no fuera besarla.

Julia asintió, se levantó, cogió su bolso, y salieron por la puerta. El ambiente en el coche era sofocante. Ella había salido con las pulsaciones a mil y no se había podido calmar. Había estado a punto de cometer una locura. Otra más. Suerte que Viktor la interrumpió a tiempo. Pero sus sentimientos seguían ahí y cada vez se veía más incapaz de ignorarlos.

Después de media hora, Julia y Viktor llegaron al restaurante. Era elegante y tenía unas cristaleras enormes para disfrutar del hermoso paisaje que ofrecía ese lugar tan privilegiado. Julia se detuvo un momento antes de entrar para admirarlo mientras recordaba, con nostalgia, todos los momentos vividos allí: haciendo senderismo en esas montañas hasta llegar a un punto lo suficientemente elevado como para ver el extraordinario paisaje costero que esa isla ofrecía, paseando por aquellas remotas pero asombrosas calas, o haciendo fotos de cada rincón impresionante que encontraba —las cuales guardaba como un tesoro de una vida anterior—.

Viktor le abrió la puerta con galantería y ella entró. Su cabeza escaneó el lugar buscando a Carlos, hasta que lo encontró a unas mesas de allí, haciéndole señas. Ambos se dirigieron hacia su mesa y Carlos se levantó y se acercó a ellos para saludar.

—Veo que has traído al famoso Marcus —exclamó con una sonrisa.

Viktor estaba levantando una mano para explicar el malentendido, pero Julia se le adelantó con una respuesta que él no se esperaba en absoluto:

—Sí, ¿por qué no? —Y se encogió de hombros fingiendo normalidad. ¿En qué estaba pensando?

—Julia, ¿podemos hablar un momento? —exigió Viktor de manera seca. A continuación, la sacó del restaurante agarrándola del brazo y dejando a Carlos completamente confundido.

Una vez fuera la soltó con brusquedad. Estaba visiblemente enfadado, con los puños cerrados y la mirada amenazante.

—¿Estás loca?

—Sígueme el rollo —le suplicó ella.

—No puedes pedirme esto.

—¿Por qué no? Conoces lo suficiente de él como para que no sospeche nada, y yo te ayudaré.

—Sabes que no me refiero a eso. Marcus me va a echar.

—No si tú no se lo dices.

—Joder, Julia... —masculló, conteniendo las ganas de largarse.

—Bésame —le suplicó ella mirando a través de los cristales.

—¿Qué?

La cara de Viktor revelaba perfectamente el nivel de asombro al que había llegado. No podía creer que le estuviera pidiendo eso, y por su cabeza solo pasaban pensamientos que le sugerían que se fuera corriendo de allí: «lo dice por hacer el paripé», «Marcus se enterará», «esto no acabará bien». Sin embargo, sus piernas no respondían. Quería hacerlo. Deseaba hacerlo. ¿Qué coño? Era lo que más deseaba en ese momento. Pero ninguna parte de su cuerpo era capaz de reaccionar.

—Que me beses, que nos está mirando.

—Estás loca si crees que...

Julia lo sorprendió agarrándolo de la nuca y atrayéndolo hacia ella en un movimiento ágil para, rápidamente, juntar sus labios con los de él, produciéndole tal corriente eléctrica que buscó profundizar el beso haciéndolo más violento, más húmedo. Viktor no tardó en abrazarla para recorrerle la espalda con sus grandes manos y devorar sus labios con dulzura y delicadeza, mandando a la mierda todo su autocontrol y tirando su carrera laboral como escolta por el retrete. Por un momento se olvidó de Marcus y de por qué estaba allí y se dedicó a disfrutar ese instante convencido de que no se iba a repetir. Básicamente porque ella solo estaba fingiendo. Saboreó ese dulce y mágico momento que iba a quedarse guardado en su memoria para siempre, siendo plenamente consciente de que para él ya no había vuelta atrás.

Cuando Julia se apartó y lo devolvió a la cruda realidad, se miraron extrañados, tratando de disimular el torrente de estimulantes sensaciones que les había producido aquel beso.

—Vamos —propuso ella mientras lo cogía de la mano tirando de él hacia el restaurante—, nos estará esperando.

Capítulo 8

Julia y Viktor volvieron a entrar en el restaurante y fueron directos a la mesa donde seguía Carlos, quien no había perdido de vista a la parejita en ningún momento. Caminaban con paso firme y decidido, tratando de ignorar los miles de pensamientos que a ambos les venían a la cabeza y que les impedirían actuar con «normalidad». Julia, que hasta ese momento creía que seguía enamorada de Marcus, empezó a comprender lo equivocada que estaba. Ese beso que había empezado como una obra de arte del disimulo le había hecho sentir demasiadas cosas. Sentir los labios de Viktor le pareció mágico y real. Había sido como un botón de encendido para su cuerpo. Jamás podría volver a verlo de la misma manera, eso estaba claro.

—¡Bueno! —dijo Carlos sonriendo mientras ambos se acomodaban en sus sillas—. Estoy muy contento por ti, Julia. Te mereces lo mejor. ¿Para cuándo es la boda?

—No tenemos fecha todavía —se apresuró a decir ella—, nos acabamos de prometer. —Julia cogió la mano de Viktor—. Hemos venido a anunciar la noticia.

—¿Tus padres lo saben ya?

—Aún no, aunque Helena sí. Y las chicas. Pero ya está.

—Y yo.

—Y tú. —Ambos rieron, y Carlos se fijó en que Viktor estaba muy callado.

—Oye, y... ¿cómo os conocisteis? —preguntó Carlos mirando a Viktor.

—Pues... —empezó a decir él, esta se la sabía— ella cuidaba a mis sobrinos, trabajaba en casa de mi hermana, de *au pair*.

—Vaya... ¿y no supuso ningún problema con ella?

—No; Julia no dejó de hacer su trabajo hasta que acabó su contrato, y los niños estaban tan encantados con ella que cambiaron una niñera por una tía, así que...

—Su hermana Ingrid y yo tenemos muy buena relación —continuó Julia—. En alguna ocasión llegué a pensar que fue ella quien quiso que nos conociéramos. Estaba muy entusiasmada por que saliéramos juntos.

Julia sonrió y miró a Viktor, quien le apretó la mano animándola a continuar. Fue extraño, porque sintió que eso sería lo que hubiera hecho Marcus en caso de estar allí. Julia volvió a girarse y continuó explicando la historia de cómo se habían conocido con una sensación agrisadada en el cuerpo, percatándose de que ya no le hacía ninguna ilusión relatar aquello. Porque ya no sentía lo mismo por él.

Cuando acabó, se giró hacia Viktor de nuevo y vio que le estaba sonriendo. Esa sonrisa amplia y reveladora dibujada con aquellos labios tentadores y mullidos que la habían dejado noqueada varios minutos atrás. Ambos notaban la mirada de Carlos, como esperando a que dijeran algo más. Pero ninguno de los dos lo hizo, seguían mirándose y sonriéndose tontamente como una pareja de enamorados. Viktor, impulsivamente, puso una de sus manos en la barbilla de Julia y depositó un leve beso en sus labios, pillándola completamente desprevenida e instalándole la duda de si eso había sido buena idea o no, ya que aquel juego empezaba a ser peligroso y no quería salir herida. Porque estaba clarísimo como el agua que iba a salir mal si seguía encaprichándose de Viktor y él solo le estaba siguiendo el rollo.

—Oye, Marcus, ¿y tú a qué te dedicas? —preguntó Carlos interrumpiendo ese momento tan íntimo que los había transportado a otro lugar en el que no había nadie más aparte de ellos dos.

Viktor tardó unos segundos en responder, al no reconocerse bajo ese nombre.

—Perdón —se excusó, volviendo la vista hacia él—. Pues mi padre es el presidente de uno de los bancos más importantes de Suecia y trabajo con él. Supongo que algún día ocuparé su lugar.

—Ah... Si me permites un consejo... —Viktor asintió—. Supongo que eres un hombre muy ocupado, con mucho trabajo, ¿verdad? —Viktor volvió a asentir—. No cometas los mismos errores que yo si no quieres perderla. Si te casas con ella, espero que le des la importancia que se merece y que no sea un segundo plato, siempre después del trabajo. Organízate bien, de modo que siempre tengas tiempo para ella. No se merece otro imbécil como yo.

—Tranquilo. Tengo muy claras mis prioridades. —Viktor pasó un brazo por detrás de Julia y posó la mano delicadamente sobre su hombro. Ella lo miró y sintió un ligero burbujeo en su vientre. «Oh, oh. Peligro. Huye». Julia ignoró las señales de alarma que su cerebro le enviaba y continuó en ese papel en el que se sentía tan cómoda.

La cena se desarrolló con normalidad. Con «normalidad» teniendo en cuenta que Viktor se estaba haciendo pasar por el prometido de la chica de la cual estaba enamorado y buscaba la cantidad justa de demostraciones de afecto para que fuera creíble, pero sin pasarse. Y eso no era precisamente fácil. Ahora que la había besado, y abrazado, y acariciado, le parecía imposible volver a la contención y disimulo de antes. ¿Cómo iba a poder seguir siendo «solo» su escolta después de aquello? ¿Cómo iba a ignorar todo eso y actuar como si nada? Le había prometido que no dejaría el trabajo si ella no se lo pedía y debía seguir adelante con su decisión. Aunque, claro, cuando le dijo eso no se podía imaginar cómo cambiaría la situación.

La cena se alargó durante más de dos horas y Carlos no se percató en ningún momento del engaño, ya que ambos hicieron que resultara convincente con incontables muestras de afecto. Tanto, que cuando Carlos pidió la cuenta les dijo:

—Bueno, está claro que os queréis mucho y que estáis superenamorados los dos. Basta veros...; no me extraña que os vayáis a casar. Julia, espero que seas todo lo feliz que te mereces y que no pudiste ser conmigo.

—Gracias, Carlos. —Ella le sonrió algo ruborizada, mezcla de la vergüenza y el vino.

Cuando salieron del restaurante, y después de haberse despedido de Carlos, Viktor intentó hablar con Julia, tal y como le había sugerido Alberto que hiciera, y más aún después de lo que acababa de ocurrir. Pero Julia lo esquivó y se metió en el coche, diciéndole que quería volver. Una vez dentro, lo volvió a intentar, pero ella miró por la ventana y se negó a hablar. Cansado, Viktor arrancó el motor y puso rumbo al hotel.

Durante el trayecto, ambos iban muy callados. Él buscaba los ojos de ella a través del retrovisor y los encontraba observándolo con inquietud. Julia no paraba de darle vueltas a lo que había ocurrido en ese último lapso de dos horas. ¿Qué había hecho? ¿Por qué no le había dicho la verdad a Carlos? ¿Por qué se había sentido tan bien cuando besó a Viktor? ¿Acaso no estaba enamorada de Marcus? ¿Se sentiría Viktor igual? Cada vez estaba más confundida. Quería pensar que aquello había sido real, pero suponía que él solamente había fingido ser Marcus porque ella se lo pidió, ya que no estaba interesado en ella. De hecho, sospechaba que la insistencia de Viktor en hablar era para aclararle eso mismo, y no le apetecía lo más mínimo.

Pero lo último que dijo Carlos no paraba de repetirse una y otra vez en su cabeza. «Está claro que os queréis mucho y que estáis superenamorados los dos. Basta veros». ¿Era solo que lo habían fingido muy bien? Ella esperaba que simplemente colara, pero aquello... aquello era más que fingir bien, era sentir algo de verdad, ¿no? Recordó todos los besos, abrazos y caricias de esa noche. Pensó que tendría que ser muy estúpida para pensar que pudieran ser espontáneos, y no había visto a Viktor incómodo en ningún momento. No parecía forzado a hacer algo que no

quisiera solo porque ella se lo hubiera suplicado. Como quien pide que le cambien una bombilla. No, qué va.

Cansada de pensar tonterías, miró su móvil y vio que tenía un mensaje de Marcus.

Marcus:

Älskling, sé que estás disgustada, pero te echo de menos. Háblame. Dime algo. Lo que sea.

Rebufó, apagó el móvil y lo metió en su bolso. Quería haberle respondido cualquier cosa, incluso haberlo llamado para provocar a Viktor, pero no lo hizo. No se veía con fuerzas.

En cuanto llegaron al hotel, Julia fue a paso acelerado hacia el ascensor, desesperada, huyendo de algo a lo que no quería enfrentarse. Pero Viktor fue tras ella y la alcanzó mientras estaba esperando. Quería aclararle lo que sentía por ella, que para él no había sido ningún juego. Y es que en el mismo momento que sintió sus labios por primera vez supo que ya no podría dar marcha atrás y estaría perdido para siempre. Era un «o todo o nada», o estaba con ella o se alejaba para siempre.

—Julia..., tenemos que hablar...

Ella lo ignoró. Ni siquiera lo miró. Solo quería llegar a la *suite*, meterse en la cama y olvidarse de todo. No quería hablar con él y confirmar que todo había sido una mentira. La decepción de Marcus y la nueva cercanía de Viktor habían logrado que cambiara su manera de verlo, y se había dado cuenta de que este le gustaba. Le atraía enormemente. Y encima besarlo había sido una delicia imposible de olvidar. Sospechar que para él no había significado lo mismo la estaba matando. ¡Dios! No quería hablar con él porque sabía que solo le iba a echar la bronca por pedirle algo así, o que dejaba el trabajo porque aquello no era nada profesional. Solo quería olvidarse e imaginarse que había sido todo un sueño. Muy agradable, eso sí, pero completamente irreal.

En el ascensor estaban solos. Cuando la puerta se abrió y Julia iba a salir para huir hacia la *suite*, Viktor le agarró el codo y tiró de ella con suavidad, atrayéndola hacia él y abrazándola a la altura de la cintura. Julia posó las manos en sus duros antebrazos. Se encontraba tan cerca que le llegaba el sonido agitado de su respiración. Poco a poco, fue deslizando sus manos con inseguridad hasta el cuello para luego rodearlo con sus brazos a medida que Viktor dejaba resbalar sus manos por la parte baja de su espalda, pegándola más a él. A Julia le llegó de nuevo el narcotizante aroma de su perfume, dejándola completamente sometida a su voluntad. Estaba tan cerca que no podía ver nada más que el azul de sus seductores ojos. Le temblaban las piernas y su respiración se agitó, fruto del nerviosismo que le provocaba estar tan cerca de él de nuevo.

—Viktor... —consiguió decir con un susurro.

Ambos se miraron con vehemencia. Se olvidaron de que estaban en un ascensor y que en cualquier momento alguien podía llamarlo. Una de las manos de Viktor fue a apartarle un mechón de la cara y aprovechó para jugar con su pelo, desviando su mirada fugazmente. Apoyó su mano en el cuello de ella, atrayéndolo aún más, hasta que sus labios se rozaron suavemente en un beso largo y lento. Julia sintió un escalofrío recorriendo todo su cuerpo y entreabrió los labios, permitiendo que el beso se hiciera más profundo y deslizando la lengua con suavidad contra la suya. Viktor recorría su espalda con las manos para finalmente estrecharla entre sus brazos, apretándola contra su duro cuerpo, y Julia no pudo contener un sutil gemido que quedó ahogado en su boca. El tiempo se detuvo para ellos y no oían ni el hilo musical que sonaba en el ascensor. La dulce melodía de *Right Here Waiting*, de Richard Marx, salía por aquel minúsculo altavoz y envolvía ese beso tan anhelado por ambos.

Después de unos minutos, sintieron que se movían y se separaron bruscamente. Alguien había

llamado al ascensor y estaban bajando de nuevo al *hall*. La puerta se abrió y entró un grupo de chicas, le dieron al botón y, justo después, Viktor volvió a dar al de su piso. Las chicas estaban delante, hablando de sus cosas, y Viktor y Julia estaban pegados a la pared del fondo, cogidos de la mano y mirándose con una amplia sonrisa y el corazón bombeando sin descanso.

Cuando volvieron a llegar a su piso, salieron con premura del ascensor para no pasarse la noche subiendo y bajando y se dirigieron hacia la *suite*. Julia abrió la puerta y vio que la luz estaba encendida, así que soltó su mano de golpe. Cuando entró vio a Alba, con una camiseta enorme y negra de Guns N' Roses y sosteniendo un vaso y una botella de agua, los cuales dejó encima de la mesa en cuanto vio a Julia entrando por la puerta. Alba parecía tener el baile del San Vito y cara de haber sido pillada con el carrito de los helados.

—¿Alba? ¿Qué haces aquí? —preguntó Julia con una sonrisa sagaz.

Viktor entró tras ella, sintiéndose parte de una cámara oculta. Era tan surrealista que no podía estar pasando. Aunque no se extrañaba por la presencia de una mujer en esa habitación, le desconcertaba un poco el atrevimiento por parte de Alberto de llevarla allí. Él no solía ser tan poco profesional.

—¡Julia! —exclamó con un tono de voz un poco elevado—. ¿Ya has llegado? Yo... yo solo venía a buscar un poco de agua.

—Sí, claro... Te puedes llevar la botella a la habitación. Aunque mejor una bebida isotónica, por lo de las sales minerales y eso —respondió Julia con una risita.

Alberto entró con un pantalón deportivo y una camiseta de tirantes. Sus andares masculinos trataban de disimular la vergüenza que le ocasionaba esa circunstancia tan poco común y que juró mentalmente no volver a repetir, por mucha confianza que hubiera. Y es que es verdad lo que dicen de que la confianza da asco. Eso pensaba Julia al ver a aquellos dos allí, haciendo una pausa para hidratarse y reponer fuerzas antes de seguir entrenando para las olimpiadas del sexo. Aquellas en las que ambos debían de tener ya varias medallas.

—¿Ya estáis aquí? —preguntó Alberto mirando su reloj—. Qué pronto, ¿no?

—¿Pronto? —dijeron los dos al unísono.

Viktor miró a Alberto y a Alba y puso los ojos en blanco. Él, que pensaba que estando allí no tendría que pasarse ninguna noche oyendo la actuación musical de voz y percusión que solía tener lugar los fines de semana libres en la habitación de Alberto. Porque era un viaje «de trabajo». Vaya nohcecita le esperaba. Carraspeó.

—Veo que me toca dormir en el sofá. Paso un momento al cuarto y os dejo seguir.

Arrastró los pies hasta la habitación, dejó la pistola en la caja fuerte, guardó la americana y la corbata en el armario y pasó por el baño antes de volver al salón para coger una manta y unas almohadas.

Los demás se miraron con nerviosismo, sin saber qué decir. Alba y Alberto se fueron a la habitación de los chicos y Julia entró en su dormitorio. Se puso el camisón, se desmaquilló y se metió en la cama, donde estuvo media hora dando vueltas sin poder dormirse. Seguía emocionada con lo que acababa de ocurrir hacía nada en el ascensor y solo podía pensar en esos labios y esos brazos. «Maldita Alba, vaya *cortarrollos*», pensó estampándose una de las almohadas en toda la cara. En el fondo sabía que si esos dos se conocían se iban a liar. Pero ¿tenía que ser esa noche? ¿Tenía que ser allí?

Mientras tanto, Viktor estaba en el sofá y tampoco podía dormir. Además, se encontraba muy incómodo —el sofá no era lo suficientemente grande y no podía ni estirar las piernas— y no dejaba de preguntarse qué habría pasado de no haberse encontrado a la amiga de Julia en la *suite*. Miró hacia la puerta del dormitorio y se preguntó si ella ya estaría dormida o no. Se levantó de

manera impulsiva y fue hacia la puerta. Pero estuvo un minuto esperando fuera, sin atreverse a hacer nada. En el fondo todo aquello le parecía una locura. Abrió la puerta con suavidad. La oscuridad predominaba en la estancia, pero la cortina no tapaba toda la cristalera y dejaba entrar la luz del exterior.

—Julia —dijo en voz muy baja, casi susurrando—. ¿Estás dormida?

—No —respondió ella imitando el mismo tono.

Julia se encontraba tumbada en el lado de la ventana, mirando hacia fuera, y no se inmutó. Viktor entró en la habitación y cerró la puerta con cuidado de no hacer ruido. Julia oyó sus pasos acercándose sobre el parqué y su corazón se volvió a acelerar. Viktor se tumbó en la cama, por encima del edredón, y se giró hacia ella. Estaba tapada hasta arriba y le resultaba increíblemente adorable verla de aquella manera. A Julia se le puso la piel de gallina al sentir su respiración en la nuca y cerró los ojos con fuerza.

—Ese sofá es muy incómodo, ¿te parece bien que me quede aquí? No tiene que pasar nada que no quieras —aclaró.

—Sí, tranquilo. Ponte cómodo. —Julia suspiró ante la certeza de que le iba a costar mucho dormir esa noche.

Viktor se levantó, se quitó el pantalón y la camisa y se metió de nuevo en la cama. Esta vez se tapó con el edredón y se acercó a Julia, pegando el pecho contra su espalda. Él jugueteó con su cabello mientras le besaba el hombro. El torbellino de sensaciones que le provocaba el roce de sus labios y el aliento calentando cada milímetro de piel la mantenía en un estado de semiinconsciencia.

—Viktor... —susurró ella.

—Dime.

—Me da miedo preguntártelo, pero... ¿qué significa esto para ti?

—¿Cómo que qué significa esto?

—¿Qué sientes tú por mí?

—Julia, mírame. —Ella se giró hacia él y lo miró. No entraba mucha luz por la ventana, pero sí la justa para distinguir los ojos de Viktor en la oscuridad—. Estoy enamorado de ti desde el día en que te conocí. Y estoy muerto de miedo por si cambias de opinión, porque ahora mismo, si me pides que volvamos a estar como antes, no podré, y tendré que renunciar.

Viktor acarició su mejilla con los nudillos y siguió su camino por el cuello hasta situar la mano en su nuca, rozándole el lóbulo de la oreja con el pulgar.

—Pero te apartaste cuando intenté besarte. Me hiciste creer que no te gustaba y luego... me mandabas mensajes contradictorios...; ¡me volviste loca!

—Julia... —Viktor jugaba con un mechón de su pelo—. Me aparté porque soy un caballero, habías bebido y estabas dolida. De ninguna manera eso hubiera acabado bien. ¿Qué crees que hubiera pasado? Me habrías dicho algo como «fue un error, te aprovechaste de mí»... ¿o no?

Julia asintió, avergonzada por la obviedad de esa respuesta, incapaz de soltar ni media palabra.

—Dime una cosa... ¿Por qué no has querido hablar conmigo desde que hemos salido del restaurante?

—Pues porque pensaba que para ti esto había sido solo un juego y no quería que me dijeras que no sentías nada por mí...

—¿Por qué? —atajó sujetándole la nuca con fuerza para que no desviara la mirada.

—Porque me estoy enamorando de ti.

—Julia..., ¿cómo iba a hacer eso? —Le cogió la mano y entrelazaron sus dedos—. ¿De verdad crees que si no sintiera lo que sentía por ti hubiera hecho ese paripé? Lo hice, a pesar de

arriesgarme a que para ti sí fuera solo un juego y que luego tuviera que renunciar porque sería incapaz de volver atrás, porque estoy enamorado de ti, y porque unas horas como novio tuyo me servían para sentirme el puto hombre más feliz del mundo. Pero de lo contrario... no lo hubiera hecho, Julia, no soy de esos.

—Supongo que eso es lo que Alberto quería que hablásemos.

—¿También te lo dijo a ti?

—Sí.

—Qué cabrón... —gruñó.

—Me dijo que él no quería meterse porque Marcus es su jefe y tú eres su amigo, pero que nosotros teníamos que hablarlo con sinceridad. Dijo que me entendía. ¿Cómo podía entenderme si no me entendía ni yo misma?

—Es muy listo. Y supongo que desde fuera se ve con más claridad. Tu amiga Sara también lo sabía.

—Me consta, no paraba de interrogarme. —Puso cara de agobio.

—A mí también me interrogó.

—¿A ti? ¿Cuándo?

—Pues... cuando se quedó a dormir. Se despertó por la noche y me encontró en el salón, que no podía conciliar el sueño.

—Claro, y ella no podía perder la oportunidad de meterse a chismorrear —añadió con una especie de risita.

—Oye, Julia... —Viktor le acarició la mejilla—. ¿Has pensado en qué vas a hacer ahora? Con Marcus, me refiero.

Julia suspiró. Sabía que esa pregunta aparecería en algún momento. Llevaba toda la semana evitando pensar en ello, pero los últimos acontecimientos la obligaban a tomar una decisión.

—Voy a dejarlo.

—¿Estás segura?

Julia asintió.

—No puedo estar con él después de esto. Ya no siento lo mismo. Quiero estar contigo.

Ella le sonrió y su mano voló hasta su nuca, permitiéndole a sus dedos deslizarse por el nacimiento de su cabello y acariciarlo con una suavidad torturadora mientras él rozaba esa zona tan sensible tras la oreja con el pulgar. Muy despacio, como si el tiempo no pasara, fueron juntando sus cabezas y buscando sus labios, que se fusionaron muy delicadamente, encajando a la perfección. Ella deslizó la mano por el cuello en dirección descendente y con dedos temblorosos recorrió la piel desnuda y ardiente de sus duros pectorales, que parecían reaccionar a ese sutil contacto. Viktor paseó una mano por su costado y siguió bajando con suavidad hasta llegar a posarla sobre su cadera. El calor de aquella mano tan masculina traspasaba la tela del camisón y se apretó más a él, agarrándose a su ancha espalda.

—Julia —dijo él separándose unos milímetros de su boca—, ¿quieres que pare?

—No.

Él la miró tiernamente y la besó en el cuello mientras su mano pasó de la cadera a la nalga para sobarla con ímpetu, y ella gimió de manera tímida, aumentando así la excitación de ambos y la fricción de sus cuerpos bajo aquella tela que empezaba a sobrar. Julia estaba a pocas caricias del punto de no retorno, el momento en el que su cabeza dejaría de pensar y pasaría el relevo a otro órgano mucho más poderoso que esta. Y antes de que eso llegara a producirse, algo en su mente le dio al botón de *stop*. No quería parar y dejar de sentir todas esas cosas que Viktor le estaba provocando, tener que esperar algo tan maravilloso le parecía un suplicio. Pero debía arreglar las

cosas con Marcus primero.

—Viktor, para... —susurró sacando a relucir la poca fuerza de voluntad que decía tener.

Viktor se detuvo al momento. La observó buscando algo en su mirada que le diera alguna pista sobre el porqué de ese cambio de opinión, encontrándose únicamente con una súplica silenciosa que no le permitía entender nada.

—Sé lo que estás pensando. —Suspiró—. No querría que parases. Pero no me siento bien haciendo esto. Todavía no he cortado con él. Lo entiendes, ¿no?

Una sonrisa se dibujó en los labios de Viktor al comprender el significado de aquellas palabras. Ella no quería que su primera vez con él fuera así. Si era una traición a otra persona jamás sería algo bonito que recordar.

—Lo entiendo perfectamente. Me parece muy honrado por tu parte, y eso me gusta —dijo antes de darle un beso en la punta de la nariz.

Ambos sonrieron de manera cómplice durante unos segundos, hasta que Julia se volvió a girar hacia la ventana y Viktor se agarró a ella por detrás, hundiendo la nariz en su pelo. A ambos les costó quedarse dormidos. Había sido una noche increíble para los dos, imposible de olvidar, pero sabían perfectamente que tenían asuntos que arreglar antes de poder entregarse el uno al otro y disfrutar de aquello libres, sin culpas ni remordimientos. Entre una cosa y otra, ya era tarde cuando cayeron en los brazos de Morfeo. Al día siguiente seguían dormidos más allá de las diez y media de la mañana.

Al otro lado de la *suite*, Alberto se despertó por el sonido insistente de su teléfono móvil y descolgó enseguida cuando vio en su pantalla que se trataba de Marcus.

—Dígame, *mister* Andersson. —Escuchó lo que su interlocutor decía mientras observaba que su acompañante se había ido ya de la habitación sin decirle nada—. ¿No contesta ninguno de los dos? —Salió de la habitación agradeciendo haberse puesto algo de ropa antes de quedarse sobado y fue a buscar a Viktor al sofá, pero no lo vio—. Lo lamento mucho, pero no sé nada, yo estaba durmiendo. —Echó un vistazo y vio el teléfono de Viktor en la mesa, los zapatos al lado del sofá y la manta arrugada encima del reposabrazos. Algo que le pareció anómalo, ya que él siempre dejaba las cosas ordenadas antes de irse—. De acuerdo, *mister* Andersson. Si sé algo se lo diré.

Alberto colgó. Revisó si Viktor le había dejado algún mensaje tipo «estoy en el *gym*», pero no encontró nada. Tampoco había nada en el sofá o en la mesa que indicara su paradero. ¿Estaría en el baño y ni se había enterado? Decidió olvidarse de él y avisar a Julia. Ya se preocuparía de él luego. Alcanzó la puerta del dormitorio en cuatro zancadas y golpeó la madera con los nudillos.

—Julia, ¿estás despierta? Marcus acaba de llamar, está viniendo hacia aquí.

Y la respuesta que obtuvo lo dejó helado: «¡Joder!». Pero pronunciado por una voz grave, de hombre. La voz de Viktor.

Capítulo 9

La puerta se abrió unos segundos después —aunque la preocupación de que Marcus entrara en la *suite* y los pillara a los tres en aquella situación estuviera modificando su percepción del tiempo y Alberto sintiera que habían pasado varios minutos— y Viktor salió, ataviado exclusivamente con unos bóxers negros y con el resto de la ropa estrujada en una mano.

—Joder, joder —gruñía camino de la habitación para desaparecer de allí cuanto antes.

—Métete en la ducha —le indicó Alberto en un tono algo imperativo mientras cogía los zapatos y el móvil de Viktor y los llevaba a la habitación. Después recogió la manta y la almohada para guardarlas en el armario.

Julia tardó en reaccionar. Su corazón iba a mil por hora y pensó que se le saldría por la boca del estrés que estaba sintiendo. ¿Cómo se había permitido ser tan irresponsable? ¿Y si Marcus los hubiera pillado durmiendo juntos? «Inhala, exhala», se decía a sí misma para tranquilizarse. Suspiró aliviada y frustrada, porque en el fondo no quería que Marcus fuera. Probablemente porque así le hubiera sido más fácil dejarlo. Bajó las sábanas hasta los pies de la cama, tal y como solía hacer siempre en casa. Con un poco de suerte, Marcus no se daría cuenta de nada. Luego se cubrió con una bata, salió al salón para comprobar que estuviera todo bien y ayudó a Alberto a doblar la manta.

—Gracias —titubeó, avergonzada.

—Tenéis suerte de que me haya llamado a mí y me haya despertado. A vosotros os ha llamado antes y ninguno le ha respondido.

—Ya... —dijo acordándose de que había apagado el móvil la noche anterior.

Metieron la manta en el armario y lo cerraron.

—¿Está en el hotel? —indagó ella.

—Creo que estaba llegando.

—Alberto...

—Tranquila, por mí no se enterará. Tú estabas durmiendo y Viktor se estaba duchando, por lo que no oyó el móvil.

—Gracias por todo, en serio. Aunque ayer te quería matar. Lo hiciste aposta, ¿a que sí? —Julia se rio.

—Tenía que hacerlo. Estabais dando mucha pena. Aunque yo solo os dije que hablarais —Alberto carraspeó—. Y no me esperaba que llegarais a hacerlo nunca, la verdad.

—Yo no me esperaba encontrarme con Alba por aquí. —Julia le guiñó un ojo.

—Ehm..., respecto a eso, entiendo que estés molesta, que he abusado de tu confianza...

—No estoy molesta, de verdad. Si yo sabía que esto pasaría. La conozco desde los doce años, ella es así. Le encanta disfrutar de la vida, y los hombres son parte de la vida. Y tú..., en fin, no te conozco tanto como a ella, pero sé qué clase de hombre eres...

—Oye, que cuando te canses de Viktor y quieras estar con un hombre de verdad, me llamas. Prometo no decepcionarte —añadió Alberto con una sonrisa pícaro y un guiño.

—¡Ah! ¿Pero tú eres un hombre de verdad? —respondió ella riéndose.

—¡Eh! Eso me ofende —exclamó falsamente indignado, y Julia se rio—. Y... ¿qué vas a hacer ahora?

Otra vez la vuelta a la realidad. Dejar a Marcus para poder estar con Viktor. Pero ¿y luego qué?

La puerta de la *suite* se abrió interrumpiendo sus pensamientos y apareció Marcus, que fue corriendo hacia ella dispuesto a abrazarla y a besarla. La echaba muchísimo de menos. Pero Julia se apartó, molesta. Alberto se retiró protocolariamente y entró en su habitación, dispuesto a sacarle la información a Viktor. Marcus se acercó de nuevo a Julia, se arrodilló y, enseñándole un impresionante ramo de flores, canturreó como pudo una parte de *Crawling Back To You*, de Backstreet Boys:

Aquí estoy, golpeando la puerta de tu casa. Mi orgullo está derramado por el suelo. Mis manos y rodillas están magulladas y me estoy arrastrando hacia ti. Estoy implorando una segunda oportunidad. ¿Me vas a dejar entrar?

—¿Tu hermana te ha enseñado más canciones? —lo interrumpió ella cruzándose de brazos. Le encantaba esa canción y él era capaz de hacer que la aborreciera.

—Julia, no me lo pongas más difícil, he venido hasta aquí por ti.

—Marcus..., es que estoy harta de que hagas esto, ¿lo entiendes?

—¿El qué?

—¡Decepcionarme! —gritó gesticulando con las manos.

—Älskling... —Logró cogerle una mano—. ¿Podemos ir al cuarto? Quiero dejar mis cosas y estoy cansado, no he dormido casi nada esta noche para poder venir.

Marcus tiró del brazo de Julia para llevársela al dormitorio. Una vez dentro, él dejó la maleta a un lado, se quitó los zapatos y se sentó en el borde de la cama. Julia dejó las flores sobre una mesita, dándole absolutamente igual si se estropeaban con ese gesto.

—¿Hasta cuándo te quedas? —preguntó ella sin mucho interés.

—Hasta mañana, vuelvo al mediodía. Así que lo de tu familia tendrá que ser esta noche. —Volvió a cogerle la mano y tiró de ella para que se sentara a su lado—. A ver si he podido descansar un poco y disfrutado de mi futura esposa antes de ir.

—¿Disfrutar de tu futura esposa? —preguntó, completamente embravecida—. ¿Crees que puedes venir, después de darme plantón, y pretender que esté cariñosa contigo?

—Siempre ha funcionado... y he venido hasta aquí, después de pasarme toda la noche despierto terminando una presentación, que además aún no he acabado y con la que tendré que seguir mañana, para venir aquí hoy POR TI, porque te quiero más que a nada, porque me dijiste que era muy importante que viniera y porque... —él hizo una pausa, la miró pálido y jugueteó con su mano— porque me dijiste que no te casarías conmigo si no venía. Y, además, has estado enfadada toda la semana. Cada vez que he intentado contactar contigo me ha sido imposible, incluso me pediste que no te llamara más. ¿Qué querías que hiciera?

—Venir... —musitó Julia mirando al suelo.

—Pues es lo que he hecho, Julia.

—Lo sé, pero ¿no podías, simplemente, no decirme que no ibas a venir? ¿Sabes lo mal que lo he pasado?

—Lo puedo imaginar, *älskling*. Pero hubo un problema en la oficina... —Julia se giró hacia la ventana en un gesto de resentimiento—. Lo sé, Julia, no te gusta que use esa excusa. Pero te guste o no el banco es una empresa familiar, y si pasa algo malo nos vamos todos a la mierda, como decís los españoles. No puedo permitir que se hunda, ese banco nos ha permitido tener la vida que hemos tenido durante décadas, esa vida que tanto te gusta. —Julia negó con la cabeza y se volvió hacia él de nuevo. No, esa no era la vida que a ella le gustaba—. Hubo un problema muy grave y no sabía si podría llegar a tiempo. Y preferí avisarte con antelación a llamarte hoy desde Estocolmo diciéndote que no podía venir.

Julia hacía rato que había dejado de escucharlo. Su mente estaba atrapada en lo que había

vivido la noche anterior. Los hormigueos que sintió, los besos, las caricias, lo a punto que había estado de acostarse con Viktor... Necesitaba dejar a Marcus, pero no se atrevía, no sabía cómo hacerlo. No sería tan fácil como con Carlos.

—¿En qué piensas? —preguntó Marcus con curiosidad, plenamente consciente de que ella tenía la mente en otro lugar.

—En nada —cortó en un tono nada convincente.

Marcus se acercó más a ella y la besó. Cubrió sus labios para devorarlos y reclamar aquello que consideraba que era suyo. Sintiendo que ella se apartaba, le sujetó la nuca con una mano y hundió los dedos en la cadera con la otra, haciendo más fuerza de la necesaria. Sin un minuto que perder, tiró del lazo que ataba la bata y esta se abrió, dejando a la vista un camisón estilo *babydoll* de color azul oscuro.

—Marcus, para. Estoy cansada —protestó apartándose.

—Y yo también, no he dormido. Pero hace días que no te veo. —Marcus se acercó a ella, acariciándole la piel de la nuca—. Te echo mucho de menos —le susurró al oído justo antes de empezar una lluvia de besos que arrancó detrás del lóbulo de su oreja y descendía por el cuello hasta el hombro, a la vez que se deshizo de la bata en un rápido movimiento.

Julia suspiró, frustrada. Marcus se lo estaba poniendo extremadamente difícil. Cuando quería era muy insistente. Él le bajó un tirante del camisón y empezó a besar esa porción de piel que había quedado al descubierto, sobando a mano abierta cualquier parte de su cuerpo que se encontraba. Julia se sentía cada vez más acorralada y no sabía cómo frenarlo. Esas caricias que antes le otorgaban placer ahora le resultaban incluso repugnantes. Marcus subió nuevamente la mano por su muslo, deteniéndose sobre la braguita y jugando con el elástico, hasta que Julia consiguió detenerlo y apartarse.

—Marcus, deberías dormir un rato. Y yo me quiero duchar y comer algo.

—¿De verdad que no te apetece?

—Ahora mismo no, Marcus.

Él la observó. Analizaba su expresión y sus gestos, claramente desafiantes, tratando de entender qué estaba ocurriendo. El sexo jamás había sido un problema y en ocasiones les había servido para calmar los ánimos después de alguna pelea. Que lo rechazara era hartamente sospechoso.

—¿Así me recibes? —explotó de manera violenta—. Toda la noche sin dormir para venir hasta aquí, ¿y esto es lo que me encuentro?

—¡Pues sí! ¿Acaso crees que puedes venir después de lo mal que lo he pasado y que estaré a tu disposición para lo que quieras?

—Soy tu prometido...

—Y estás demostrando la clase de marido que vas a ser. Que antes de preocuparte por mí, por cómo estoy..., lo único que te importa es follar.

—Ya te he pedido perdón. Y solo estaba siendo cariñoso contigo.

—¿Cariñoso?

—Te estoy regalando mi tiempo.

Julia se desesperaba más con cada respuesta que Marcus le proporcionaba. No estaba dispuesta a ceder, pero necesitaba ganar tiempo. Tiempo para reunir el valor necesario y atreverse a hacer aquello que la horrorizaba. Si ahora estaba así, ¿cómo se iba a poner cuando lo dejara? Y Marcus estaba dispuesto a convertir aquello en una discusión épica. Porque su ego era demasiado grande para dejarlo estar. Porque sentía que ella le estaba ocultando algo tan grave que prefería taparlo con una pelea. Y porque estaba dispuesto a llegar hasta el final del asunto, presionándola como hiciera falta para que confesara.

Alberto y Viktor se encontraban en su habitación. Viktor acababa de salir de la ducha, con un pantalón vaquero y una camiseta gris, ajustada y de manga corta, y se encontró con Alberto, que lo miraba fijamente. Este se había puesto el uniforme, por si acaso —aunque intuía que si estaba Marcus irían con su escolta—. Viktor fue a buscar sus deportivas y se sentó al borde de su cama para calzarse los zapatos.

—¿Me vas a contar lo que pasó? —Alberto estaba apoyado sobre la pared con los brazos cruzados.

—No —respondió Viktor muy seco.

—Me lo debes, os he salvado el culo.

—Gracias, tío.

—De nada. ¿Me lo vas a contar o me lo imagino yo? Te conviene contármelo, porque si no..., en fin, si me tengo que imaginar lo que pasó...

—No tendrá nada que ver con la realidad, seguro.

—Pues debería, o se hace bien o no se hace.

—Las cosas no son siempre blancas o negras. —Viktor lo miró con cara de reprobación.

—Y sigues sin soltar prenda, me lo tendré que imaginar. —Alberto cerró los ojos y echó la cabeza hacia atrás.

—Vale, vale..., te lo cuento, deja de imaginarte a Julia desnuda, que te conozco —respondió chasqueando un dedo a la altura de su cabeza.

—¡Oye! —se quejó Alberto riéndose y abriendo los ojos—. No todos tenemos la suerte de verla así, a algunos no nos queda más remedio que imaginárnosla. —Viktor le dirigió una mirada asesina—. Vale, solo estaba bromeando; cuéntame cómo fue.

—Julia me presentó como Marcus y me vi obligado a hacerme pasar por él durante la cena.

—¿Cómo? —pronunció lentamente arrastrando las oes.

—A Julia le debió parecer buena idea jugar a eso, no sé. Por algún motivo el Carlos ese se pensó que yo era Marcus y ella no le dijo que no.

—Ya. Vaya marrón, ¿eh? Hacerte pasar por su novio, besarla y esas cosas que seguro que no te apetecía hacer para nada —ironizó Alberto con una sonrisa macarra—. ¿Y en ese juego de hacerte pasar por él entraba el meterte en su cama?

—Eso fue luego. —Sonrió con orgullo y pasó a detallarle los acontecimientos sucedidos la noche anterior. Alberto escuchó atentamente, interrumpiendo cada frase para soltar cualquier burrada de las suyas y agotando con ello la paciencia de Viktor.

—¿Qué me estás diciendo? ¿Que no pasó nada entre vosotros? —preguntó Alberto, incapaz de entender que no se hubieran acostado.

—Hombre, tanto como nada...

—Cuatro besitos y restregarle la cebolleta haciendo la cucharita no se puede considerar «algo» —espetó en un tono de burla infantil.

—A punto estuvo de pasar algo más que eso, pero es una chica de principios. Te recuerdo que tiene novio.

—Buah... Que si os pilla Marcus, ¿hubiera sido para nada?

—Si nos pilla Marcus tenemos un marrón muy gordo. Olvídate de bromitas y demás comentarios tuyos, lo digo en serio —lo amenazó Viktor apuntándolo con el dedo.

—Que sí... Voy a ver si hay suerte y tengo el día libre.

Alberto entró en el salón con Viktor a su espalda, quien había salido de la habitación por un impulso, con la esperanza de que Julia estuviera allí desayunando, oyendo sin interés las anécdotas de Marcus en el banco. Se acercaría a él y se disculparía por no haberle cogido el

teléfono, porque se estaba duchando. Julia sonreiría disimuladamente. Y esa sonrisa contenida sería para él. Marcus le dirigiría un «no se preocupe» sin apenas mirarlo, haciéndole un gesto con la mano para indicarle que se retirara. Y él volvería a su habitación sin perderla de vista. Dirigiéndole la mejor de sus sonrisas y conformándose con ese gesto casi imperceptible que ella le dedicaría para no delatarse frente a Marcus. Pero esa imagen se esfumó cuando vio que allí no había nadie. Sus ojos sobrevolaron la estancia y lo único que le llamó la atención fue el desayuno sobre la mesa, como todas las mañanas, aún intacto.

—Qué raro, estaban aquí. Marcus le trajo flores y se puso a cantar una canción moña de esas que le gustan a ella, pero ella estaba enfadada.

—¿Eso es una pelea? —preguntó Viktor, al oír el ruido que venía del dormitorio.

—Tío, vámonos —sugirió Alberto.

—Pero ¿no decías que le había traído flores para pedirle perdón?

—Vámonos —insistió, empujando a su amigo hacia su habitación.

—¡No!

—¡Viktor, no me hagas repetírtelo! ¡Vámonos ya! —exclamó alzando la voz sin percatarse de ello.

—Déjame en paz, Alberto. ¡No te metas! —respondió Viktor alzando todavía más la voz.

—¿Qué vas a hacer? ¿Entrar ahí y partirle la cara? Haz el favor y no la cagues más.

Viktor observó a su amigo, arrugando la frente en un gesto de incredulidad.

—¿Más?

—Sí, más. Porque lo de ayer ya fue una cagada, pero si no se entera será como si no hubiera pasado nunca nada, aunque...

Julia interrumpió aquella absurda discusión al salir del dormitorio, aún con el camisón y la bata, y se dirigió hacia donde estaban ellos. Caminaba con los pies descalzos, de manera firme y decidida, claramente molesta, mientras se ajustaba de nuevo el nudo de la bata.

—¿Se puede saber qué hacéis? Se os oye dos habitaciones más allá —dijo con la voz muy baja, tratando de que Marcus no la oyera.

—Pues anda que a vosotros... —respondió Viktor con crudeza.

—Yo solo intento que tu amigo no la cague más —se excusó Alberto.

—Viktor —se dirigió a él, preocupada—, ¿qué vas a hacer?

—¿Se lo has dicho?

El tono grave y seco sirvió para confirmar la poca gracia que le hacía que siguiera con él. Si así era como la iba a tratar, mejor sería que lo dejara cuanto antes. Podía darle el tiempo que ella necesitara, siempre y cuando Marcus no se lo hiciese pasar mal. Y ese no era el caso.

—Viktor, aún no, dame un poco de margen —suplicó ella de manera desesperada.

El ruido de la puerta al abrirse los alertó y Julia se apartó de golpe. Marcus salió del dormitorio abrochándose sin ningún disimulo los botones de la camisa. Un claro mensaje de advertencia para Viktor: Marcus era quien se acostaba con ella porque para eso era su novio. Prometido. Y el mensaje le llegó alto y claro. El numerito le había salido tan bien que realmente Viktor creyó que eso era lo que había pasado, y no pudo evitar sentirse derrotado, destrozado y rechazado. ¿Dónde había quedado lo de la noche anterior?

—Alberto, Viktor, pueden irse, tienen el día libre. Julia, ven un momento —ordenó con esa chulería tan suya que siempre sacaba a relucir cuando se encontraba en el mismo espacio que Viktor.

—Llévatelo de aquí —le susurró Julia a Alberto, refiriéndose a Viktor.

—Venga, vamos, ya has oído a *mister* Andersson —dijo Alberto con naturalidad tirándole de un

codo. Viktor no opuso mucha resistencia y se dejó arrastrar hasta su habitación, preguntándose si Julia estaría jugando con él.

En el dormitorio, Marcus se tumbó sobre la cama. Estaba muerto de sueño y cansado de discutir y quería dormir un poco. Julia se sentó en la cama, mirando hacia la ventana, sin saber qué hacer. Por un lado, había pasado una noche maravillosa con Viktor, y quería más noches como esa. Se estaba enamorando en serio de él. ¿Cómo no se había dado cuenta antes de lo maravilloso que era? Por otro lado, la llegada de Marcus la había devuelto a la realidad. No sabía cómo se iba a enfrentar a la situación, pero lo que sí tenía claro era que ese mismo día hablaría con él. No podía esperar más. Se giró y vio que estaba dormido. Suspiró aliviada y decidió esperar al menos a que se despertara para mantener aquella conversación. Seguramente estaría más calmado.

Para hacer tiempo, se dio una ducha. Lo ideal hubiera sido una de esas duchas que se daba en Estocolmo, largas y calentitas, mientras aprovechaba para reflexionar. Pero recordó que no estaba en Estocolmo y que allí llovía tan poco que muchos veranos había riesgo de sequía. Se enjabonó y se aclaró rápidamente, como si ese gasto de agua le doliera. Cerró el grifo del agua, alcanzó la toalla y salió de la ducha. Se secó y examinó entre los *amenities* buscando una crema hidratante. Se untó las piernas y los brazos y la extendió enérgicamente mientras su cabeza no paraba de darle vueltas a lo que había vivido la noche anterior. Salió con su toalla enrollada por el cuerpo a buscar algo de ropa para ponerse y le costó decidirse, pero finalmente optó por sus vaqueros estrechos de siempre y un jersey blanco, con unas Converse del mismo color. Aprovechó que Marcus seguía durmiendo para peinarse y maquillarse. Cuando acabó, salió al salón para no hacer ruido y no molestar.

Se sentó en el sofá en un vano intento por desenredar todos esos pensamientos envenenados, entremezclados con esas patéticas frases que pensaba usar para abordar esa conversación que no quería tener. Cansada de darle vueltas, cogió su móvil y llamó a Viktor, quien contestó al desesperante cuarto tono. Estaba enfadado.

—Dime.

El tono de su voz sonó tan hosco que casi se le cortó la respiración.

—¿Dónde estás?

—Aquí abajo, estábamos decidiendo dónde ir.

—Espera, que bajo.

Julia colgó y salió de la *suite*. No quiso esperar al ascensor y bajó las escaleras corriendo. En el momento que llegó a la recepción vio a Alberto y a Viktor hablando cerca de la zona donde estaban todos los folletos y mapas turísticos. Inspeccionando la zona, vio a Henrik, el escolta de Marcus, en una mesa del bar del vestíbulo, aparentemente leyendo el periódico. Parecía distraído, pero no quería jugársela, así que decidió ir a recoger un mapa y unos folletos y caminó hacia donde estaban los chicos, ambos vestidos para salir a hacer turismo. Actuando con mucha naturalidad, se colocó de frente a donde estaba el tercer escolta para tenerlo vigilado.

—Disimulad —pidió Julia, abriendo el mapa—, está el escolta de Marcus en aquella mesa.

—¿En serio vamos a jugar a esto, Julia? —masculló Viktor algo molesto.

—Tengo que hablar contigo —Julia se dio cuenta de que Henrik la había visto y empezó a señalar el mapa— y esta es la única manera ahora mismo. Mira... —empezó a decir mientras hacía círculos y líneas en el mapa— lo de ayer fue real, quiero estar contigo, Viktor. Ya te dije que lo iba a dejar, pero necesito un poco de tiempo, no es fácil.

Alberto desvió la mirada hacia uno de los folletos. Se sentía indiscutiblemente incómodo en esa situación, pero no podía dejarlos solos porque sería demasiado sospechoso para Henrik.

—¿Tiempo para qué? ¿Vas a seguir pasándolo mal por su culpa? ¿Hasta cuándo? —dijo él

señalando con fuerza sobre un punto del mapa.

—Necesito un poco de tiempo. Antes se ha puesto como una fiera por no querer acostarme con él.

«Boom. Marcus te la ha jugado. No se habían acostado y tú ya estabas desconfiando de ella», pensó, sintiéndose estúpido.

—¿Qué? ¿Por eso estabais discutiendo? Este tío es increíble. Rompe con él ya —la presionó en un tono casi autoritario.

—No es tan fácil.

—Dile: «Marcus, se acabó».

—¿Y qué pasará? —Volvió a señalar puntos en el mapa—. Que vosotros os volveréis a Estocolmo y yo me quedaré aquí.

Alberto levantó la mirada hacia ellos. Estaba claro que había algo en lo que no había pensado.

—Hazlo. Recogeré mis cosas y volveré aquí contigo —planteó Viktor mirándola fijamente a los ojos.

—Sabía que esto acabaría mal —concluyó Alberto—. Bueno, Julia, ha sido un placer haber trabajado contigo. Dudo que vuelva a tener un protegido tan enrollado como tú.

—Gracias. —Hizo una pausa mirando hacia donde estaba el otro escolta—. Está llamando a Marcus, seguro que ya le está diciendo que estoy aquí con vosotros.

—¿Pero es su escolta o su espía? —preguntó Viktor, alucinado.

—Las dos cosas. No es la primera vez que lo hace.

Viktor apretó la mandíbula como respuesta a esas palabras.

—¿De qué va este tío? —explotó.

El móvil de Julia sonó en el mismo momento que ella iba a responderle. No hace falta aclarar que era Marcus, ¿verdad?

—¿Ves? —Rápidamente deslizó el dedo para responder a la llamada—. Dime. Voy. —Colgó de inmediato—. Chicos, tengo que irme.

—Julia —se apresuró a decir Viktor, mirándola a los ojos y acercándose mucho a ella—, ten el móvil encima. Recuerda que nos tienes de contacto en el mensaje de emergencia. A los dos —se señaló a sí mismo y señaló a Alberto—, si pasara algo...

—No va a pasar nada, Viktor...

—Si pasara algo —la agarró fuerte de la muñeca, sobresaltándola—, activa el mensaje. Yo me quedaré por aquí cerca. No permitiré que te haga daño, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —balbuceó, contagiándose de su miedo.

Julia recorrió el trayecto hasta la *suite* con el corazón en un puño y jugueteando con sus dedos de puro nerviosismo. Antes de entrar, esperó durante unos segundos para coger valor. Hizo varias respiraciones profundas para soltar toda la tensión y finalmente abrió la puerta. Marcus la estaba esperando de pie, apoyado contra el respaldo del sofá, con gesto hosco.

—Marcus, ¿ya te has despertado?

—¿Dónde estabas? —Su voz sonaba tan seca que consiguió intimidarla.

—Bueno, como estabas durmiendo fui a darles unas recomendaciones a Viktor y Alberto, que no sabían dónde ir.

—¿Y ya se han ido?

—Supongo —respondió ella con apatía, intentando aparentar normalidad.

—¿Supones?

—Bueno, yo les he dicho algunos sitios a los que podían ir y luego me has llamado y he venido. No sé si siguen intentando ponerse de acuerdo o ya han salido.

—Tranquila, ven. —Marcus le tendió la mano—. Vamos a sentarnos en el sofá; siento lo de antes, tenía falta de sueño.

Julia le tomó la mano y fue con él. Se veía mucho más relajado, más como solía ser él. Pero la imagen de Viktor advirtiéndola se cruzó en su mente como un destello y de repente volvió el miedo, sus pulsaciones aumentaron y empezó a respirar con dificultad. Se detuvo antes de llegar al sofá, soltándose y subiendo un par de niveles la tensión que se respiraba en esa estancia.

—Marcus, tengo que hablar contigo.

—¿Tiene que ser ahora?

—Sí. Verás... —Suspiró—. No puedo seguir con esto, Marcus.

—¿Con qué?

—Contigo. —Julia miró hacia el suelo, esquivando su mirada.

Marcus puso una mano en su barbilla para levantarle la cabeza y obligarla a mirarlo a los ojos.

—¿Me estás dejando?

—Sí.

Una lágrima resbaló lentamente hasta su pómulo. Marcus la soltó de golpe en un gesto algo violento. Julia se quitó el anillo que le había regalado y buscó su mano para poder entregárselo. Marcus lo encerró dentro de su puño, apretándolo con fuerza. Su mirada era pura rabia.

—¿Después de todo lo que he hecho por ti?

—Hacerle regalos a alguien no es hacer algo por alguien, Marcus.

—Pues hasta ahora no te habías quejado.

—Marcus, yo necesito a alguien que pase tiempo conmigo, no que me regale cosas. Te lo he dicho varias veces ya. Y todo esto de la boda, el haber dicho que no ibas a venir... me ha hecho reflexionar mucho.

—Pero he venido, Julia. ¡Por ti! He venido hasta aquí, me he pasado la noche sin dormir ¡por ti! Te dije que iba a cambiar y lo estoy intentando... —Hizo una pausa, respirando de manera tan enérgica que sobrecogió a Julia—. ¿Quién es el otro?

—¿Cómo?

Marcus la agarró fuerte de ambos brazos y la llevó hasta la pared, acorralándola. Julia nunca lo había visto así y sintió pánico. Empezó a entender las palabras de Viktor, esas que había menospreciado. ¿Por qué él lo tenía tan claro, conociéndolo menos que ella? Encima, así como la tenía retenida, no podía acceder a su móvil para avisarlo. Sentía sus mejillas mojadas, pero no podía hacer nada por retener o limpiar las lágrimas.

—¿Qué haces, Marcus? —preguntó ella en un hilo de voz trémulo.

—Dime quién es.

—Marcus, me haces daño, suéltame.

—¡Dímelo! —insistió, apretándola más y alzando más la voz.

—Él nunca me trataría así —confesó ella, dejándose llevar por una repentina valentía.

Marcus confirmó sus sospechas y eso lo enfureció aún más. Era una humillación que no estaba dispuesto a pasar por alto. Fuera de sí, soltó su mano derecha y la echó hacia atrás, cogiendo impulso para abofetearla.

—¿Vas a pegarme? —Marcus se detuvo, recuperando el juicio—. Viktor tenía razón.

Capítulo 10

Marcus estaba esperando a que Julia le dijera exactamente eso mismo. Sabía que Viktor había estado enamorado de ella todo ese tiempo, y por ese motivo había doblado sus esfuerzos para retenerla a su lado, incluso pidiéndole matrimonio. Se esforzaba en hacerle el amor varias veces a la semana —a pesar del cansancio— para que la relación no cayera en la rutina y no deseara irse con otro. Le demostraba a Julia constantemente que esa vida que él le proporcionaba, la ropa de marca, los viajes en avión privado, entradas vip, chófer, etcétera, no la tendría con nadie más. Pero lo que él no podía imaginarse era que, en solo cuatro días, ella se hubiera enamorado de otro.

Al llegar al hotel esa misma mañana, le había indicado a Henrik que se quedara abajo y que lo avisara de cualquier movimiento extraño. Como siempre solía hacer. Y subió a la *suite* con la intención de pedirle perdón a Julia. Él esperaba que ella lo perdonara, como había hecho todas las anteriores veces. Se reconciliarían, harían el amor, desayunarían en la cama y se pasarían el día retozando para recuperar el tiempo perdido. Qué equivocado estaba. Cuando llegó a la *suite* esa mañana y Julia no quiso saber nada de él, supo enseguida que algo estaba pasando. Y en el momento en que oyó discutir a Viktor y a Alberto y oyó lo que dijeron, saltaron todas las alarmas. Por ese motivo, en un alarde de macho alfa marcando territorio, decidió desabrocharse la camisa y despeinarse para salir al salón y darle a entender a Viktor que lo que había ocurrido allí no era más que sexo entre un hombre con pasta y su prometida. Y la cara que puso al verlo salir de aquella manera no hizo más que confirmar que había mordido el anzuelo.

Cuando consiguió que los escoltas de Julia se fueran, le hizo creer que estaba cansado y que quería dormir, solo para descubrir lo que ella iba a hacer. En el momento en que oyó que llamaba a alguien y salió de la *suite*, intuyó inmediatamente que se trataba de Viktor. Podría haber sido una amiga. Julia se había pasado una semana entera hablándole de los planes que tenía con sus amigas para esos días. Pero no. El plan era que el viernes él iba a reunirse con ella, de modo que no era ninguna amiga. Era Viktor. El mismo que no había respondido a su llamada telefónica por sentirse un traidor. Le escribió a Henrik y, una vez que este le hubo confirmado que Julia estaba abajo con Viktor y Alberto, la llamó inmediatamente para que subiera. No obstante, poco después de colgar, lo volvió a llamar Henrik para advertirle que había visto a Viktor y a Julia sospechosamente demasiado cerca el uno del otro. A Marcus no le quedó ninguna duda, estaban juntos.

—¿Viktor? —Marcus la soltó y ella aprovechó para irse al otro lado del salón—. ¿Qué sabrá él?

—Me ha dicho que lo avisara si intentabas hacerme daño.

—Vaya, ya tenemos un nombre. —Hizo una pausa y cruzó los brazos a la altura del pecho—. Muy bien, recoge tus cosas, Julia. Se acabó tu estancia aquí. Si quieres estar con ese muerto de hambre os buscáis un albergue o algo que podáis pagar. No voy a estar financiándoos los polvos. Bastante imbécil he sido ya.

Quiso responderle. Pero sus ojos se llenaron de lágrimas y no pudo. Se metió en el dormitorio para hacer la maleta rápidamente y poder irse de allí lo antes posible. Por su parte, Marcus, que ni siquiera había deshecho su equipaje, llamó a Alberto.

—Suban inmediatamente —dijo con su natural tono déspota y autoritario.

Cuando Alberto y Viktor entraron en la *suite*, se encontraron con Marcus, que estaba

esperándolos con los brazos cruzados. Marcus y Viktor se desafiaron con la mirada. Era como un duelo en el salvaje oeste. El primero en disparar al otro se quedaría con la chica. Casi podía verse la bola de paja rodando por el suelo.

—Pueden ir preparando su equipaje. Vuelven a Estocolmo ahora mismo.

—¿Dónde está Julia? —preguntó Viktor, acercándose a él con la mandíbula y los puños muy apretados.

Alberto quiso detenerlo, pero no llegó a tiempo. Marcus no aceptó esa chulería por parte suya y, sin pensárselo dos veces, le propinó un fuerte puñetazo a la altura del pómulo, aprovechando que se había acercado a él. Le robaba a su novia y encima se atrevía a pedirle explicaciones. No le dio una paliza de milagro. Ganas no le faltaban, pero debía mantener el tipo.

—¿Qué haces, Marcus? —protestó Alberto, ayudando a su amigo y frenándolo ante sus ganas de responder con otro puñetazo.

—*Mister Andersson* para usted, Alberto. Recuerde que yo no soy Julia. Y su amigo se merece eso y más. Si no lo mando al hospital de una paliza es para no tener que dar explicaciones a la agencia.

—Suéltame, Alberto —le ordenó Viktor mientras intentaba zafarse sin éxito.

—No lo hagas, Vik. Solo quiere provocarte. Tú harías lo mismo.

Viktor se detuvo. Esas palabras fueron como un balazo. Las imágenes de un recuerdo que había querido enterrar volvieron a su mente. El momento en el que su anterior novia, Gabriela, lo dejó por otro. El dolor, la confusión, la impotencia. Todo volvió a él como si estuviera reviviéndolo. Alberto no podía estar más equivocado. Nunca supo quién era el otro, ni le importó. Él no era de esos que se iban pegando con los demás tíos por una chica como si fuera algo que le perteneciera. «El otro» era un desgraciado por meterse en medio de una relación, sí, lo mismo que había acabado haciendo él. Y si Marcus no quisiera mantener las formas no habría tenido compasión con él. Pero la preocupación de no saber qué le había pasado a Julia seguía presente. No verla allí le daba mala espina, y empezó a arrepentirse de haberla dejado sola.

—¿Qué le has hecho a Julia?

—Ella está bien, está recogiendo. ¿Sabe? Creo que ha sido un inconsciente. Se lo habrán explicado en su agencia, imagino. Nunca debe de enamorarse de la persona a la que protege.

—No te atrevas a tocarle ni un solo pelo, Marcus. ¡Julia! —gritó para que ella lo oyera desde el dormitorio.

—Alberto, lléveselo, por favor, y hagan las maletas rápido. No quiero perder más el tiempo.

Alberto obedeció y se llevó a Viktor a rastras hasta la habitación. Una vez dentro, sacó las maletas y empezó a meter sus cosas en la suya.

—Sabía que esto no podía acabar bien —murmuró en voz baja.

Viktor ignoró sus palabras. Echó un vistazo a su móvil y advirtió que tenía un mensaje de Julia.

Julia:

No lo hagas enfadar más.

—Vik, ¡recoge, ya! —le espetó Alberto—. Y deja el móvil. Si de verdad te preocupa ella, ni se te ocurra escribirle ahora.

Viktor murmuró algo imposible de entender mientras se movía enérgicamente por la habitación tratando de meter todas sus cosas en la maleta, sin apenas doblar y colocándolo todo de cualquier manera. Solo quería acabar pronto para poder ver a Julia y comprobar que estuviera bien. Cuando Alberto acabó la suya, tuvo que ayudarlo a reordenarlo todo porque la maleta no cerraba. Las prisas no son buenas, dicen. En el salón los esperaba Marcus, apoyado en la pared mientras

consultaba el móvil. La tensión y los nervios eran palpables.

—¿Ya están listos? Podemos ir bajando a la recepción.

—¿Dónde está Julia? —preguntó Viktor nuevamente.

—Deje de preguntar por ella de una vez y tranquilícese. Ha salido hace un rato.

—Baja esto por mí —le dijo Viktor a Alberto, señalándole la maleta.

Alberto asintió y Viktor salió a toda velocidad de la *suite*. Al ver que había mucha gente esperando el ascensor, decidió bajar por las escaleras. Como si de un entrenamiento se tratara, bajó los escalones de dos en dos y cuando estuvo abajo vio a Julia de pie en la entrada, esperando con su equipaje. La alcanzó en unas pocas zancadas.

—¡Julia! —Ella se giró hacia él al oírlo. Él se acercó más y la sostuvo por los hombros. Ella miró alrededor en busca de Marcus, visiblemente asustada—. Dime que no te ha hecho daño.

—No. —Ella lo miró con ojos vidriosos—. Estoy esperando a mi cuñado, que está por la zona. Me voy a quedar con mi hermana unos días. Llámame cuando llegues a Estocolmo, *porfi*.

—Mañana o el domingo estoy aquí de nuevo, te lo prometo—. Viktor la estrechó fuerte entre sus brazos—. Al menos me quedo tranquilo de que no te vaya a hacer nada mientras estés aquí y él allí.

—No ha pasado nada, tranquilo.

Viktor se separó unos centímetros de ella, sosteniéndola del cuello.

—¿Seguro?

—Sí. —Julia acercó una mano hasta su pómulo, rozándolo con mucha suavidad y entristeciéndose al ver la marca que empezaba a mostrarse—. Lo siento mucho...

Él siseó, interrumpiéndola.

—Lo importante es que no te haga daño a ti.

Viktor se acercó a ella y se inclinó para darle un breve pero intenso beso en los labios, detenido por el carraspeo de Alberto.

—Viktor, tenemos que irnos —anunció.

Ambos miraron hacia la recepción y vieron a Marcus. Estaba observándolos de manera tensa, conteniéndose las ganas de matarlos a los dos, mientras hacía el *check out*. Un coche se paró delante de ellos y oyeron una voz masculina llamando a Julia, quien se apresuró a meter las maletas en el coche y sentarse en el asiento del copiloto para irse cuanto antes—. Llámame —le suplicó a Viktor, acompañando las palabras con gestos para hacerse entender detrás de la ventanilla.

El coche se puso en marcha y ambos lo siguieron con la mirada hasta que desapareció.

—¿Me has bajado la maleta?

—Claro, lo que fuera para que te pudieras despedir de ella.

—Gracias, tío.

—¿Qué vas a hacer ahora?

—Ir a Estocolmo a buscar mis cosas y volver en cuanto pueda.

—¿Me abandonas? —Alberto se llevó la mano al pecho de manera dramática—. Por una chica que no es tu novia ni nada.

—Bueno..., ya le pondremos nombre. Oye —Viktor le puso una mano en el hombro—, no te preocupes, te dejaré dos meses pagados mientras buscas otro compañero de piso, ¿vale?

—No hace falta, Vik. —Alberto hizo un gesto con la mano para restarle importancia.

—Insisto. Tengo bastante ahorrado, y encima de que te dejo tirado...

Cuando Marcus y su escolta salieron, todos se pusieron en marcha hacia el aeropuerto. Marcus no se fiaba de Viktor en absoluto, de modo que le pidió a Henrik que llevara el coche de Julia con

Viktor, y Alberto llevaría el suyo. El silencio en ambos vehículos era asfixiante, pero Marcus decidió romperlo para intentar sonsacarle a Alberto algún tipo de información.

—Deberá estar contento con su amigo, se acaba de quedar sin trabajo por su culpa.

—No pasa nada, saldrá otra cosa.

—Sí que se llevan bien.

—Somos muy amigos.

—¿Sí? ¿Usted lo sabía?

—No, señor.

—¿Cuánto tiempo llevan juntos?

A Alberto no le estaba gustando ni un pelo el cariz que empezaba a tomar la conversación. Si le estaba haciendo todas esas preguntas era para comprobar su lealtad hacia él. Pero no quería traicionar a su amigo ni tampoco decir nada que le hiciera obtener un informe negativo sobre su trabajo.

—No lo sé. No sabía que estaban juntos.

—Dígame una cosa..., ¿qué ha pasado esta mañana? Estaban juntos, ¿verdad? Habían pasado la noche juntos —inquirió Marcus.

—Disculpe, *mister* Andersson, pero creo que no se va a sentir mejor sabiendo estas cosas.

—Lo tomaré como un sí.

Alberto hizo acopio de toda la diplomacia que disponía en ese momento para defender a su amigo. Al fin y al cabo, él siempre le había empujado a romper esa relación.

—*Mister* Andersson, yo no sé mucho de esta historia. Pero lo que sí sé es que cuando vinimos aquí, Julia, quiero decir, *miss* Vidal, estaba feliz y enamorada. Venía con muchas ganas de contarle a sus amigas que se iba a casar, y que, después de que usted le dijera que no iba a venir, se vino abajo.

—Entonces su amigo se aprovechó de ella.

—No fue así exactamente. Él llevaba meses enamorado de ella, *mister* Andersson, meses. Y nunca había intentado nada, ni una sola vez, ni tan siquiera estos días.

—¿Qué quiere decir?

—Pues que..., en mi opinión, ella ya debía sentir algo por él, aunque no fuera consciente de ello. Y que eso ha salido a flote cada vez que ella estaba mal, que, por lo que yo sé, ha sido en bastantes ocasiones, y esta semana más.

—Ya entiendo.

Marcus siguió mirando a la carretera sin formular más preguntas. Estaba claro que Alberto no iba a colaborar mucho más y, aunque le doliera, debía reconocer que tenía algo de razón. Porque seguramente, si él no hubiera desatendido tanto a Julia, ella seguiría con él.

Helena vivía a unos veinte minutos de allí. Justo después de salir de la *suite*, Julia la había llamado con la esperanza de que estuviera en casa y pudiera coger un taxi hasta allí. Pero Helena le dijo que Luis, su novio, estaba haciendo unos recados por el centro y que podría pasar a buscarla. Cuando llegó a casa, llevó la maleta al cuarto de invitados y se tumbó en la cama, dejándose hundir en las suaves fibras que formaban aquella colcha. Helena entró con un vaso de agua y Julia se sentó para poder beber.

—¿Me vas a decir lo que ha pasado?

Julia se acabó el vaso y lo dejó en la mesita. Con parsimonia, se quitó los zapatos y se llevó las rodillas al pecho.

—No he podido hacerlo peor. Yo solo quería hacerlo bien, pero Viktor me ha presionado y luego ha sido todo muy rápido.

—¿Qué pasa con Viktor?

—Que me he enamorado de él... y he dejado a Marcus. —A Julia le costaba mantener la mirada mientras se lo contaba.

—¿Cómo? Pero dijiste que él no quería nada contigo.

—Pues me equivoqué. Ayer nos besamos.

—¿Cómo?

Julia inició el relato, lleno de detalles y gestos de felicidad. Al sentirse segura sin Marcus, pudo volver a sonreír de oreja a oreja. Se veía completamente feliz, ilusionada, con ganas de empezar una nueva vida.

—Cuando llegamos al hotel... —continuó explicando Julia— yo pensaba que él solamente lo había fingido todo por hacerme el favor, y no. ¡Me besó! —Julia sintió un hormigueo al recordarlo —. Helena, te juro que en ese momento fui la persona más feliz del mundo. ¡Cómo besa! Me sentí como una adolescente —dijo mientras dibujaba una sonrisa bobalicona en sus labios y los ojos le brillaban de la emoción.

—¿Y se quedó ahí o habéis pasado la noche juntos?

—Hemos dormido juntos.

—¿Solo dormir? —frunció el ceño, un gesto que ambas compartían.

—Sí —afirmó, orgullosa de haber sido capaz de frenar a tiempo y de que Viktor decidiera respetar eso y esperarla.

—¿Y Marcus os ha pillado?

—No, aunque casi. Pero he roto con él.

—¿Y qué va a pasar ahora con Viktor? ¿Estáis juntos o...?

—Me ha dicho que volverá en unos días.

Helena posó una mano en la rodilla de su hermana con actitud paternalista y le sonrió de manera afable.

—Bueno..., quédate aquí el tiempo que necesites. Si te hace falta dinero o algo, me lo dices.

—Gracias...

—Eso sí, luego habrá que llamar a mamá y papá. Porque mañana ya no habrá cena...

—¡Oh, no! —protestó, poniendo los ojos en blanco.

Después de un largo rato de charla fraternal, Helena salió de la habitación para seguir con sus tareas y dejar que su hermana se instalara con tranquilidad. Cuando Julia decidió echar un vistazo a su móvil, vio que tenía varios mensajes en el chat de grupo con sus amigas y se temió lo peor.

Alba:

¡Tía! ¿Has dejado a Marcus? ¿Por Viktor? ¡Y no me dijiste nada!! Pero si estaba ahí... Ya decía yo que estabas muy rara y muy callada...

Alicia:

¿Cómo? :O ¿Quién es Viktor?

Sara:

Sabía que esto iba a pasar..., pero podrías habérmelo dicho... ¿Cómo se ha enterado Alba primero?

Alba:

Me lo ha dicho Alberto :P

Alicia:

¿Quién es Alberto?

Sara:

Ali..., Alberto y Viktor son los escoltas de Julia. Alberto es el que vino con ella cuando fuimos al centro comercial.

Alba:

Eran, mejor dicho.

Alicia:

¿Qué? :O ¿Por qué no me entero nunca de nada? =(

Sara:

Espera, espera... Alba, ¿te tiraste a Alberto? ¿En el hotel?

Alba:

Culpable.

Alicia:

¡Alba!

Sara:

Joder, Alba. Menos mal que no te fijaste en el que le gustaba a Julia.

Alba:

Me fijé en los dos, pero el otro no me hacía ni caso. Ahora ya sé por qué XD

Julia tenía que contestar antes de que aquello se desmadrara más, pero no sabía qué decir. No estaba preparada para tener esa conversación con sus amigas todavía.

Julia:

Alba, yo pensaba que no volvías a hablar con los que ya te habías tirado...

Alba:

Nena, ¡vaya hombre! Tenía que volver a verlo. Así que cuando le escribí me dijo que estaba en el aeropuerto a punto de volver a Estocolmo. Y me lo contó todo.

Julia:

¿Todo?

Julia entró en pánico. ¿Qué significaba «todo»? ¿Alberto le había contado todo lo de esa mañana? ¿Qué era todo lo que sabía Alberto? ¿Qué más le había contado Viktor? Los segundos pasaron muy lentamente hasta que Alba finalmente les respondió.

Alba:

No sé qué es todo... Me contó que habías dejado a Marcus y le tuve que sonsacar que había sido por Viktor. ¡Tía, qué fuerte!

Sara:

¿Estás bien, Julia?

Julia:

Cabróna, me dijo Viktor que ¡¡lo interrogaste!!

Sara:

¡No lo interrogué! Solo le hice un par de preguntas. Ya sabía que estaba enamorado de ti... y tú de él..., pero tú no colaborabas.

Alicia:

¡Ah! ¿Pero que es verdad? ¡¡Has dejado a Marcus!! ¡Qué fuerte, tía!

Alba:

¿Qué pasó cuándo llegasteis? Bueno..., cuéntalo todo, desde el principio. ¿Está bien dotado?

Alicia:

Yo si se ha acostado con el otro no quiero saberlo.

Julia:

Nadie se acostado con nadie...; bueno, Alba sí.

Alba:

¿No? ¿En serio? Vaya rollo, otra mojigata como Alicia...

Julia:

Mojigata no..., estuve a punto. Pero sentía que debía acabar unacosa antes de empezar otra. Tenía que hablar con Marcus primero.

Alba:

:O Cuenta los detalles.

Sara:

¿Cómo se lo dijiste a Marcus? ¿Le dijiste que te habías enamorado de otro?

Julia:

Alba, deja de ser tan morbosa. No hay nada que contar. Sara, no, eso no se lo dije, pero no es idiota y él solito lo adivinó. Chicas, en serio, os lo contaré todo, pero ahora no, ¿vale? Necesito asimilarlo. Estoy en casa de mi hermana y necesito un poco de tiempo para hacerme a esta nueva realidad.

Alba:

¡Esta noche esFriday night! ¿Salimos?

Alicia:

¿Crees que es el momento? Acaba de decir que no está preparada.

Julia:

Yo me apunto, me irá bien distraerme =) Pero un ratito solo...

Julia se tumbó en la cama y sonrió. Le gustaba su nueva vida. De vuelta a casa, con sus amigas, su hermana y un nuevo chico con el que empezar una relación que le encantaba y la trataba genial. ¿Qué podría salir mal?

Capítulo II

Una vez que llegaron a Estocolmo, Alberto y Viktor se dirigieron a la agencia, donde ya los estaban esperando. Entraron en un despacho por separado y les entregaron una carpeta con varios papeles. El caso de Alberto era simplemente un cese temporal de trabajo y quedó a la espera de que lo volvieran a llamar. Pero Viktor estuvo más tiempo. Su caso era especialmente delicado, ya que Marcus les había pasado la información y la agencia no podía permitirse ofrecer sus servicios a ningún otro cliente. Para la empresa, haberse involucrado en una relación amorosa con su protegida era una falta muy grave y eso implicaba la directa expulsión de la agencia, así como una mancha en su expediente para que no pudiera trabajar en ninguna otra. Algo que no le importaba lo más mínimo en ese momento. Iba a mudarse de ciudad y ese trabajo había pasado a la historia. Ya encontraría otro allí. En algún gimnasio o algo. Tenía suficiente ahorrado para vivir un tiempo sin necesidad de preocuparse por ello.

Cuando salió, se encontró a Alberto, que lo estaba esperando sentado en una de las incómodas sillas de la recepción.

—Lo siento, tío —declaró Viktor—. Te has quedado sin curro.

—¡Bah!, ya saldrá otro. —Alberto se encogió de hombros—. Venga, vamos a casa.

El trayecto fue anómalo. Después de varios años juntos, de haberse convertido en prácticamente hermanos, se separaban definitivamente. Nunca habían pensado en eso. Siempre pensaron que, llegado el caso de dejar ese trabajo, se buscarían otro en la misma ciudad. Tampoco contemplaron nunca separarse por una mujer. Las conversaciones fluían entre ellos tratando de ocultar la pena que sentían al distanciarse tanto. De verse todos los días iban a pasar a no verse en absoluto. Se acabaron sus salidas nocturnas, sus noches de *Breaking Bad* y sus discusiones porque Alberto se llevaba a demasiadas chicas a casa.

Cuando llegaron, Viktor fue a su cuarto y, mientras inspeccionaba lo que tenía que llevarse, fue llamando a Julia.

—¡Viktor! ¿Has llegado bien?

—Sí, ¿tú cómo estás?

—Bien. Deseando que vuelvas. Estoy con Helena. Antes llamó a mis padres y hablé con ellos, y, bueno..., la verdad es que no se lo han tomado muy bien. Pero dejaré que se les pase un poco el enfado para poder explicarles mejor. Esta noche saldré con las chicas, a ver si me distraigo un poco.

—Bueno, tranquila. Yo volveré en cuanto pueda, ¿vale? Estoy revisando mis cosas y luego lo organizo todo.

—Vale. —Hizo una pequeña pausa—. Viktor...

—Dime.

—Siento que se haya enterado de que eras tú. Yo no se lo dije, pero... se me escapó algo y lo supo enseguida. No quería que se enterara, no quería que te hiciera nada...

—Julia, creo que él ya lo sabía. Cuando subiste, vi que su escolta lo volvió a llamar...

—¿Ves? Te lo dije. Yo no quería hacerlo así, ha salido todo mal...

—No digas eso, ya no estás con él, eso es bueno. Yo no me quedaría tranquilo sabiendo que él lo sabía o lo sospechaba y que te pudiera hacer daño. Solo me importa que estés bien. ¿Estás bien?

—Sí.

—¿Seguro? No me mientas.

—Sí, ya está, ya se ha ido.

—Estaré allí lo antes posible, ¿vale?

—Vale.

—Tendré el teléfono encima todo el tiempo. Llámame si lo necesitas, por favor.

—Sí —respondió, alargando la «i» en un tonito de niña buena.

—Así que noche de chicas, ¿eh?

—Sí. Por cierto, dile a Alberto que es un bocazas.

—¿Por?

—Él sabe por qué.

—¿Me tengo que preocupar? —preguntó Viktor, confundido.

—Para nada, tú solo hazle llegar mi mensaje.

—De acuerdo.

Viktor siguió revisando su cuarto y empezó a apartar cosas para meterlas en cajas. Buscó la maleta grande, la que solo usó una vez, hacía años, cuando se mudó a Suecia, y empezó a meter todo lo que cupo. Después buscó vuelos y empresas de paquetería. Más tarde, cuando fue a la cocina a prepararse algo para cenar, se encontró con Alberto.

—¿Cómo lo llevas?

—Bien..., ya está casi todo, creo que lo mejor será que me vaya el domingo. Yo quisiera irme mañana mismo, pero me va a ir muy justo. Mejor esperar un día más y que esté todo arreglado. Aun así, necesitaré tu ayuda para algunas cosas...

—Para lo que necesites. No hagas esperar a tu chica. —Alberto le guiñó un ojo.

—Oye..., antes he hablado con ella y me ha dicho una cosa que no entiendo. Dice que eres un bocazas.

Alberto soltó una carcajada, sabía perfectamente a qué se refería.

—¿Qué pasa? —preguntó Viktor, extrañado.

—Nada. Es que la chica esta, amiga suya, me ha escrito cuando estábamos en el aeropuerto y..., bueno, que me ha sonsacado cierta clase de información.

—¿Qué información? —Viktor frunció el ceño.

—Nada, hombre. Que Julia ha dejado a Marcus por ti.

—¿Qué? —Viktor se mosqueó al ver la tranquilidad con la que su amigo se lo explicaba.

—Pero tranquilo, que no le he dicho nada más. Le he dicho que no era yo quien tenía que contarle. Supongo que Julia se habrá enterado.

—Primero..., ¿qué haces hablando con ella si ya no habrá nada más entre vosotros? Y segundo..., ¿no puedes respetar un poco a Julia? Deja que ella les cuente a sus amigas lo que quiera, cuando se sienta preparada... —replicó Viktor, alterado, sin entender esa falta de discreción, algo que tanto les habían inculcado en su trabajo. «Ver, oír y callar» era algo que solían decirles mucho a todos los agentes, para remarcarles la importancia de que su presencia en determinados espacios personales de sus clientes se debía exclusivamente a otorgarles la seguridad por la que pagaban. Cualquier información que revelasen fuera de aquel ámbito podía suponerles la expulsión inmediata.

—¡Eh! —Alberto levantó las manos en son de paz—. Me ha escrito ella a mí y... lo siento, pero... no sé..., no supe esquivarla. De todas formas, ya no es algo que ella deba ocultar y se habrían enterado tarde o temprano.

—Como tú digas... —Viktor cruzó los brazos a la altura del pecho, no muy convencido.

—Vik..., en serio. Ya no tienes que ocultar nada, ya puedes vivir tu vida con ella.

Viktor no pudo evitar sonreír al digerir aquellas palabras. Llevaba tanto tiempo ocultándolo que se le hacía raro poder decirlo en voz alta. Vivir su vida con ella. Sonaba bien.

Esa misma noche, Julia estaba arreglándose para salir de marcha con sus amigas. No es que le apeteciera mucho, pero necesitaba distraerse. Así que allí estaba ella, mirándose al espejo mientras se acababa de pasar la plancha. Después se maquilló insistentemente para resaltar sus, en su opinión, sosos y aburridos ojos marrones. Llevaba un vestido corto y ceñido color negro con las mangas de encaje de Guess y unas sandalias negras con plataforma de Jimmy Choo.

—Nena, estás divina —sentenció Helena cuando vio a su hermana aparecer por el salón.

—Gracias, hermana. Creo que ya está Sara abajo.

—¡Pásalo bien!

Julia y sus amigas estaban sentadas en una terraza tomando unos cócteles mientras se ponían al día. Julia les contaba lo que había pasado esos últimos días con todo lujo de detalles y las chicas escuchaban con atención, sin interrumpir ni para preguntar. No querían detener el relato. Julia lo estaba explicando pausadamente, poniendo todos los detalles en su correcto orden cronológico, haciendo pausas dramáticas y tomando sorbos de su copa de vez en cuando para no quedarse con la boca seca. Cuando llegaba al final, adornó un poco la realidad para no contar que Marcus había estado a punto de pegarle, no quería preocuparlas con algo que no había sucedido.

Al finalizar, todas se quedaron completamente impactadas, sin saber qué decir. Conocían a su amiga y había algunas cosas que no las sorprendían demasiado, pero aun así les costaba entender ciertos detalles. Sara la ayudó a esclarecer esos puntos, ya que ella lo había visto venir antes e incluso tuvo una charla con Viktor al respecto. Al cabo de unos segundos de silencio, Julia intentó sacarlas de su exagerado mutismo.

—Bueno, ¿qué? ¿En serio que no tenéis preguntas? —dijo con desconfianza.

—¿Cómo aguantaste teniéndolo en la cama sin tirártelo? —soltó Alba, asombrada, en su habitual tono *devorahombres*.

—¡Alba! De verdad... Julia no es como tú —protestó Alicia, que siempre se molestaba por esa clase de comentarios que hacía su amiga.

—No te creas que no me costó. Pero no me sentía cómoda, necesitaba cerrar la historia con Marcus primero —respondió con naturalidad y honestidad, en un tono de resignación.

—Claro que sí, tranquila —zanjó Sara—. Ya tendrás tiempo.

—Bueno, nunca se sabe. Fíjate que yo pensaba que podía repetir con ese moreno y ya se fue... —Alba tenía los ojos perdidos en el horizonte, mostrando cierta decepción.

—¿Alba repitiendo? —Julia pestañeó muchas veces, como si no creyera lo que estaba viendo y oyendo.

—¡Ay, nena! Es que ese hombre sí que es un hombre. Por ese dejaría a todos los demás —confesó Alba con un suspiro de resignación.

—¡Uy, uy! —intervino Sara—. ¿Eso es amor?

—No te lo puedo decir porque no lo he sentido nunca.

—Alba, en serio, olvídalo, es un mujeriego empedernido, les tira los trastos a todas..., ¡hasta a mí! —Julia le señaló el pecho con ambas manos.

—¡Venga, Julia! No seas acaparadora, ¿Alberto también se te tiene que enamorar de ti? ¿No te basta con Viktor? —replicó Alba, con un tono un poco agrio.

—Que no, Alba, que Alberto no se enamora de nadie. Pero nunca desperdicia la oportunidad. No es coña, lo he visto tirarles la caña a compañeras mías de baile, solteras, con novio y ¡hasta

lesbianas! Y les pone puntuación. Solo repite con las que sacan un nueve o diez.

—¿Qué dices? ¡Jesús, qué exquisito el niño! —exclamó Sara, escandalizada.

—En serio, Alba, mejor olvídate. No quiero que lo pases mal —recalcó Julia, posando la mano sobre la suya en señal de afecto y preocupación.

—Oye... —empezó a decir Alicia en un intento de cambiar de tema— ¿Cómo se te ocurrió decirle a Carlos que Viktor era Marcus?

Julia resopló. Esa pregunta no.

—No tengo ni idea, me salió sin más. No lo pensé. Fue como para aparentar que todo iba bien, pues parecía más fácil si «Marcus» —entrecomilló con los dedos— estaba ahí. Pero, claro, Marcus no era un amigo, y tenía que tratarlo como lo que se suponía que era... —Julia dibujó una sonrisa bobalicona sin darse cuenta al recordar los besos y caricias de esa cena—, y de eso me di cuenta después de haber dicho que sí.

—¿Y cuándo viene tu Romeo? —preguntó Sara.

—Seguramente el domingo, dudo mucho que lo tenga todo listo para mañana.

—¿Y qué vais a hacer cuando venga? ¿Lo vas a llevar de excursión a algún lado?

—¡Al cine van a ir, Alicia! —interrumpió bruscamente Alba—. ¿Tú qué crees? Tendrán ganas de verse y estar juntitos, a solas..., ya sabes... —Julia se puso roja como un tomate, Alicia se molestó y Sara y Alba se mearon de la risa—. ¡Mírala cómo se ha puesto! —Señaló a Julia, que estaba sonrojándose.

—Muy graciosa —se quejó Alicia con sorna—. Me refería a que si le va a enseñar algo de la isla, no necesariamente cuando llegue, pero no sé..., vivirá aquí, ¿no? Lo tendrá que llevar a sitios...

—Quizá cuando se cansen de follar como monos —respondió Alba con su habitual tono burlón.

—¡Alba! —protestó Julia. A veces le molestaba cuando se ponía tan bruta.

—Vale, vale..., ya callo. —Alba levantó las manos en son de paz.

El móvil de Julia, que estaba sobre la mesa, sonó y la vibración hizo que todas las copas bailaran al mismo ritmo. Cuando vio que era Marcus, casi se le paró el corazón. Se quedó inmóvil en su silla, con una expresión de terror en los ojos. ¿Por qué la estaba llamando? ¿Qué quería? Con más curiosidad que miedo, decidió que no perdía nada por contestar, que él estaba lejos y no podía hacerle nada. Se levantó y se apartó para que sus amigas no oyeran la conversación.

—¿Marcus? ¿Qué quieres?

Capítulo 12

Julia estaba tan extrañada como aterrada. Habían pasado unas horas desde que lo vio por última vez. Había recogido sus cosas y se había ido de la *suite* sin tan siquiera despedirse de él, mirándolo de manera fugaz, recordando lo feliz que había sido junto a él y saliendo deprisa, asustada, antes de que él intentara hacerle daño de nuevo. Él la miraba con rabia, decepción y tristeza. Parecía tranquilo, pero la mandíbula ligeramente en tensión lo delataba. Era una situación que no le gustaba, que había intentado evitar, que hacía que se sintiera vulnerable y violento. Y allí estaba él, viéndola por última vez en su vida, huyendo. Porque los nervios lo habían traicionado y le había hecho sentir miedo a la mujer que decía amar. Y sabía que la había perdido para siempre.

—¡Julia! Qué bien que me hayas respondido... —Su voz sonaba desesperada.

—¿Qué quieres, Marcus? —respondió ella con un tono muy seco.

—Julia... —empezó a decir con tristeza—, es una pena que hayamos acabado así... Yo te quiero y...

—Has estado a punto de pegarme, Marcus. ¿Crees que puedes decirme que me quieres? —lo interrumpió ella, totalmente indignada.

—Lo siento... Me dejé llevar por el enfado. Sabes que yo no soy así. Pero el cansancio y los celos son mala mezcla —se excusó, dejando notar el arrepentimiento en su voz.

—No es excusa, Marcus.

—Lo sé, *älskling*...

—¡No me llames *älskling*!

—Julia... Solo quiero que sepas que lo siento mucho, que estoy muy arrepentido. No sé cómo he podido hacerlo... y me arrepentiré toda la vida. Sé que no puedo pedirte que me perdones, pero... necesito decírtelo: yo sí te perdono, y si quisieras volver...

—¿Me perdonas tú a mí? —preguntó ella con incredulidad, al borde de la exasperación.

—Julia, no soy estúpido. ¿Me quieres hacer creer que me dejas por otro y no ha pasado nada entre vosotros? —Su tono se elevó un poco, aunque sonaba más a desesperación que a enfado.

—No nos hemos acostado —aclaró ella.

—No hablo solo de sexo. —Suspiró, se notaba que le costaba mantener esa conversación—. Sé que pasaste la noche con él. No me interesa saber los detalles. Pero algo pasó y no tiene sentido que me mientas. Yo te perdono, sea lo que sea que haya pasado. Y no pido que tú me perdones por lo que te he hecho, porque no tengo perdón. Pero, si quisieras volver, que sepas que te estaré esperando. No te guardo rencor, entiendo que te hayas cansado de algunas cosas de mí. Ya sé que para ti el tiempo es lo más importante, y yo he tardado en darme cuenta. —Suspiró nuevamente—. Por cierto, estoy aquí, en casa, y hay muchísimas cosas tuyas, ¿quieres que te las envíe a algún lugar? —soltó él de repente, cambiando por completo el rumbo de la conversación y el tono de voz, como si lo que hubiera dicho antes no hubiera sucedido.

—Ehm..., no hace falta, Marcus. La mayoría de las cosas las has pagado tú, así que puedes hacer lo que quieras —respondió ella con vaguedad, sin ninguna intención de facilitarle una dirección donde poder encontrarla.

—Julia, da igual de dónde haya salido el dinero, son tus cosas. Si quieres que te lo envíe, mándame la dirección. No te preocupes por eso, ¿vale?

—Vale, si necesito algo te aviso.

Julia colgó y volvió a su mesa con una expresión de angustia en el rostro. Con lo bien que estaba hasta ese momento, disfrutando de una magnífica noche con sus amigas, y el impresentable de Marcus le había chafado la fiesta con su más que inoportuna llamada. ¿A qué coño venía? ¿Qué pretendía?

—Me voy a casa ya —anunció Julia, sin poder ocultar el desánimo que sentía tras esa llamada.

—Ni hablar, Julia —ordenó Sara mientras le hacía un gesto con el brazo para que se sentara de nuevo—. Estabas la mar de bien hasta que ha llamado ese estúpido, ¿y ahora te vas a ir a casa a llorar y a pasarlo mal? De ninguna manera, siéntate y cuéntanos qué te ha dicho.

—De acuerdo. —Julia se sentó—. Nada, básicamente me ha dicho que me perdona y que me estará esperando por si decido volver. ¡Ah! Y que si me tiene que enviar mis cosas que le mande una dirección.

—¿Cómo? —respondieron las tres amigas al unísono, alargando mucho las vocales.

—Pero... ¿cree que vas a volver? —preguntó Alicia.

Julia se encogió de hombros.

—Bueno, vamos a bailar o algo, ¿no? Hay que quemar las calorías de las copas —propuso Sara en un intento de alegrar la noche a Julia.

—¡Síííí! —exclamó Alba, haciendo un movimiento bailongo. Esa era su parte favorita de la noche, cuando entre el calor, la música, la poca iluminación y el exceso de alcohol hacía un escáner a la sala buscando algún maromo con el que pasar la noche.

Las chicas inspeccionaron la amplia diversidad que había en esa zona de discotecas, *pubs* y garitos varios hasta que encontraron uno en el que estaban poniendo buena música y había suficiente ambientillo. Julia y sus amigas pasaron varias horas bailando y disfrutando de una noche de chicas como hacía tiempo que no tenían. Incluso Alba dejó su ceremonia de cortejo por un día, ya que decidió que era mejor que estuvieran todas juntas, haciendo piña.

A las cinco y media, Sara dejó a Julia en el portal de casa de su hermana, donde la había recogido la noche anterior. Le suplicó que la llamara si necesitaba cualquier cosa y que no hiciera estupideces, como llamar a Marcus.

—Que nos conocemos —le advirtió ella.

—¿Por qué iba a llamar yo a Marcus? —balbuceó Julia, ebria y molesta, consciente de que, en el fondo, Sara lo decía por algo.

Ese mismo domingo, a primera hora de la tarde, Julia estaba en el aeropuerto con su maleta mirando las pantallas que anunciaban las llegadas. Murmuró algo sobre la cantidad de vuelos que había en ese aeropuerto incluso en temporada baja, dificultando la localización de la puerta de salida en la que tenía que esperar. Cuando por fin encontró el vuelo, se dirigió a la puerta B y apoyó ambas manos en el borde de la barrera acristalada, con la mirada fija en las puertas automáticas de cristal.

Estaba nerviosa, habían pasado dos días desde que se separó de Viktor y no habían podido disfrutar casi nada de tiempo juntos. Se sentía emocionada porque no sabía qué iba a pasar a partir de ese momento, y aterrada por si no funcionaba. Pero no quería pensar en ello. Ante todo estaba feliz, FELIZ, en mayúsculas, y eso era lo más importante en esos instantes.

Julia miraba con atención cada vez que se abrían las puertas y examinaba detenidamente a todas las personas que salían, poniéndose más nerviosa cada vez que se abrían y no aparecía Viktor. Se empezó a impacientar. No le gustaba nada tener que esperar. De repente, notó que alguien desde atrás le tapaba los ojos y se emocionó al pensar que sería él. De hecho, sabía que era él, porque le llegaba el inconfundible olor de su perfume.

—¿Viktor? —dijo ella sonriendo. Y al notar que las manos se aflojaban se dio la vuelta y lo vio allí, dirigiéndole la mejor de sus sonrisas.

Julia gritó de la emoción al verlo e inmediatamente después lo abrazó y lo besó, fuerte, lento, agarrándose a él. Cuando se separó, lo miró profundamente a los ojos durante un segundo antes de poder hablar de nuevo.

—¿De dónde has salido? ¡Se supone que tenías que salir por la B! —se quejó Julia en un vano intento de hacerse la enfadada, pero su sonrisa, imposible de ocultar, la delataba.

—Lo sé, pero prefería darte una sorpresa —le respondió él, sin dejar de reír.

A Julia le encantó esa respuesta. «¿No lo podía haber conocido antes?», pensó, esbozando una sonrisa bobalicona.

—¿Me has echado de menos? —preguntó él con las manos en su cintura.

«Mucho. A ti, a tus ojos, a tu sonrisa, a tus labios, a tus manos...», pensó ella deleitándose con el simple hecho de su imponente presencia.

—¿Tú que crees? —dijo ella riéndose.

—Yo creo que, visto el recibimiento que me has dado, no me has echado mucho de menos —respondió él de manera burlona.

—¿Cómo? ¿Qué recibimiento esperabas? Estamos en un sitio público. —Julia le guiñó un ojo con una sonrisa pícaro.

—¡Ah! Vale... —Ambos se rieron nerviosamente.

—Dijiste que habías alquilado un coche —comentó ella buscando cambiar de tema mientras le cogía la mano y lo dirigía hacia los mostradores de los *rent-a-car*.

—Sí, pero esta vez no te pasearás en un Lexus...

—¿Qué imbécil eres! —dijo ella, riéndose.

Viktor arrancó el motor del Volkswagen Golf color gris oscuro y Julia le indicó cómo llegar al apartamento que había reservado. Aunque llevaba poco más de un año lejos de allí, se conocía aquella isla como la palma de su mano y podía indicarle mejor que un GPS la ruta más adecuada para llegar. Tras varias canciones, sonaba *With Me*, de Sum 41. Viktor había conectado su móvil al coche ante las protestas de Julia, que él zanjó con un «el que conduce elige la música». Pero esa canción le gustó, era como una declaración de amor. Se giró hacia él y vio que estaba sonriendo.

—Espero que esta canción sí te guste —comentó él con esa voz grave cargada de sensualidad. Y ella pensó que no podría ser más feliz en ese momento, que había hecho lo correcto dejando a Marcus, y se preguntaba por qué había tardado tanto.

Julia le daba todas las indicaciones sin dejar de mirar a Viktor, le encantaba verlo conducir. Y era la primera vez que lo hacía vestido «de normal», que no es que su antiguo uniforme le quedara mal, pero ese jersey le marcaba muchísimo los músculos, y el pantalón vaquero... le quedaba muy sexi. Sin lugar a dudas, era una delicia verlo conducir. Viktor, por su parte, aprovechaba cada vez que podía para poner la mano derecha sobre la de ella. Incluso, en alguna ocasión, le cogió aquella mano y la elevó para darle un beso en el dorso de esta.

—No sé si me acordaría de conducir.

—¡Ah! ¿Pero tú conduces? —respondió él, en tono de burla.

—Ja, ja —se rio sarcásticamente—. ¿Tú crees que puedes vivir aquí sin tener carné? Pues difícilmente. Lo que pasa es que hace tanto que no conduzco que no sé si me acordaría.

—Claro que sí, es como montar en bici. —Viktor se rio.

—Eso es el sexo.

—Eso también. —Ambos rieron—. Si quieres, llévalo tú un día. Yo iré a tu lado como un

profesor de autoescuela.

—¿Con un coche de alquiler? Ni de coña, que como pase algo verás...

—Es perfecto; así, si conduces como una abuela, nadie se extrañará —Viktor se descojonó él solo ante ese comentario.

—¿Como una abuela? —Julia frunció el ceño.

—No sé, eres tú la que dice que no se acordaría —Viktor levantó la palma de la mano derecha a modo de disculpa.

—Yo era de las que pisaban el pedal del gas, chaval —aclaró con un tono un poco macarra.

—¡Ah! Una temeraria... —Se le escapó una sonrisa burlona.

—Eso..., pero siempre dentro de los límites y sin una gota de alcohol —aclaró ella en cierto tono de niña repelente.

—¡Ah, vale! Ahora entiendo que no conduzcas nunca, porque si bebes no conduces —respondió él riéndose muy fuerte.

—¿Qué insinúas? ¡Pero si no bebo nunca! —Julia se quejó fingiendo indignación.

—¿Cuántas copas te has tomado esta semana?

—Esta semana no vale. Bueno, lo del lunes no vale. El viernes estaba de fiesta.

—Se te olvida el vino del jueves.

—Mira que eres malo —dijo ella mientras movía la cabeza de lado a lado y se cruzaba de brazos—. Ya es por aquí, a la izquierda, y aparca donde veas.

El apartamento estaba un poco lejos, pero la ubicación valía la pena. No era una gran zona turística, llena de tiendas, suvenires y restaurantes para guiris. Era un pequeño núcleo llamado Sant Elm y el apartamento, que se encontraba algo apartado del centro, estaba ubicado en segunda línea de mar, con un acceso directo a una pequeña playita a través de unas casi interminables escaleras. A Julia le encantaba esa zona, ya que, a pesar de ser turística, era bastante tranquila, sobre todo en esa época, y no se encontraban guiris borrachos desde primera hora de la mañana caminando por la calle. Algo que sí ocurría en otras áreas más populares. Además, ofrecía una panorámica de la isla de La Dragonera, aún virgen, y la oportunidad de contratar excursiones para visitarla.

Viktor encontró un sitio prácticamente delante de la puerta —probablemente debido a que en temporada baja había menos turistas y residentes y, por tanto, menos coches—, sacó el equipaje del maletero, cerró el coche y se fue hacia la recepción cogiéndole la mano a Julia. Una vez hecho el *check-in*, fueron a buscar el ascensor para subir al tercer piso y, cuando el ascensor llegó a su destino, salieron escopetados en busca de su habitación.

Por fin, Viktor abrió la puerta y entraron en el apartamento. Era un espacio no muy grande que tenía un salón-comedor con una tele y una minicocina con el equipamiento justo, un pequeño balcón con vistas laterales al mar y una puerta que daba a un dormitorio de dimensión reducida con un baño de tamaño estándar. Se trataba de un apartamento de categoría media y la decoración dejaba un poco que desear, pero a Julia no le importaba lo más mínimo. Tenía lo único que necesitaba, a Viktor.

—Siento que no sea tan lujoso como a lo que estás acostumbrada.

—Shhhh —Julia le colocó un dedo en los labios a Viktor para que se callara y se puso de puntillas para besarlo—. Si lo que me importara fuera el lujo, seguiría con Marcus —le susurró al oído.

—No me puedo creer que esté aquí contigo —confesó Viktor con una voz melosa.

Él la abrazó fuertemente, estrechándola entre sus brazos, y la besó con arrebatadora pasión, de tal manera que ambos supieron lo que iba a pasar a partir de aquel momento.

Sin dejar de besarla, Viktor agarró su cintura con fuerza para levantarla y ella hizo un nudo con sus piernas a la altura de la cintura. Él la llevó hasta el dormitorio y la tumbó sobre la cama, situándose encima de ella y apoyándose sobre sus fuertes brazos. Estuvieron un rato así, besándose y acariciándose. Viktor la besó en el cuello mientras que ella se agarraba a su espalda. El roce de sus labios junto con el cálido aliento erizaba la piel a su paso y aceleraba sus pulsaciones de manera alarmante.

Viktor se apoyó sobre sus rodillas y se incorporó para quitarse el jersey y la camiseta que llevaba debajo, dejando a la vista ese torso musculado y tan jodidamente perfecto que tanto le había impresionado a ella unos días antes. Julia se levantó y él la ayudó a deshacerse de la camiseta que llevaba puesta. Viktor observó detenidamente el sujetador de encaje azul marino sin aros, lo cual le daba un aspecto de lo más natural, cautivando a Viktor por completo. Buscó de nuevo sus labios para tomarlos con voracidad, empujándola otra vez hacia el colchón. Sus labios arrebatadores se deslizaron hasta hundirse en la base de su cuello, trazando un camino de dulces besos y tiernas caricias que hicieron que Julia se estremeciera hasta límites insospechados. Muy despacio, los labios descendieron por la piel de su cuello, recorrieron la clavícula, atravesaron el esternón y bajaron por el centro del abdomen hasta llegar a la línea alba, deteniéndose en el cierre del pantalón, ese vaquero *super skinny* que tan loco lo volvía. Él desabrochó lentamente el cierre y pausadamente fue bajándolo con sumo cuidado, rozando suavemente la piel de sus muslos con sus ásperos nudillos. Julia entreabrió los labios y dejó escapar un tímido gemido, excitada por esa manera tan lenta de hacerlo todo.

Viktor observó con aprobación la lencería que Julia había seleccionado específicamente para ese día. Era un conjunto nuevo que había comprado esa misma semana, sin tener claro que alguien fuera a disfrutarlo. El sujetador le había encantado a primera vista y, cuando vio que tenía una braguita brasileña a juego, se lo compró sin pensar. Encaje y azul marino era una combinación que la fascinaba, y parecía que a Viktor no lo dejaba indiferente. Él acabó quitándole el vaquero de un tirón porque era muy estrecho y no quería perder el tiempo, y aprovechó para quitarse el suyo antes de volverse a colocar encima de ella, haciéndole notar su considerable excitación tras la fina tela de su bóxer negro.

—Te deseo, Julia, deseo hacerte el amor —le susurró al oído, provocándole una puñalada de deseo incontrolable que la enloqueció aún más.

—Hazlo —le respondió ella, casi suplicando.

Julia se desabrochó el sujetador para acelerar el proceso, pero dejó que fuera él quien se lo arrancara y se deshiciera de la prenda tirándola por los aires. Viktor recorrió con una mano el abdomen de ella subiendo hasta uno de los pechos, el cual agarró con fuerza, excitándola más de lo que ya estaba.

—Hazlo, Viktor —le repitió ella, entre jadeos. No estaba acostumbrada a un ritual de calentamiento tan prolongado y, a pesar de disfrutarlo como nunca, se le estaba haciendo tan largo que no sabía si podría aguantar.

Con suma delicadeza, Viktor se inclinó sobre uno de sus pechos y dibujó círculos concéntricos con la lengua hasta alcanzar el endurecido pezón, atrapararlo y succionarlo con avidez. Julia estaba caliente y excitadísima y necesitaba que la poseyera cuanto antes, pero él siguió jugando con ella. Descendió la mano acariciando su suave piel con la yema de los dedos, haciéndole cosquillas — lo cual se tradujo en una risita nerviosa— y, apartándose a un lado y apoyando todo su cuerpo sobre su costado, sus dedos se introdujeron debajo de la fina tela de aquella minúscula prenda que aún llevaba puesta y llegaron hasta la zona más sensible de su cuerpo, rozando delicadamente el clítoris y provocándole un gemido que a él le sonó a desesperación. Sin darle tregua y apartando a

un lado la tela que lo molestaba, uno de sus masculinos dedos se introdujo entre los húmedos pliegues de su sexo hasta rozar esa parte tan sensible y a la vez tan difícil de encontrar para muchos. Conocedor de que había llegado a ese punto y ansioso por arrebatarse mil jadeos más de placer, se entregó a esa tarea con maestría hasta que la sintió vibrar y oyó un incontrolable gemido de satisfacción al alcanzar el orgasmo.

Viktor, esperando a que Julia recuperara su respiración, se volvió a colocar encima de ella y le mordió suavemente el lóbulo de la oreja.

—Julia..., ¿sigues tomando la píldora?

Ella asintió excitadísima, desesperada por tenerlo dentro de una puñetera vez, ansiándolo, levantando las caderas buscando su contacto y sintiendo cómo todo su cuerpo lo reclamaba. Vio que él se deshacía de la última prenda que le quedaba y ella hizo lo mismo, no podía esperar a que lo hiciera él. Viktor volvió a besarla con fuerza mientras ella le agarraba la espalda casi arañándolo; posicionó su duro pene entre sus muslos y, de un empujón, lo hundió en ella. «Por fin», pensó Julia, y cerró los ojos soltando un gemido de placer.

Capítulo 13

Viktor y Julia estuvieron como una hora haciendo el amor muy lentamente, entre besos y caricias. Cuando acabaron, Julia se acostó de lado, apoyando su cabeza sobre el hombro de él. Con una mano acariciaba su pecho, tiernamente con las yemas de los dedos, mientras que él le rodeaba la espalda con el brazo, posando la mano sobre su cintura. Julia observaba atentamente todo su cuerpo, magníficamente musculado, con la piel clarita y pecosa. Su cuerpo conjuntaba con su cara, su pelo rubio de dios nórdico y sus ojos azules y penetrantes. Le parecía un guiri adorable. Nada que ver con esos que vagaban cual *zombies* en las zonas turísticas diciendo cosas como «chica guapa» o «cerveza, por favor», con una pronunciación más que dudosa. No, él era un monumento viviente. Una de esas esculturas griegas, para ser más exactos, pero mejor dotado. Resultaba curioso, porque era capaz de darse cuenta de la manera en que las chicas se volteaban a mirarlo cada vez que la acompañaba a algún sitio, pero nunca supo verlo de esa manera. Él era su escolta. Y como mucho su amigo. Pero, claro, eso era antes.

—¿En qué piensas? —preguntó Viktor después de un rato de silencio, viéndola concentrada en algo que desconocía.

—Nada. Es que no tengo palabras. —Julia se sonrojó.

—¿Y eso por qué?

—Me dejas sin respiración, sin palabras, me agotas, Viktor..., ¿dónde has estado toda mi vida? —Sus ojos brillaron contagiándose de la felicidad de su sonrisa.

—Paseando a niñas bien en un Lexus. —Él se rio.

—Yo no soy ninguna niña bien... —protestó ella con la mirada seria.

—He paseado a otras niñas bien antes que a ti.

—Ah, ¿sí? ¿Y de ellas también te has enamorado? —preguntó con cierto recelo.

—¿Eso son celos? —Julia frunció el ceño—. Solo me enamoro de las falsas niñas bien, esas que te tratan de tú y te cuentan su vida.

—¡Imbécil! —Julia rio dándole un golpe suave en el pecho.

—Oye... —dijo cogiéndole la muñeca izquierda—, ¿cuántos tatuajes tienes?

—Tendrás que contarlos —respondió ella con una sonrisa pícaro.

—Muy bien. Uno —acarició esa misma muñeca con el pulgar, la apartó un poco y levantó su brazo derecho—, dos —acarició levemente el costado a la altura del pecho y la examinó rápidamente antes de darle la vuelta para ponerla de espaldas y revisó su cuerpo desnudo en busca de alguno más, pero no fue capaz de encontrar ningún otro— y creo que ya está.

—¡Muy bien! —Julia sonrió mientras se volvía a colocar como estaba antes—. Este —se señaló la muñeca— me lo hice a los dieciocho años con mi hermana. ¿Ves que son dos estremitas y la segunda está coloreada? Pues mi hermana tiene coloreada la primera. Y este —se señaló el del costado— me lo hice unos años después porque sí, porque me gustó. Son las fases lunares y simbolizan el cambio.

—Vaya..., cada vez me sorprendo más contigo.

—¿Por? —preguntó estirando la vocal en un tono algo aniñado.

—Porque cuando te conocí me llevé una impresión muy equivocada de ti. En fin, que... eras la novia de ese tío que me pareció tan estúpido, apareciste con esas pintas de niña pija y pensé que serías como él. —Julia se rio—. Y, bueno, que cada vez aparecías con algo que me hacía darme

cuenta de que tú no eras así, y entonces cada día te fui viendo más como lo que eres, pero creo que nunca llegaré a conocerte del todo.

—Marcus me hizo ponerme ese modelito porque me quería llevar a una comida con no sé quién. —Puso cara de asco—. Me pasé no sé cuánto tiempo mirándome al espejo sin reconocirme, me veía ridícula.

—Estabas preciosa. Bueno, eres preciosa, con cualquier ropa. E incluso mejor sin ella. —Julia se ruborizó.— Me encanta tu pelo —y empezó a enumerar partes del cuerpo, poniendo su suave yema del dedo índice encima—, tus ojos, tu nariz, tu boca..., uff..., la besaría todo el rato —le separó el labio inferior con el pulgar y le dio un suave mordisco—, tu tono claro de piel, tu pecho, tu cintura, tus caderas, tu culo, tus piernas... Toda tú eres preciosa e increíble, Julia. Me siento el hombre más afortunado del mundo.

Ella carraspeó nerviosamente, siempre la incomodaba que le dijeran esas cosas.

—Viktor... —intervino ella, con la voz entrecortada, interrumpiendo aquella conversación— ¿cómo sabías que tomo la píldora?

—Soy muy observador. —Julia levantó una ceja, esperando alguna explicación más convincente—. Está bien, una vez vi la caja y la reconocí enseguida.

—Venga, en serio —pidió con un tono de completa incredulidad, sintiéndose como si le estuviera tomando el pelo.

—En serio, Julia —respondió él un poco molesto—. Reconocí la caja. No entiendo por qué te sorprende.

—Porque Marcus no sabía ni el nombre, ni cómo era la caja..., nada.

—¿Sabía algo de ti? —preguntó escupiendo las palabras. Le parecía increíble que le prestara tan poca atención.

—Sabía que uno de mis escoltas estaba enamorado de mí. Nunca entendí por qué te tenía tanta rabia, porque con Alberto se portaba supernormal.

—Sin embargo, yo en su lugar me hubiera preocupado más por Alberto.

—¿Por? —demandó de manera exigente.

—Bueno, pues porque él es el salido que se empotraría sin ningún miramiento a la chica de su jefe si esta se lo pusiera a huevo.

Julia tragó saliva.

—¿Perdón?

—Si Marcus supiera cuántas veces Alberto te ha imaginado desnuda, a lo mejor no le caería tan bien —soltó sin ningún cuidado al escoger las palabras.

—¿Y tú no le dices nada?

—Sí, pero ni caso.

Julia hizo una pedorreta a modo risa.

—Vaya amigo —sentenció.

Julia se levantó para vestirse, pero Viktor la agarró de la muñeca y tiró de ella para llevarla a la cama de nuevo. Le agarró el cuello para besarla y luego bajó una de las manos por su espalda, rozándola suavemente, hasta llegar al trasero, el cual sobó con fuerza.

—Me vas a volver loca, Viktor —le susurró ella entrecortadamente.

—No tanto como tú a mí.

Pero, casualidades del destino, como si de una broma de mal gusto se tratara, sonó el móvil de Viktor, quien se detuvo y rebufó.

—¿Quién es ahora? —musitó, soltando a Julia y levantándose para contestar. Antes de responder vio que era su padre y puso los ojos en blanco. Ahora no, hombre, ahora no—. Dime,

pappa —pronunció Viktor en perfectísimo sueco. Julia se deleitó unos segundos con la vista que él le ofrecía y luego empezó a buscar la ropa para vestirse. Se hubiera quedado allí, viéndolo moverse por la habitación sin ningún pudor, con la misma naturalidad que si estuviera vestido. Pero pensó que lo mejor sería dejarle intimidad para que hablara con su padre de sus cosas.

—Viktor, hijo, ¿me puedes explicar cómo es eso que dice tu madre de que has dejado tu trabajo por una chica y que ahora estarás en España?

—Bueno, ya estoy en España. En Mallorca, de hecho. Acabo de llegar hace un rato.

—O sea, que es verdad.

—Sí, *pappa* —suspiró.

—Viktor, ya sabes que yo no me meto en vuestras vidas, pero... ¿era necesario que dejaras el trabajo? No entiendo por qué era incompatible y me parece un poco irresponsable.

Julia se había puesto las braguitas y, con el resto de la ropa en la mano, salió de la habitación haciendo el menor ruido posible.

—*Pappa*, es que no conocéis la historia entera. Mamá estaba tan contenta que no le quise decir nada más. Pero en realidad no es del todo cierto que haya dejado el trabajo, más bien me han despedido. Y no puedo volver a trabajar como escolta, me han abierto un expediente.

—¿Cómo? No te creo, si tú eres muy responsable, no lo entiendo...

—Pues porque para la agencia es una falta muy grave que tenga una relación con mi protegida. Su novio, bueno, su exnovio, me contrató para que la protegiera hace casi un año y... pues obviamente cuando se enteró lo avisó.

—¿Tenías una relación con una chica que tenía novio? Eso no me lo esperaba...

—No. Ella lo dejó, pero descubrió que estábamos juntos y por eso notificó a la agencia lo ocurrido. A mí el trabajo me da igual; me gustaba y estaba bien pagado, pero tenía que alejarla a ella de Estocolmo. El tío ese siempre me ha parecido peligroso, lo veo bastante posesivo y celoso. No quiero que se vuelva a acercar a ella. Me da miedo lo que pudiera hacerle. Allí no estaría segura y hubiera tenido que cambiar de trabajo igualmente, ¿entiendes? Da igual que me despidan.

—¿Y por qué Mallorca?

—Porque ella es de aquí. Así que ahora estaré más cerca, podré ir a veros más veces.

—Entiendo...

—Siento haberte decepcionado, *pappa* —dijo, cabizbajo.

—No, hijo, no es eso. Estoy muy contento por ti, de que hayas encontrado a tu chica y que seas feliz. Y, por supuesto, nos gusta que estés en España otra vez. Simplemente que..., no sé. Me has dejado sin palabras, no me esperaba algo así.

—Lo siento, pero...

—No lo sientas, Viktor, lo entiendo perfectamente. De hecho, lo que me parecería mal sería que la dejaras con él si realmente piensas que puede hacerle daño.

—Gracias, *pappa*. Dile a mamá que vaya preparando croquetas, que pienso ir pronto a veros.

—Claro, yo se lo digo. Tráete a la chica, para que la conozcamos.

—*Pappa*, no, que es muy pronto y la vais a asustar. —Viktor negaba con la cabeza, aun siendo consciente de que su padre no lo veía.

—Bueno, como quieras. Ya nos avisas. Adiós, hijo.

—Adiós, *pappa*.

Viktor se vistió y salió al salón a buscar a Julia, que se encontraba sentada en el sofá muy concentrada en la pantalla de su móvil.

—Ya está, lo siento.

—No pasa nada, estaba revisando el Instagram.

—Estás un poco enganchada a eso, ¿no? —dijo mientras se sentaba a su lado.

—La vida del *influencer* es así. —Ambos se rieron—. Vas a salir muchísimo en mi Instagram, ¿estás preparado?

—Mientras solo sea en Instagram y no en YouTube...

—Ya se me ocurrirá la manera de convencerte —lo amenazó con una sonrisa traviesa, y volvió a dirigir su mirada hacia la pantalla.

Viktor admiró a Julia deslizar los dedos por la pantalla, para crear una historia superartística y creativa. Era una *crack*, normal que tuviera tantos *followers*. Él no se perdía nada de lo que publicaba desde que la empezó a seguir, hacía meses. El mismo día que ella le habló de su canal de YouTube. Se pasó horas en casa visualizando vídeos y viendo fotos suyas —algunas con Marcus— hasta que decidió que hacer eso era demasiado patético. Mejor dicho, Alberto le dijo que era patético. «Búscate a una a la que te puedas follar o cárgate esa relación de una puta vez», le advirtió con cierta acritud, como si fuera algún tipo de consejo fraternal. Y le hizo caso. Dejó de ver esos vídeos.

Viktor le quitó el móvil con suavidad, lo bloqueó y lo dejó sobre la mesita que tenía frente a él. La oyó quejarse, pero sin oponer ninguna resistencia. Le pasó una mano por la espalda para llevarla hasta su cintura y atraerla hacia él, aprovechando para besarla en la frente y olerle el pelo.

—Oye y... ¿qué quieres hacer?

—¿Yo? —dijo ella acurrucándose y abrazándose a él—. ¿Qué quieres hacer tú?

—¿Es necesario que te responda?

—Sí —contestó ella, mirándolo de manera juguetona.

—Pues quiero... —Viktor metió la mano que tenía libre por dentro de su camiseta y la paseó por su abdomen— quedarme aquí contigo toda la tarde y luego llevarte a cenar a algún sitio.

—¿Y qué quieres hacer conmigo durante toda la tarde? —preguntó ella de manera traviesa, mordiéndose el labio inferior.

—Creo que algo se me ocurrirá. —Y clavó los ojos en los de ella, en una mirada llena de significado que descendió hasta sus labios húmedos y jugosos, anhelantes de algo más que una mirada ardiente.

Viktor le agarró el cuello con ambas manos para tomar sus labios con posesión y ella se sentó encima de él a horcajadas, abrazándolo por encima de los hombros, mientras él bajaba los brazos y los llevaba a la parte de atrás de la espalda, haciendo descender las manos hasta su trasero.

—No deberías haberte vestido —acusó él, ahogando un quejido.

—Ni tú tampoco.

—Ahora tendré que volver a empezar...

—¿Tiene algo mejor que hacer, señor Bergström?

—Nada, señorita Vidal. Nada mejor que esto... —le susurró él en el oído.

Viktor le besó el cuello y sus manos empezaron un camino ascendente hasta agarrar la camiseta y tirar de ella hacia arriba. No fueron conscientes desde el principio, pero un deseo desmedido se adueñó de ellos, poseyéndolos por completo. Julia se desabrochó el sujetador y le arrancó el jersey a Viktor. Se quedó mirándolo atentamente, centrándose en esos músculos siempre duros, y se dijo a sí misma que ese hombre acabaría con su raciocinio. De repente había manos por todas partes. Ambos sentían la necesidad de tocarse y de sentirse. Julia se dejó manejar como si fuera una muñeca. No había nada que Viktor le hiciera que no la condujera al placer más infinito. Se sorprendió de la velocidad con la que se habían desnudado cuando se vio, de nuevo, encima de él

sin ningún resto de tela que los estorbara. Nada que ver con lo de antes. Ansiosa por su contacto, se pegó más a él, frotándose contra su erección, y cuando Viktor llevó una mano hacia el origen de su placer comprobó lo húmeda y excitada que estaba, solo para colocarse y penetrarla con una violencia desconocida en él. Los gemidos se debieron oír en toda la planta, pero eso no les impidió dejarse llevar por lo que sentían. Julia se movía arriba y abajo, meciendo sus caderas al ritmo que él le marcaba. El placer le resultaba casi insoportable y Viktor podía reconocer la angustia en su rostro. Deslizó una mano de su cadera al clítoris y lo rozó delicadamente, a un ritmo completamente opuesto al de las embestidas, las cuales había acelerado para llevarla a un orgasmo máximo al mismo tiempo que él.

Julia se dejó caer sobre su pecho, agarrándose con debilidad a su cuello y dejándose abrazar por él. Lloró por la emoción contenida, que ahora fluía a través de las respiraciones ahogadas y jadeantes. Jamás había vivido aquello, y eso que Marcus era un amante entregado y generoso. Pero aquello era otro nivel. Adictivo, peligroso, capaz de destrozarla. Sintió la humedad envolviendo sus muslos cuando él salió de ella y volvió en sí.

—¿Te he dicho ya que me vas a matar? —Julia rompió el silencio con una voz que aún se notaba ahogada.

—Con esas palabras todavía no.

Viktor sonrió divertido por el comentario y le dio un beso en la mejilla.

—No sé lo que habrá después de la muerte, pero si existe el paraíso, debe parecerse a esto.

Viktor no pudo evitar una carcajada.

—¿Siempre te pones así de filosófica después del sexo?

—Solo cuando siento que me he teletransportado a un universo paralelo.

—Creo que estás teniendo una bajada de azúcar. Voy a ver si hay refrescos o algo.

Viktor acomodó a Julia en el sofá y se levantó para ir a la cocina. El apartamento ofrecía la opción de surtimiento básico en el momento de realizar la reserva. Esta opción proveía a la habitación reservada de bebidas varias sin alcohol, un poco de fruta, patatillas y galletas. Lo básico para no morir de hambre o de deshidratación si llegabas tarde al hotel y estaban todas las tiendas cerradas. Él lo pidió para no tener que salir. Una mueca de satisfacción ocupó su rostro al comprobar que había hecho bien reservándolo.

Julia había vuelto a coger el móvil y casi le dio un ataque cuando vio aparecer a Viktor con un bol de fruta y agua. «¿Fruta? ¿Hay fruta en la habitación?», pensó, alucinada, dejando de nuevo el móvil sobre la mesita y siguiendo a Viktor con la mirada hasta la cocina, de donde salió con unas bolsas de patatas y unas latas de refresco.

—¿Qué es todo esto, Viktor?

—Tu merienda. También hay galletas, pero dudo que sean veganas. Te he traído agua y cola *zero*, que es lo que bebes, pero hay más cosas.

Julia no podía cerrar la boca del asombro.

—Estoy flipando. ¿Todo eso hay ahí? Yo pensaba que en los apartamentos no habría nada, que tienes que ir a comprarlo tú.

—Hombre, para hacer unos macarrones no hay, pero para reponer fuerzas creo que hay suficiente.

—Voy al baño.

Julia cogió su móvil y se levantó. Necesitaba escribirles a sus amigas. Y hacer pis, ya de paso.

—Ni se te ocurra vestirse por el camino —la amenazó con una sonrisa despampanante mientras le apuntaba con el dedo.

Julia lo ignoró. No pensaba vestirse, pero necesitaba salir de allí. Era tan alucinante todo que

sentía que se ahogaba. Cerró la puerta del baño y empezó a teclear.

Julia:

Chicas. Si dejo de dar señales de vida es que he muerto de sexo.

Alba:

¡Nadie muere de eso! Ja, ja, ja. Pero me alegro de que te haya tocado un buen empotrador.

Julia:

No es solo eso. Después de dos polvos alucinantes que casi me han arrancado los ojos de las cuencas, Viktor ha empezado a sacar comida y bebida para merendar. ¡En los apartamentos no hay nada de eso!

Alicia:

No jodas... ¿Ese hombre es real?

Sara:

¿Y cuál es la queja? Porque yo solo veo que te estás calzando a un tío que además de estar como el queso no te da más que alegrías.

Julia:

¡Pues que todavía no puedo ni respirar!

Alba:

¡Disfrútalo, nena! Un hombre como ese no lo pillas todos los días. Te lo digo yo, que sé del tema.

Sara:

Venga, vuelve con tu macho, que lo vas a preocupar y capaz es de llevarte a urgencias. ;)

Miró la pantalla fijamente un par de segundos más. Ninguna añadió nada. Seguramente pensaron que era una quejica. Una quejica que se quejaba de cosas buenas. Uf, qué redundante había sonado eso.

Cuando volvió al salón, había más refrescos en la mesa y Viktor estaba sentado en el sofá revisando el dorso del paquete de galletas.

—¿Qué haces? —preguntó ella, alucinada de que hubiera todavía más cosas en la mesita.

—Estas galletas me las como yo. Lo demás lo puedes comer, ya lo he revisado.

—Alucino contigo —dijo sentándose a su lado.

—Espero que sea en plan bien —respondió él con una sonrisa.

Ella asintió, todavía con esa cara de flipe que era incapaz de borrar. Él apartó las galletas a un lado y se acercó a ella, enmarcando su rostro con ambas manos.

—Solo quiero que seas feliz. Esto no es nada comparado con todo lo que te mereces. Y si los demás no te han tratado así, quizá es que no supieron valorar lo que tenían. Que los demás sean imbéciles no me convierte a mí en extraordinario.

Viktor se inclinó hasta rozar sus labios con los de ella, resbalando hasta encajar a la perfección. Fue un beso lento y lleno de sensibilidad. Julia se sentía atrapada en una espiral de sentimientos del que no quería salir. A su lado se sentía como una adolescente descubriendo lo que significaba el amor. Qué equivocada había estado hasta entonces. El amor era quedarte completamente expuesta ante alguien a quien le das el poder de hacer contigo lo que quiera. El amor es vulnerabilidad. Porque nada te hace más vulnerable que eso. El amor es sentir que vas a morir por una caricia, por una palabra, por un gesto. El amor es entregarle el mundo y tu vida a la otra persona, desnudarse en cuerpo y alma y enseñarle todo aquello que te hace feliz, tus miedos, tus inquietudes y ser completamente transparente. Y eso era lo que estaba haciendo él. No estaba fingiendo ser el puto hombre perfecto para seducirla y luego convertirse en un ser egoísta cuando

ya ha conseguido a la chica. Él era así. Y si para ella eso era perfección, pues sería perfecto para ella.

—Come algo —le indicó Viktor con un movimiento de cabeza.

Ella le sonrió. Porque se sentía feliz y no podía hacer otra cosa. Se inclinó sobre la mesita y sobrevoló con la mano las diferentes opciones de que disponía hasta alcanzar una de las bolsas de patatas. Se sentó con los pies en el sofá, acercando sus rodillas al pecho de él y tratando de tapar un poco la desnudez de ese cuerpo que tanto la acomplejaba al lado de aquellas hechuras masculinas tan perfectas. No era una chica de demasiados complejos. Lo normal: tetas pequeñas, palidez en la piel, rasgos sosos..., pero a su lado se veía fofa, con un culo sin ninguna gracia y hasta bajita. Porque su metro sesenta y cinco quedaba corto al lado de él. Veinte centímetros que no se equilibraban con ningún tacón. ¿Qué habría visto Viktor en ella?

Después de media bolsa de patatas, una mandarina y la mitad de una cola *zero*, el amodorramiento hizo acto de presencia y Julia se acomodó sobre el hombro de Viktor. Los ojos se iban cerrando y cada vez las frases eran más inconexas y espaciadas. Viktor la cargó sobre un hombro y la llevó hasta la cama para que pudiera dormir la siesta tranquilamente. La colocó, la tapó con la sábana, se vistió y salió al salón para no despertarla.

Cuando se despertó estaba sola y la habitación medio a oscuras. Bostezó, se estiró y buscó las braguitas. Por el suelo se encontró la camiseta de Viktor y se la puso. La olió. Seguía teniendo su aroma impregnado. La sonrisa que se le dibujó parecía imposible de borrar. Salió al salón en su búsqueda y lo encontró de pie, caminando de lado a lado mientras hablaba por teléfono. Iba intercalando frases en sueco y en español. Cuando se giró y la vio, sonrió al comprobar que llevaba su camiseta.

—Te llamo luego, ¿vale? Ya se ha despertado. —Se rio por algún chistecito—. Venga, nos vemos pronto. *Hej då*.

—¿Quién era? —preguntó ella frunciendo el ceño.

—¿El bilingüismo no te da ninguna pista?

—¿Alguien de tu familia? —conjeturó inclinando la cabeza hacia un lado.

—Mi hermano, cotilla. —Viktor sonrió con guasa.

—¡Eh! —Julia protestó y Viktor soltó una carcajada, lo que ocasionó que Julia se molestara más.

—Ven aquí. —Viktor se acercó a ella y le tendió la mano. Ella la agarró débilmente y sintió un tirón que la arrastró de vuelta a la habitación. Con él todo era así, una montaña rusa en la que nunca se llegaba abajo. No le daba tiempo a recuperarse de nada. El corazón ya no sabía a qué velocidad latir, los pulmones no daban abasto y su cerebro estaba secuestrado.

—¿Sabes? —empezó a susurrar en su oído—. Estás muy sexi con mi camiseta, pero creo que mejor si se queda en el suelo.

Sin nada que objetar, Julia levantó los brazos y disfrutó del tacto de las manos de Viktor deslizándose suavemente por su piel mientras él le quitaba la camiseta. Aquellas grandes manos avanzaron hasta su trasero, empujándolo hacia él para hacerle notar la evidencia de su excitación. Deslizó un dedo por el elástico de las braguitas, provocándole un gemido y un calor asfixiante.

—Mátame ya, por favor —suplicó, sintiéndose desfallecer.

Viktor no se hizo esperar esa vez. La soltó sobre la cama, se desnudó rápidamente y luego se colocó encima de ella para arrebatarse el último trozo de tela que le quedaba. La recorrió entera con manos y lengua, arrancándole mil y un jadeos de placer. Viktor le separó las piernas y enterró la cabeza entre sus muslos. Julia se agarró con fuerza a las sábanas sin dejar de gemir como si estuviera poseída. El calor que se desprendía le iba invadiendo cada parte de su cuerpo y se

arqueó cuando notó que llegaba ese esperadísimo orgasmo que la asoló por completo.

Sin darle tregua, Viktor se colocó encima de Julia y su pene se sumió en ella con facilidad, resbalando hasta que los cuerpos se acoplaron a la perfección. Ambos gimieron de puro placer. A Julia no le quedaban apenas fuerzas y se preguntaba cómo era posible que Viktor tuviera aguante para entrar y salir con tanta vehemencia. No podía ser humano. Él aumentó la velocidad de los embates animado por la expresión de placer que ella le mostraba, y Julia, simplemente, se dejó hacer, quedando completamente a su merced. Extasiada, anudó las piernas alrededor de su cintura y le clavó las uñas en la espalda. Viktor estudiaba todos y cada uno de sus gestos, a fin de retenerlos en su memoria para siempre. Analizaba sus reacciones para conocerla y aprender lo que le gustaba y lo que no. Cuando la sintió vibrar y vio que se dejaba caer rendida sobre el colchón, aceleró sus movimientos y se corrió, soltando un gutural gruñido que debió oírse en varias plantas.

Exhaustos y jadeantes, dejaron que sus respiraciones se calmaran y volvieron a la normalidad antes de poder hablar. Julia era incapaz de mover ni un dedo del pie. Quizá Viktor estuviera más acostumbrado que ella a hacer ejercicio de alta intensidad, porque esos músculos no se mantenían solos. Pero ella tenía la sensación de haber corrido un maratón. Estaba increíblemente satisfecha, aunque no sabía si sería capaz de mantener ese nivel a largo plazo y no tenía claro que la fogosidad de Viktor fuera a apaciguarse en algún momento.

—¿Estoy muerta ya? —preguntó entre jadeos, incapaz aún de controlar la respiración.

—Me empieza a preocupar esa obsesión que tienes con la muerte.

—No pienso moverme de esta cama en un mes. No creo que pueda levantarme —jadeó, necesitada de oxígeno.

—Mejor, así no hará falta que te ate.

Viktor sonrió con picardía y Julia lo fulminó con la mirada.

—Hablo en serio, Viktor. Voy a necesitar un descanso.

—¿Por qué? Yo no estoy cansado para nada.

Esa sonrisa burlona estaba poniendo de los nervios a Julia. Quería borrarla de un manotazo, pero no tenía fuerza ni para levantar el brazo. Resopló.

—¿Estás matándome a polvos como sustitutivo de ir al gimnasio? Lo digo porque mis amigas están avisadas, y si no doy señales de vida vendrán a buscarme.

—Hay que ver cómo sois las tías. —Negó con la cabeza—. ¿Eso es lo que has ido a hacer al baño antes? ¿Escribir mensajitos a tus amigas contándoles detallitos sexuales?

—Prevenirlas por si acababas matándome a polvos —respondió ella en todo de marisabidilla.

Viktor no pudo evitar una carcajada escandalosamente sonora.

—Se habrán reído en tu cara.

Pues sí. Más o menos fue así.

—Avisado estás —le dijo apuntándole con el dedo muy convencida de su propia broma.

—Tiraré tu cadáver al mar y huiré a Suecia. Me esconderé en casa de mis abuelos.

—¿Te das cuenta de que me acabas de contar tu plan?

—Lo sé. Tendré que matarte antes de que te dé tiempo de llamar a alguien.

Viktor se rio descaradamente y a Julia no le quedó otra que imitarlo. Esa broma se estaba descontrolando demasiado.

Una hora de charla después, Viktor arrastró a Julia hasta la ducha. Ella no quería levantarse de la cama. Su idea era que Viktor fuera a buscar algo y se lo llevara. Pero estele dijo que ni hablar, que irían a cenar fuera.

La ducha empezó tranquila, pero era imposible que acabara igual cuando Julia volvió a notar el

miembro endurecido golpeando su abdomen.

—¡Viktor! ¿No te gastas?

Y, como esos impulsos que se tienen por pura supervivencia, porque sabía que si le dejaba hacer a Viktor luego no querría irse a ningún sitio, porque le había costado una hora poder tan solo levantarse de la cama, siguió su instinto. Se arrodilló sintiendo el chorro del agua templada a su espalda, agarró ese incansable miembro y lo acogió en su boca. El gruñido visceral que salió de lo más profundo de la garganta de Viktor subió la temperatura del baño varios grados de golpe. Viktor echó la cabeza hacia atrás apretando la mandíbula, se apoyó en la pared con una mano y con la otra se sujetó a la cabeza de Julia. Por nada del mundo Viktor se esperaba esa reacción. El placer que le producía, junto con el vapor de agua, le advirtió de que no iba a durar mucho. Cuando sintió que estaba cerca, le acarició la cabeza, mezclando los dedos con algunos de sus mechones, para indicarle que acelerara los movimientos. Julia estaba totalmente entregada a Viktor, tal y como él lo había estado con ella toda la tarde, hasta que, de repente, sintió que le tiraba del pelo para echarla hacia atrás y se apartaba un segundo antes de verlo correrse.

Viktor la agarró de las axilas y la levantó con premura para abrazarla tan fuerte que casi le cortó la respiración.

—Te agradezco que te apartaras. No es algo que suele pasar —reconoció con una mirada de gratitud, completamente transparente.

—No tenías por qué hacerlo, lo sabes, ¿no?

Julia emitió un sonido de afirmación, el típico «ajá» sin vocales, y le dio un beso en el cuello, que era a donde le llegaba por su altura. Viktor se separó de ella, agarró la alcachofa de la ducha y la pasó por el cuerpo de Julia para acabar de limpiarla.

—Venga, sal de aquí antes de que vuelva a ponerme malo. —Viktor le guiñó un ojo y le dedicó una sonrisa que la derretió entera.

Mientras se vestía, Julia le habló a Viktor de una hamburguesería con opciones veganas que estaba muy de moda, el Brox. Eso le habían dicho sus amigas, porque ella llevaba un año fuera y no le sonaba de antes. Se puso los vaqueros estrechos, un jersey muy suave de color rosa pálido y los botines con tacón. Viktor iba como antes, pero con otro jersey. Igual de sexi. Cualquier cosa que se pusiera que le marcara esos músculos le iba a quedar de muerte. Julia no pudo evitar fijarse en el perfume que se echaba. Boss Bottled. Claro, el del anuncio de Chris Hemsworth. Otro dios nórdico, porque, aunque sea australiano, siempre será Thor. Viktor no podía usar otra colonia. Esa fragancia que parecía estar hecha a base de feromonas. Como si a él le hiciera falta eso.

Viktor aparcó en la misma avenida Argentina, unos metros más arriba de donde estaba el restaurante. De puro milagro encontraron un coche que salía. Las luces de los intermitentes centellearon al cerrarse las puertas y caminaron agarrados de la mano a paso lento hasta llegar al restaurante.

Viktor abrió la puerta y dejó pasar a Julia, poniéndole la mano en la espalda y guiándola hasta la mesa que les indicó el camarero.

—Sabes que ahora mismo soy la chica más odiada del restaurante, ¿verdad? —dijo ella un rato después de haberse sentado y haciendo un barrido visual a todo el local.

—¿Por? —Viktor levantó la vista de la carta con una media sonrisa.

—Puedo ver la rabia y la envidia de las otras chicas al verme contigo.

—Qué tonta eres. —Negó con la cabeza sin dejar de sonreír.

Les costó decidirse, pero pidieron un hummus de boniato de entrante, una hamburguesa vegana para Julia, y Viktor decidió probar una con un toque mallorquín. Obviamente pidió la grande, esos

músculos necesitaban proteína para mantenerse.

Julia estaba comiendo la hamburguesa y las patatas a una velocidad inusual en ella, tanto que llamó la atención de Viktor, quien siempre opinó que comía demasiado lento.

—Sé lo que estás pensando, que estoy comiendo muy deprisa. Es que me moría de hambre. Normalmente mi actividad física es bastante reducida y soy barata de mantener.

—Mira que eres exagerada... —respondió Viktor con una sonrisa descarada.

—Mañana no salgo de la cama, te lo advierto. Cómprame comida, porque no iré a ningún lado.

—Me parece el plan más perfecto del mundo. —Se rio de una manera tan insolente que le hizo percatarse de lo equivocada que había sido su respuesta.

—Mejor, no. Mañana te llevo a que veas la isla —rectificó Julia—. Hay un sitio que me gustaría enseñarte.

Viktor sonrió de manera macarra, llevándose una patata a la boca.

—Tú mandas.

Cuando llegaron al apartamento, estaban cansados y tenían sueño, pero Viktor estaba muy cariñoso y juguetón y no paraba de besar a Julia, de enredar los dedos en su pelo, de acariciarla... Julia empezó a sentir otra vez ese calor que le subía por todo el cuerpo. ¿Otra vez?

—Viktor, tengo mucho sueño —protestó cansada, suspirando, mientras él la besaba en el cuello.

—Uno rápido y nos vamos a dormir, anda..., si lo estás deseando —le susurró.

Sí que lo estaba deseando, sí. Se moría de sueño, pero temía no poder dormir con esa presión que sentía entre los muslos. Dejó escapar un ligero gemido al sentir el contacto de las manos de Viktor bajándole los pantalones y las bragas de golpe. El gruñido de fastidio al encontrarse con las botas imposibilitando la tarea de sacar la ropa vino acompañado de la curiosa escena en la que Viktor trataba de deshacerse de todo acompañado de las risas de Julia. Fue un momento gracioso, pero que no apaciguó para nada las ganas que tenían de un último polvo.

Viktor la calló estampando sus labios contra los de ella en un beso que la encendió aún más. Esa lengua juguetona podría haberla llevado al orgasmo sin necesidad de mucho acompañamiento. Julia oyó la cremallera de sus vaqueros y el sonido de estos chocando contra el suelo y, acto seguido, Viktor la levantó por la cintura y la apoyó contra la pared. Las piernas se enredaron en su cintura y en un segundo sintió un empujón que casi la parte en dos. Viktor entraba y salía de su interior con una energía pujante. Se agarró a sus caderas, haciendo las embestidas más profundas e intensas. Julia sentía su cuerpo abrirse para él, adaptándose y envolviéndolo como si fuera un guante. Sentía que estaba a punto, que no iba a durar nada y que no podría con otro más. Trató de indicárselo a Viktor con un ligero golpe en el hombro y él la entendió enseguida. En el mismo momento en que el orgasmo arrasaba con ella, dejándola al borde del desmayo, sintió cómo se humedecían sus muslos. Acabaron a la vez, como si se hubieran sincronizado.

Sin dejar de sujetarla, Viktor depositó a Julia en el suelo, rodeándole la cintura con un brazo, mientras ella se agarraba a él con fuerza balbuceando algo sobre que no la dejara caer. Se quitó los zapatos con la mano que le quedaba disponible y se sacó los pantalones para poder llevarse a Julia en volandas hasta la habitación y dejarla en la cama, acabar de desnudarla y tajarla con la sábana. Cuando Viktor se acostó tras recoger la ropa, ponerse cómodo y lavarse los dientes, Julia ya hacía un rato que estaba en los brazos de Morfeo. Se abrazó a ella y la besó en el hombro poco antes de caer rendido.

A la mañana siguiente, después de haber ido a desayunar, se metieron en el coche y pusieron rumbo hacia la sierra para hacer una salida turística. Había tantas cosas que Julia quería enseñarle a Viktor que necesitaría meses, sobre todo con el tiempo que este le quitaba para dedicárselo a sus

artes amatorias, algo que la mantenía al borde del colapso sensorial. Le hacía sentir cosas que no hubiera catalogado como agradables en el pasado. Y era asombrosamente inagotable. Julia estaba viviendo en una nube. En ese momento, poco le importaba que estaban los dos sin trabajo y que cuando pasaran unos días de lujuria desenfrenada se tendrían que sentar a hablar sobre qué harían con su vida, buscar un lugar donde vivir y todas esas cosas rutinarias de las que en esos instantes no querían hablar para no borrar la magia.

Julia se pasó la mañana enseñándole uno de los sitios más maravillosos que había en esa isla, el cabo de Formentor y su faro. Un sitio que seguía siendo virgen y alejado de la urbanización desmedida que azotaba a tantos sitios que habían sido idílicos en un pasado. Aunque, todo había que decirlo, la cantidad de coches, bicicletas y autocares que se encontraban incluso en temporada baja podía llegar a ser abrumadora en una carretera como aquella. A Viktor le encantó que hubiera tantos paisajes diferentes en un lugar tan pequeño. Él, que era de Madrid, no echaba de menos la playa, pero admitía que el contraste de montaña y mar que había descubierto allí con Julia le parecía paradisiaco y entendió por qué cuando ella hablaba de su tierra lo hacía con tanta admiración.

—Julia, me quedo a vivir aquí contigo para siempre —sentenció él poniéndole las manos en la cintura.

—«Para siempre» es mucho tiempo —respondió ella, algo dudosa.

—A tu lado, «para siempre» no es suficiente —aseveró abrazándola muy fuerte, y luego le dio un cálido beso en los labios—. Te quiero, Julia. —Y la estrechó entre sus brazos, jugando con su pelo y respirando muy cerca de su oreja.

A Julia le costó respirar de repente. ¿Había dicho «te quiero»? ¿Ya? Ella no estaba preparada para decir eso todavía. Hacía una semana que le había pronunciado esas mismas palabras a Marcus por última vez, justo antes de subirse al avión. Y se lo dijo porque en ese momento así lo creía. Julia se vio confundida de nuevo respecto a sus sentimientos. Aunque los suyos por Marcus ya no eran los mismos, le costaba definir lo que Viktor le provocaba. ¿Le gustaba, lo deseaba, estaba enamorada o lo quería? ¿O era un merocapricho? No lo tenía claro, solo deseaba estar con él todo el tiempo. No sabía hasta cuándo ni qué sentía, pero en ese momento solo quería disfrutar ese tiempo con él, sin etiquetas. Quizá Viktor había tenido más tiempo para definirlo. No se preocupó más y decidió besarle sin decirle nada. Seguramente con ese gesto podría transmitirle mucho mejor lo que sentía que con palabras.

De vuelta al apartamento, pararon en un restaurante de comida regional para que Viktor se habituara a los sabores de esa tierra. A Julia no le gustaban especialmente esos lugares porque las opciones veganas escaseaban, pero Viktor tenía ganas de comer «algo típico».

Julia se plantó delante de su maleta con la intención de deshacerla, pero se vio invadida por la pereza. Llevaba varios días haciendo y deshaciendo y estaba un poco harta, solo quería llegar a un sitio del que no fuera a moverse más. Además, después de comer le solía entrar la modorra y prefirió tumbarse en la cama para echarse una siesta mientras Viktor se quedaba en el salón entretenido mirando unas cosas por el móvil. Lo primero que este vio fue el aviso de mensaje entrante.

Alberto:

¡Vik! ¿Todo bien por el paraíso? Viendo que no me has dicho nada, intuyo que no has salido ni de la cama, ¿eh, tigre? Dime que está tan buena como me la imagino.

Viktor negó con la cabeza; «este chico no tiene remedio», pensó con una media sonrisa. Algo de

razón sí que tenía, si Julia no se hubiera empeñado en salir de visita turística, no la hubiera dejado ni vestirse. Tanteó varias cosas para responderle antes de darle al *enter*.

Viktor:

Un caballero no habla de esas cosas.

Escueto pero efectivo, no dijo nada más. Aunque sabía que volvería al ataque en un día o dos.

Viktor estaba atento a unos vídeos sobre rutinas de ejercicios de un entrenador personal que había empezado a seguir en Instagram cuando Julia apareció en el salón con el mismo camisón que llevaba en el hotel y en el que Viktor no pudo fijarse apenas. Viéndolo tan centrado en lo que estaba haciendo como para reparar en ella, lo llamó con un silbido. Al verla, él se llevó una mano a la frente y negó con la cabeza.

—Julia, ¿por qué me provocas así? —dijo con una sonrisa lasciva.

—Pues es que me he despertado y lo primero que me ha llegado ha sido el olor de ese perfume con feromonas que usas y que impregna toda la almohada. Y, claro, mi cuerpo lo ha reconocido enseguida.

Viktor no pudo evitar reírse ante ese comentario.

—¿Feromonas? Me parto contigo...

Viktor se levantó y la agarró de la muñeca para arrastrarla hasta el dormitorio. Allí se besaron intensamente, como si se les fuera a acabar el tiempo y tuvieran que aprovecharlo. Se abrazaron, tocaron, sobaron y, cuando Viktor estaba llevando su mano derecha por el muslo de ella hacia arriba y llegó al trasero, se detuvo de repente.

—Julia, ¿no llevas nada debajo? —preguntó, asombrado.

—Quería facilitarte el trabajo —respondió ella, riéndose como una niña.

—Te vas a enterar —le reprendió con una voz grave y sensual.

Viktor se desvistió rápidamente y levantándole el camisón se la llevó a la cama, enredada a su cintura. Esa tarde la pasaron sin salir de la cama, sin llamadas, mensajes ni interrupciones de ningún tipo, solo ellos dos dándose mucho amor de todas las maneras posibles, explorando posiciones y ritmos, retorciéndose con susurros y caricias suaves, quedándose sin voz, sin respiración, sin fuerzas. Pasaron horas memorizando cada gesto, sonido y milímetro de piel. Como si tuvieran el mal presentimiento de que aquello iba a acabarse en breve y necesitaran aprovechar cada segundo de su tiempo.

Cuando se acercaba la hora de cenar, a Viktor se le ocurrió llevar a Julia a un sitio bonito y elegante. Ella acababa de salir de la ducha, con una toalla enrollada en el cuerpo y otra en la cabeza, y estaba buscando un modelito para ponerse esa noche. No tenía mucha ropa de ir arreglada, así que le pidió opinión a Viktor, que se había metido en la ducha.

—¡Viktor! —Julia asomó la cabeza por la puerta de baño—. ¿Qué me pongo para ir a cenar?

—¡Algo fácil de quitar!

—¿No me vas a dar un respiro?

—Te lo estoy dando ahora —dijo él sacando la cabeza por detrás de la mampara, con una mirada obscena.

A Julia le brillaban los ojos de la felicidad. Qué portento de hombre: guapo, fuerte, atento, romántico y un dios en la cama de los que no había. Se dijo a sí misma que moriría pobre, porque después de aquello no le iba a tocar la lotería nunca. No se puede tener todo, ¿no?

Julia encontró un vestido entre la ropa que había comprado unos días antes. Un vestido en color gris antracita, corto y estrecho de manga larga, pero con vuelo en la parte de abajo y con un escote

en V. Buscó unos pantis color *nude* y sus *salones* negros con plataforma. Viktor silbó cuando salió del baño y se tuvo que contener para no arrancarle el vestido en ese mismo momento. Rebuscó entre su ropa y se puso unos vaqueros oscuros y una camisa de rayas verticales muy finas de color blanco y azul clarito. La camisa era estrecha y se marcaban los músculos de los brazos y la espalda. Julia se había metido a toda prisa en el baño en el mismo segundo que quedó libre para maquillarse y secarse el pelo, y casi se le caen las bragas cuando lo vio esperándola de pie, con los brazos cruzados, con esa mirada que parecía desnudarla y el perfume que le llegó de golpe. Tragó saliva. «Resiste, Julia», se dijo a sí misma yendo a coger su bolso para salir.

Aguantándose mucho las ganas, salieron del apartamento y se metieron en el coche con rumbo a la zona de la Lonja, un entramado de calles estrechas en el mismo centro histórico de la ciudad, donde abundaban todo tipo de restaurantes caros. Dejaron el coche en el aparcamiento más cercano y caminaron agarrados hasta el Forn de Sant Joan, un restaurante elegante y sofisticado en el que los platos tienen nombres muy largos. Ambos sabían lo que vendría después de la cena. No sin esfuerzo, lo habían ignorado para poder llegar al restaurante.

Pero, mientras cenaban, todos los sentidos estaban puestos en disfrutar de ese momento. Era increíble cómo, estando juntos, cualquier cosa se convertía en un recuerdo mágico e imborrable. Algo que atesorarían toda la vida, pasara lo que pasara. No dejaron de hablar en ningún momento, pero sus miradas mantenían una conversación paralela. El amor, que a veces no logramos definir con palabras, porque es algo intangible que simplemente lo sientes o no lo sientes y que puedes tener más o menos facilidad para expresar, flotaba en el aire, y ambos eran conscientes. Julia estaba convencida de que lo que sentía por él era real y no un capricho. Y de que el recuerdo de Marcus, aún presente, ocupaba un espacio cada vez más reducido. Se sentía satisfecha y orgullosa por haber aparcado su miedo y haber dado carpetazo a una historia que no la hacía feliz. Porque en ese instante comprendió que con él no había sido feliz durante los últimos meses. Se aferraba a ello por el amor que aún creía sentir por él, por comodidad y por miedo al fracaso. Y lo comprendió en el mismo momento en el que sintió que lo quería a él, a Viktor. Porque con él sí que era feliz. Ese vuelco en el corazón que la advirtió de que por fin había conocido lo que era el amor de verdad. Un «te quiero» salió de sus labios, paralizando la conversación que estaban manteniendo. Y Viktor se inclinó sobre la mesa, colocó una mano tras su nuca y la acercó a él para regalarle el beso más lento y sensual que le habían dado nunca.

Llegaron al apartamento entre manoseos en el coche y besos apasionados en el ascensor. Cuando por fin entraron, fueron directos a la cama y se entregaron el uno al otro en una noche de amor y desenfreno que duró varias horas. Viktor, como ya venía siendo costumbre, se abrazó a ella y se durmió sintiéndose el hombre más feliz del planeta, y aterrado ante la posibilidad de despertar un día y comprobar que todo había sido un sueño.

Cuando los primeros rayos entraron a través del hueco entre ambas cortinas, Julia se despertó sobresaltada. Habían pasado muchas cosas esa última semana y había perdido su rutina por completo. Miró a Viktor y vio que seguía durmiendo, así que cogió su móvil y abrió el calendario, observándolo con auténtico pánico. Con mucho cuidado de no hacer ruido, salió del dormitorio y llamó a su hermana. «Ojalá estés en casa, Helena», pensó mientras oía el primer tono de llamada.

—Dime, Julia.

—Helena, necesito que me hagas un favor, es muy importante.

Capítulo 14

Julia estaba en casa de su hermana, sentada en el borde de la cama de la habitación de invitados, y Helena estaba a su lado. Justo después de colgar, se vistió con sumo cuidado para no despertar a Viktor y salió de la habitación, dejándole una nota. Su hermana llegó pronto; llevaba unos *leggings*, una sudadera y un moño de andar por casa. No estaba orgullosa de salir así a la calle, pero su hermana le había pedido que llegara lo antes posible, y así lo hizo. Julia apagó su teléfono en el mismo momento que vio llegar el coche de Helena y le hizo una señal para que la viera.

Y allí estaba Julia, aterrada, sujetando ese palito de plástico blanco por segunda vez en su vida, agarrándolo con el puño para no verlo y esperando a que pasaran unos interminables cinco minutos. Su hermana estaba sentada a su lado, sujetándole la mano.

—¿Por qué a mí, Helena? ¿Por qué ahora? —preguntó con voz trémula, a punto de desgarrarse, dando por hecho que se iban a confirmar sus temores.

—Tranquila, que seguro que es el estrés. —Helena le acarició el hombro de manera suave, tratando de calmarla, como tantas veces había tenido que hacer en el pasado.

—Una semana es mucho tiempo. Sabes mejor que yo que con la píldora no pasan estas cosas...

Helena calló y le dio un beso en la sien. Julia había empezado a tomar la píldora después de un susto. De eso habían pasado ya cinco años. Cinco años de probar diferentes marcas hasta dar con una que le fuera bien, cinco años de no preocuparse, cinco años desde que tiró el test negativo a la basura y decidió que no le volvería a pasar lo mismo. Hasta ese momento, en que estaba tan nerviosa y preocupada que el tiempo no pasaba y tenía un extraño sudor frío. No entendía cómo podía haber ocurrido. ¿Tenía que ser ella el 0,01 % de error?

Julia miró el reloj y vio que por fin pasaron los cinco minutos, pero no podía abrir la mano. No quería ver el resultado. Su hermana le acarició el brazo, dándole ánimos.

—¿Quieres que lo mire yo primero? —se ofreció Helena.

—Sí —respondió Julia mientras le tendía la mano con el test y giraba la cabeza para el otro lado.

Helena lo sostuvo en su mano izquierda y abrió muchísimo los ojos cuando vio el resultado. Al no decir nada, Julia se impacientó.

—Venga, Helena, dime ya que es negativo —pidió con una positividad impropia de ella.

Helena se lo acercó con la mano algo temblorosa.

—¿Helena? —gimió, girándose hacia ella de nuevo.

El temor que le rondaba la cabeza se confirmó al ver las dos rayitas rojas en el test. Bloqueo. Ansiedad. Incredulidad. Negación. Buscó el papel con las instrucciones para compararlo por si de casualidad las letras hubieran cambiado en esos minutos y fuera a decir que era negativo. No, aquello era el mundo real. El test era positivo, por mucho dolor que eso le provocara. El ambiente se cargó con un silencio siniestro que ninguna de las dos se atrevió a romper, ninguna de las dos sabía qué decir. Tras unos segundos en los que solo se oían algunas respiraciones sonoras y entrecortadas, Julia rompió a llorar desconsoladamente y su hermana la abrazó, sintiéndola agitarse sin control. Se quedó allí con ella, abrazándola sin decir nada, hasta que dejó de llorar.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Helena.

—No lo sé, pero tengo que hablar con Viktor —decidió secándose las lágrimas a manotazos.

—¿Te llevo?

Julia volvió al apartamento. Ese día había empezado como la mierda y todavía iba a empeorar más. Se pasó todo el camino en silencio, dándole vueltas al asunto, a las opciones que tenía y cuál creía que sería la correcta. Pero ninguna la convencía al cien por cien. Eso era una contrariedad en mayúsculas. Aunque ella prefería usar la palabra «putada». Su hermana le dijo que la esperaría por si acaso. Encendió el móvil y vio que Viktor le había escrito preguntándole dónde estaba. Respiró hondo y se dio ánimos a sí misma para hacer lo que había decidido hacer, que no era fácil. Cuando llegó al apartamento lo encontró en el sofá mirando el móvil.

—¡Julia, por fin! —dijo levantándose y yendo hacia ella—. ¿Dónde estabas? Te he escrito.

—Te dejé una nota —respondió ella, muy seria.

—Que te ibas a desayunar con tu hermana. Así, sin más. Podrías haberme despertado... o responder —replicó, desesperado.

—Viktor, no me gusta usar esta frase, pero tenemos que hablar —cortó de manera brusca, intentando hacerse la valiente, sin darse tiempo a darle más vueltas para no alargarlo más. Las verdades dolorosas es mejor decirlas rápido, como cuando te arrancas una tirita.

—No... —Algo dentro de él lo alarmó y ni siquiera intentó disimular. No le gustaba cómo había sonado aquello—. ¿Qué pasa? No lo entiendo. ¿No es verdad que hayas ido con tu hermana?

—Sí, he estado con mi hermana, pero no desayunando. —Julia lo agarró de la mano y lo llevó de nuevo al sofá—. Siéntate, por favor.

Ambos se sentaron y Julia sintió cómo algunas lágrimas empezaban a resbalar por su mejilla.

—Me estás preocupando. ¿Qué pasa? —atajó, queriendo evitar cualquier rodeo. Lo que fuera eso no era bueno, y quería saberlo cuanto antes. Esa tensión que sentía en el pecho era cada vez más oprimiente.

—Viktor —Julia levantó la vista, pero sin mirarlo a él—, lo siento mucho, he cometido un error contigo. No tendría que haber dejado a Marcus.

—¿Qué? —Viktor se separó un poco de ella.

—No te quiero, Viktor, no estoy enamorada de ti —zanjó Julia secándose las lágrimas con el dorso de la mano.

—Julia, mírame. —Viktor le puso la mano en la barbilla, obligándola a girarse hacia él—. ¿Me estás diciendo que no me quieres, ahora, de repente, después de todo esto? ¿A qué vino lo de ayer? ¿Lo fingiste?

Julia no contestó, solo seguía llorando. Las palabras se atascaron en su garganta y no eran capaces de salir.

—Julia, dime qué pasa. Pero dime la verdad —le exigió él, soltándola y tensándose cada vez más.

—No, Viktor. Esa es la verdad. —Julia parpadeó pausadamente, sintiendo las pestañas mojadas y más pesadas de lo habitual.

—Pues dímelo mirándome a los ojos. —Julia lo observó, incapaz de responder—. Julia, mírame y dime que esto ha sido un error, que no me quieres, que sigues enamorada de Marcus.

—Esto ha sido un error —recitó ella mirándolo fijamente a los ojos.

—Dime que no me quieres, que no estás enamorada de mí.

—Por favor, Viktor... —suplicó, tratando de acabar cuanto antes aquella tortura.

—Por favor, ¿qué? ¿Qué? —explotó alzando la voz—. No te entiendo, Julia. ¿Me quieres decir que ayer por la noche me querías y hoy, cuando te has despertado, ya no? ¿A dónde has ido con tu hermana?

—A su casa.

—Y si no habéis desayunado, ¿qué habéis hecho?

—Viktor, en serio, es mejor dejarlo así —pidió entre sollozos.

—¿Mejor para quién? Si me dejas, me gustaría saber por qué. Me parece lo más justo. He sacrificado mi trabajo por ti, estoy aquí por ti. Al menos dime por qué.

Julia lo escrutó con desconfianza. Sus ojos transmitían tanto que sus palabras sobraban. Su mente era incapaz de procesar ese nuevo contratiempo. Ella se había preparado para dejarlo de la manera fácil. Un «no te quiero» soltado a bocajarro, un «lo siento», unas lagrimitas para nada fingidas y la esperanza de quedar como amigos. ¿Como amigos? Imposible.

Pero Viktor tenía razón. Él lo había apostado todo a esa relación, renunciando a su trabajo y su vida anterior. Y lo había hecho por Julia, sin que ella le hubiera pedido nada. Tenía derecho a saberlo, y si no había querido involucrarlo era más por la discusión que sabía que vendría luego. Resopló mirando al suelo y se levantó para coger el bolso, el cual había dejado encima de la mesa.

—¿Dónde vas a ahora? —preguntó Viktor, cada vez más exasperado y necesitado de respuestas.

Pero Julia no respondió. Cogió su bolso y volvió a sentarse. Rebuscó dentro de él hasta encontrarlo. Miedo. Dolor. Adiós a la mejor vida que podría tener.

—Tienes razón, Viktor. Preferiría que te mantuvieras al margen, pero tienes derecho a saberlo. —Sacó el test y se lo enseñó. El gesto de Viktor se debilitó. Pasó de estar enfadado a... confundido—. Estoy embarazada, Viktor.

—Julia... —Viktor suavizó la voz, mirándola tiernamente a los ojos, y se acercó a ella, posando una mano sobre su rodilla—. Sigo sin entenderlo..., ¿me dejas por esto? ¿Por qué?

—Porque es una carga que no te corresponde. —Viktor la miró, esperando más explicaciones—. Es de Marcus. Y lo voy a tener. Y no quiero alejarlo tres mil kilómetros de su padre, no me parece justo. Volveré con él.

La cara de él mostraba toda la confusión, sorpresa y decepción que en ese momento estaba sintiendo. Sabía perfectamente que, si a esas alturas el test salía positivo, solo podía ser de Marcus, aunque por un segundo hubiera deseado que fuera suyo y que no se tuviera que marchar. Cerró los ojos, llevándose una mano a la frente, y se inclinó apoyando los codos en las rodillas. Aquello no podía estar pasando.

—Viktor, ya lo estaba cuando vine, pero no lo sabía. Podría haberlo sabido antes de dejar a Marcus, pero han sido unos días muy locos... Me dijo que me perdonaba si volvía. Y eso es lo que haré. Volveré a Estocolmo y lo tendré allí, porque no lo voy a criar sin su padre, ¿entiendes?

Viktor se incorporó de nuevo y la miró, transmitiéndole toda la inquietud que sentía. Esa decisión le dolía más por ella que por él. No estaría segura con Marcus y él no podría protegerla. Ya no. Y si se acercaba a ella, la pondría más en peligro.

—Creo que estás loca, Julia. Y me lo haces pasar mal, no podré estar tranquilo nunca. Un tío como él..., al que has dejado... ¿Puedes estar segura de que no te hará nada?

—¿Un tío como él? —preguntó ella elevando una ceja.

—¿Es peligroso, Julia! —Viktor gritó, levantando los brazos—. ¿Dices que te perdona si vuelves? Mentira, te lo va a sacar siempre. Julia —rebajó el tono de voz de nuevo—, no te puedo decir que no lo tengas porque eso es una decisión personal, pero no se lo digas, quédate conmigo, yo me hago cargo.

—No, Viktor, no saldría bien —se justificó ella negando con la cabeza.

—¿Por qué no? —preguntó él haciendo aspavientos con las manos.

—Porque sería empezar una relación por un embarazo, con todo lo que eso conlleva. Y luego criar a un niño, que encima no sería tuyo... Te vas a cansar enseguida. Si las parejas que llevan años juntas discuten en esos momentos, imagínate nosotros... Romperíamos algo precioso, y es

mejor que nos quedemos con este recuerdo.

—Pues... —empezó a decir Viktor, con una voz entrecortada— veo que ya lo tienes todo muy planeado. ¿Cuándo te vas?

—Hoy mismo, si puedo. —Ambos se miraron y hubo una larga pausa, ninguno se atrevía a decir nada que finalizara esa conversación. No querían que acabara. Porque cuando ese momento terminara, pondrían punto final a aquello que habían empezado con tanta ilusión y que los estaba haciendo inmensamente felices. Pero ya solo podían hacerse más daño—. Te echaré de menos.

—Y yo a ti. Pero hazme un favor, no me llames.

—Viktor... —Julia le intentó coger una mano, pero él la apartó y miró para el otro lado—, no seas injusto, tampoco es fácil para mí, no lo he hecho a propósito...

—Lo sé, no te culpo. Pero... no me llames. —Hizo una pausa, preparándose para lo que iba a decir—. Y ahora vete, por favor.

Julia lo miró con lágrimas en los ojos y se obligó a levantarse, luchando por no abrazarlo y despedirse de él de otra manera. Luchando por no hacer caso a sus sentimientos. Claro que no quería volver con Marcus. Claro que sabía que era peligroso. Pero lo conocía y sabía que, en el fondo, estaba haciendo lo mejor para ella y para su hijo. Muy en el fondo. Fue al dormitorio a buscar su maleta. Por suerte no la había deshecho, así que recogió las cosas que habían quedado fuera y las metió a presión. Cuando estuvo en la puerta de la habitación se detuvo para despedirse, pero no le salió ninguna palabra. Viktor le esquivaba la mirada y eso le dolía aún más.

Con mucha pena, pasó por delante de él. Él tampoco dijo nada. Ya estaba todo dicho. Él le había ofrecido una alternativa, en su opinión, viable. Reconocerlo como hijo suyo, criarlo juntos y no decirle nunca nada a Marcus. Ya le había demostrado con creces que él era diferente a lo que conocía, que lo único importante para él era ella y que le importaba tres cojones quién era el padre biológico. Echar un polvo no te convierte en padre. Estaba convencido de que lo hubiera criado mucho mejor él, sin necesidad de ser su padre, que Marcus, siempre tan ocupado. Seguro que lo único que haría sería pagarle todos los caprichos. Y Julia..., eso no podía ni pensarlo. No solo no sería feliz con él, sino que a saber el daño que le iba a causar. Y más después de lo que había pasado. No se fiaba nada de ese perdón. Por eso tenía que hacerse el dolido y pedirle que no lo llamara. Por si Marcus la vigilaba y veía que habían estado en contacto.

Una vez que ya estuvo en casa de su hermana, revisó el vuelo de vuelta que tenía reservado y se llevó una sorpresa al ver que Marcus no lo había anulado. Cojonudo. Al menos se ahorraría comprar uno nuevo. Comprobó la hora de salida y descubrió que tenía una hora para ir al aeropuerto. Estaba tan alterada que llamó a Sara.

—¡Vaya! Menos mal que me llamas, porque empezaba a preocuparme que pudieras estar muerta por alcanzar el récord en orgasmos consecutivos...

—Vuelvo a Estocolmo. —Sara notó la voz entrecortada, como si hubiera estado llorando.

—A ver, dime qué ha pasado. Porque me niego a pensar que Viktor haya hecho algo.

—Él no, pero yo sí. Estoy embarazada.

—¿Cómo?

—Y lo voy a tener. Y no quiero separarlo de su padre.

—A ver, Julia...

—¿Qué probabilidad había de que fallara la píldora? ¡¡Un puto 0,01 %!! Ahora que estaba con el hombre más increíble del mundo... —la interrumpió Julia con la voz desgarrada y un sollozo incontrolable.

Durante unos segundos no se oían más que los gimoteos y los suspiros ahogados de Julia. No era una conversación fácil de mantener.

—Cariño..., lo siento mucho. —Hizo una pausa—. ¿Cuándo vuelves?
—En una hora, voy a usar el vuelo que tenía de vuelta, Marcus no lo canceló.
—¿Y vas a volver con él?
—Supongo... —respondió Julia con vaguedad.
—¿Lo quieres? —inquirió de Sara de manera suspicaz.
—Ahora ya no, pero en su momento lo quise. Quizá lo vuelva a hacer con el tiempo.
—Bueno, no te fuerces. Ya llegará...
—Viktor me ha pedido que no lo llame —soltó con su voz más triste.
—Julia..., pero eso es porque ahora mismo está enfadado y dolido, es normal. Dale tiempo. Un día, cuando menos te lo esperes, volveréis a hablar.
—No creo, pero bueno..., gracias por estar siempre ahí.
—Llámame cuando me necesites.

Julia llegó a Estocolmo y se subió a un taxi que la llevaría a la oficina donde trabajaba Marcus. Sabía que lo encontraría allí porque siempre era de los últimos en salir. Cuando llegó, le preguntó a la recepcionista si podía avisarlo y, después de colgar, esta le pidió que esperara cinco minutos, que enseguida bajaba. Julia se sentó en uno de los sillones de la recepción, preparándose el discurso que le iba a dar a Marcus. Lo había repasado durante todo el vuelo, pero aun así no sabía si sería capaz de acordarse llegado el momento. Las piernas le empezaban a temblar, las palabras vagaban sin rumbo en su cabeza y la garganta se le estaba quedando seca.

—¡Julia! ¿Qué haces aquí? —La voz completamente fría y distante de Marcus la asustó, causando un pequeño e imperceptible saltito en el asiento.

Marcus había bajado antes de lo que ella esperaba y la pilló desprevenida.

—Marcus... —dijo mientras se levantaba—. Tengo que hablar contigo.

—La última vez que me dijiste esas palabras no fue para nada bueno —le reprochó cruzando los brazos a la altura del pecho y mirándola con cierto resentimiento.

—Marcus, ¿podemos hablar? Es importante —suplicó ella en un tono más que cordial.

—Está bien, ven —accedió él haciéndole un gesto con la mano para que lo siguiera.

Marcus dejó el equipaje de Julia en la recepción y la guio hasta su despacho. Los dos iban en silencio, como dos desconocidos, sin mirarse, sin tocarse, como si Julia fuera una empleada más.

—Pasa —le indicó, abriendo la puerta.

Julia entró en ese despacho, en el que ya había estado otras veces, y se percató de que Marcus había quitado la foto que tenía sobre su mesa. Una foto que se habían hecho durante su viaje a Islandia y que él colocó en su escritorio para recordar que tenía la «novia más maravillosa del mundo», tal y como le había explicado a ella en su momento.

—Toma asiento —indicó él, ofreciéndole una silla delante de su mesa, mientras se sentaba en la suya. ¿De verdad la estaba tratando como a una empleada? Julia se sentó y lo miró, sin atreverse a decir nada. De repente le entraron dudas de que estuviera haciendo lo correcto—. Tú dirás, Julia. No te mentiré, me encanta que estés aquí, pero... supongo que si te has metido en un avión durante cuatro horas será por algo que no puedas decirme por teléfono...

—¿Has quitado la foto? —preguntó Julia con nerviosismo.

—Está en un cajón. Julia, te sigo queriendo, pero no podía tener esa foto ahí, recordándome todo el tiempo que..., en fin, lo idiota que fui. Pero no has venido para decirme eso —conjeturó poniendo los codos en la mesa e inclinándose hacia delante.

—No —admitió ella, negando muy despacio con la cabeza—. Marcus, yo... quiero que valores mucho que haya venido a decirte esto y que tengas en cuenta que otra en mi lugar no lo habría hecho. Y si lo hago, es por todo lo que hemos vivido juntos.

—Julia... —dijo él sin entender a qué venía todo eso—, entiendo que sea difícil para ti, pero necesito que me lo digas ya.

—Marcus... —Julia sacó el test y se lo puso encima de la mesa—. Vas a ser padre.

Capítulo 15

Marcus observó el test de embarazo durante unos segundos, incapaz de reaccionar. Si Julia no lo hubiera dejado hacía unos días, sería el hombre más feliz del mundo. Pero, con lo que había pasado, tenía sus dudas sobre lo que le estaba diciendo. Se le escapó una pequeña sonrisa, pero inmediatamente volvió a ponerse serio.

—Que estés embarazada no significa que yo vaya a ser padre, Julia. —Marcus se cruzó de brazos y se apoyó completamente en el respaldo de la silla.

—¿Qué? —exclamó ella con brusquedad—. ¿Crees que he dejado a Viktor y he venido hasta aquí, aún a riesgo de que me puedas hacer daño, para decirte esto si no fueras tú el padre? ¿Crees de verdad que lo haría? ¿Qué interés tendría si no fuera tuyo, Marcus?

—¿Has dejado a Viktor? —Marcus se inclinó hacia delante y apoyó sus antebrazos en la mesa. Como si eso fuera lo que esperaba que le dijera desde el minuto uno, porque lo demás no le importaba. Y no había tenido ni que preguntárselo.

—Marcus, ¿qué clase de mujer crees que soy? —Julia estaba hablando muy fuerte y de prisa, gesticulando mucho con las manos—. He venido para estar contigo, para que podamos criar a este hijo juntos. No estaré jugando a dos bandas. Podría no haberlo dejado. Podría haber seguido contigo mientras estaba con él, porque con la cantidad de horas que trabajabas ni te habrías enterado. Pero no soy así, y me ofende que, después de un año, no me conozcas lo suficiente como para pensar que sería capaz de eso. Y, la verdad, empiezo a pensar que venir hasta aquí ha sido un error.

—No, Julia. Perdón, tienes razón. Es solo que... me hace mucha ilusión ser padre, de verdad. Sabes que era algo que deseaba. Pero tengo miedo de que un día me vuelvas a decir que te has cansado de mí...

—Marcus —Julia suavizó el tono de su voz—, esta vez es diferente. Se trata de un hijo. Yo he venido hasta aquí sabiendo lo que hay, para que pueda estar con su padre. Así que no puedo irme porque no me hagas caso. Lo asumo, tienes una gran responsabilidad en el banco. Y si no quieres estar conmigo..., pues no pasa nada, lo entiendo.

—Julia, no, ¿cómo no voy a querer estar contigo? Si es lo que más deseo... y me vas a hacer padre... —Marcus no pudo ocultar su sonrisa—. ¡Dios! Julia, soy el hombre más feliz del mundo. Mira, vamos a hacer una cosa... ¿Quieres esperarme abajo unos quince minutos? No creo que tarde más de eso. Termina con una cosa y nos vamos a casa, ¿vale? Y allí lo hablamos con más calma. O, si prefieres ir a casa ya, llamo a Henrik para que te lleve. Prometo que acabo rápido.

—Te espero abajo —concluyó ella mientras se levantaba.

Marcus se puso de pie y se acercó a Julia para darle un fuerte abrazo, aunque ella se quedó completamente inmóvil. Marcus le dio un beso en la mejilla y se separó de ella. Julia no sintió nada. No quedaba nada de lo que hubo. Eso que dicen de que «donde hubo fuego siempre quedan rescoldos», nada, mentira.

—Bueno, te prometo que en quince minutos o menos estoy abajo, ¿vale?

—No te preocupes, espero.

Julia salió del despacho y bajó a la recepción. Se sentó en el sillón más apartado y sacó su móvil del bolso. Quiso llorar, pero se aguantó las ganas. ¿Qué estaría haciendo Viktor? Sus palabras resonaban en su cabeza hasta hacerle daño. «No me llames. Y ahora vete, por favor».

Miró hacia el techo inspirando profundamente para evitar ponerse a llorar. Se encontraba sola en esa ciudad. Sola y sin él. Su amigo, su paño de lágrimas. No debería haber dejado a Marcus. Ahora seguiría siendo su escolta. Un suspiro anhelante. Otro. Se acordó de Alberto. Se sentía tan sola allí... Marcó el número esperando que estuviera ocupado y no le contestara.

—¡Julia, qué sorpresa! No esperaba que me llamas...

—Estoy en Estocolmo —Su tono era tan serio que él se percató enseguida de que algo iba mal.

—¿Qué? No entiendo. ¿Habéis vuelto? ¿Por qué no me habéis dicho nada?

—He venido sola.

—¿Cómo? ¿Y Viktor? —Julia imaginaba que su cara sería todo un poema, por el tono que estaba utilizando.

—No sé nada de él, me ha dicho que no lo llamara.

—Vale. ¿Me vas a decir lo que ha pasado?

—Que era demasiado bonito para ser verdad. —Julia suspiró profundamente.

—¿Qué cojones significa eso?

—Que he tenido que volver con Marcus.

—¿Cómo que «has tenido que»? —pronunció esas tres últimas palabras como si pesaran, dejando un espacio entre ellas—. ¿Te ha amenazado?

Julia vio a Marcus y no tenía ganas de dar más explicaciones por ese día. Decidió colgar e intentar hablar con él en otro momento, sin Marcus delante.

—Eh..., ¿podemos hablar otro día? Te lo explicaré todo, ¿vale? Ahora me tengo que ir. Estamos en contacto. ¡Chao!

Julia guardó su móvil en el bolso, sintiéndose fatal por dejar así a Alberto. No se merecía que le hubiera hablado de aquella manera cuando claramente se estaba preocupando por ella. Pero no le quedaba otro remedio. Se dirigió hacia donde estaba Marcus y le sonrió tímidamente. Marcus le tendió la mano, sonriéndole. Julia la agarró y fueron hacia el coche.

Una vez que llegaron a casa, Julia fue a dejar el equipaje en la habitación y al volver al salón se encontró con Marcus sentado en el sofá, esperándola. Recorrió el espacio con tristeza. Lo único bueno de haber regresado era, sin duda, volver a vivir allí. Esa casa le encantaba, pero estaba llena de cosas que ahora mismo le producían dolor. Había muchos recuerdos desagradables entre aquellas paredes, pero los que más le agobiaban eran aquellos en los que discutían, que no eran pocos. Julia se sentó a su lado, mirando el suelo y haciendo círculos con un pie.

—Julia, ¿qué pasa?

—Nada —dijo ella negando con la cabeza.

Una mentira que no coló. Marcus no era idiota y sabía que pasaba algo. Es más, creía saber perfectamente lo que pasaba. Viktor pasaba. La sombra de Viktor iba a estar pululando por allí durante un tiempo, y ambos los sabían. Decidió ignorarlo. Si quería recuperarla, sabía perfectamente que debía dejarle algo de tiempo, y ponerse a discutir no la acercaría a él.

—Bueno, Julia, creo que hay muchas cosas de las que tendremos que hablar, pero no nos vamos a gobiar ahora con eso. —Julia lo miró y le sonrió, dándole las gracias con la mirada—. Pero hay otras cosas que deberíamos ver ahora. Primero, ¿te vas a sentir incómoda conmigo aquí? ¿Quieres que me vaya?

—No, tranquilo. Puedes quedarte.

Julia preferiría no estar con él, pero el miedo a la soledad era aún más grande.

—Vale. Segundo. Entenderás que, estando embarazada, no permitiré que vayas sin escolta..., pero esta vez no seré tan benevolente, tienes que entenderlo. De momento puedes apañarte con Henrik, él te llevará donde necesites mientras encuentre uno adecuado para ti. Uno... —expulsó el

aire de sus pulmones— uno al que no le cojas tanta confianza.

—Está bien, Marcus, lo entiendo perfectamente.

Julia hubiera agradecido que llamara a Alberto, pero seguramente él creía que no podía confiar en él. Al fin y al cabo, Alberto y Viktor eran amigos. Bueno, poco importaba eso. Un escolta es un escolta. Solo es alguien que te acompaña a todos lados.

—Y tercero. Pide cita para el médico y avísame cuando la tengas para que me pueda organizar en el trabajo, porque quiero ir contigo.

—¿Vas a venir? —preguntó ella con una expresión de asombro.

—Claro, Julia. No me perderé ninguna cita. —Marcus le sonrió y la cogió de las manos—. Ninguna. Lo prometo. Voy a ser el mejor padre.

Marcus estaba tan emocionado que agarró a Julia del cuello y la besó. Ella no se lo esperaba y no sabía cómo reaccionar. Él, viendo que no encontraba resistencia, aprovechó para abrazarla fuertemente y atraerla más hacia él. Julia quería sentir algo, dejarse llevar. «Donde hubo fuego...», pero solo podía acordarse de Viktor. Sus besos y abrazos la habían transportado a otro mundo. Su cuerpo perfecto, su manera de hacer el amor, de susurrarle, de acariciarla... Quería esforzarse para volver a enamorarse de Marcus, pero Viktor se había colado en todas sus células y le había dejado un recuerdo imborrable. Era un listón demasiado alto para que se pudiera superar.

—No sabes cómo te he echado de menos, Julia —le susurró él al oído mientras la abrazaba—. Qué bien que hayas regresado. Que sepas que he vuelto a poner la foto en la mesa.

A Julia se le erizó la piel. Parecía mentira que, después de todo, Marcus siguiera provocándole aquella reacción. ¿O era porque estaba pensando en Viktor? ¡Joder, Viktor! ¿En qué momento le pareció buena idea dejarlo para volver con Marcus? ¿Por qué estaba dispuesta a sacrificar su felicidad de aquella manera? A Julia se le escapó una lágrima y se apartó de Marcus. Al verlo tan extrañado, se levantó y se fue corriendo a la habitación. Unos segundos después, Marcus fue tras ella. Abrió la puerta y la vio tumbada boca abajo en la cama, llorando.

—Julia, ¿estás bien?

No, no lo estaba. Pero ¿cómo iba a decirle que había abandonado al hombre que más feliz la había hecho, el hombre del que estaba enamorada y que encima le había echado los mejores polvos de su vida, por la estúpida idea de querer jugar a ser la familia feliz? «Familia feliz» con Marcus era un concepto que le sonaba irónico. Pero albergaba el espantoso —e infundado— presentimiento de que tener ese hijo con Viktor lo arruinaría todo y se acabaría convirtiendo en un infierno. O que Marcus se enterara —con alguno de esos recursos suyos, ejem, detective privado, sobornos, etcétera— y le hiciera la vida imposible. No podría soportar la idea de que apareciera algún día, muerto de resentimiento, con una orden del juez para quedarse él con la custodia.

Julia no podía contestar. ¿Qué le iba a decir? Estaba tan claro lo que pasaba que Marcus no tardó en darse cuenta. Se sentó en el borde de la cama, a su lado, y le puso una mano encima de la espalda, acariciándola.

—Julia, ¿por qué has venido? No quieres estar conmigo. —Marcus utilizaba un tono tan delicado que a ella le pareció una persona completamente diferente.

—Sí que quiero.

—Quieres estar con él, no conmigo.

Boom. Y en solo seis palabras, el aire se llenó de algo denso y plúmbeo que dificultaba la respiración. Marcus no sabía ni cómo había conseguido sacar todas esas palabras que parecían estar atascadas en su garganta. Tenía la esperanza de que lo suyo con Viktor hubiera sido un capricho. Un entretenimiento que había encontrado para desquitarse de todo el daño que él mismo le había producido. Que había estado dolida y se había dejado llevar por una ilusión. Que lo

hubiera hecho por venganza. Incluso que hubiera sido una canita al aire le hubiera dolido menos que eso. Pero no, tenía que aceptar que lo que Julia había tenido con Viktor era algo real, que se querían y que los motivos de su separación habían sido fortuitos, una carambola del destino.

—Ya te he dicho que me hace muy feliz que hayas vuelto, pero si vas a estar así..., huyéndome...

—Marcus..., solo necesito un poco de tiempo. Me he hecho el test, lo he dejado, me he subido en un avión... Ha sido un día muy intenso. Dame un poco de tiempo y todo volverá a ser como antes.

—*Okey*, tranquila, descansa. Esta noche me iré a casa de mis padres. Te veo mañana por la tarde. Si necesitas ir a algún sitio, dímelo y te mando a alguien. Y llama al médico.

Marcus se acercó a ella y le dio un beso en la mejilla mientras le acariciaba el pelo. La observó unos segundos sin atreverse a hacer nada que la incomodara más y luego se fue. Cuando ella oyó el sonido de la puerta cerrarse, se derrumbó y lloró sin contenerse.

A la mañana siguiente, Julia se despertó cansada, no había dormido apenas y no tenía casi nada de hambre. Miró el reloj y vio que eran las diez. Buscó en su móvil el teléfono de su ginecóloga y pidió cita. La secretaria le hizo un par de preguntas y le dijo que era mejor esperar un par de semanas para que se viera algo en la ecografía, así que le dio cita para unos quince días más tarde y la anotó en su agenda.

Cuando colgó y vio a Alberto como la penúltima llamada realizada, se acordó de lo mal que lo trató el día anterior, cortándolo tan bruscamente sin decirle nada. Pobre, merecía una explicación y una disculpa. Además de que seguía necesitando hablar con alguien. Marcó la tecla de llamada mientras revisaba los armarios de la cocina.

—Julia, que sepas que estoy muy enfadado contigo. —Y el tono desabrido con el que lo dijo la inquietó.

—Lo sé, te debo una disculpa. ¿Estás libre?

—Sí, ¿por?

—Me gustaría hablar contigo. Ayer no te llamé en un buen momento y tuve que colgar, lo siento. ¿Podrías venir a casa?

—Dame una hora.

Fue seco y cortante. Pero había algo en su voz que le sonaba a curiosidad, a interés. Como si en el fondo quisiera saber qué había pasado.

Julia se exprimió unas naranjas y se hizo unas tostadas con tomate y aceite. Después de desayunar se fue a duchar y se puso un vaquero con una sudadera y unas deportivas. Se peinó vagamente y ni se molestó en maquillarse. Después, la invadió la soledad. Quería llamar a Viktor, saber cómo estaba, decirle que se arrepentía mucho y que quería volver. Pero le había dicho que no lo llamara, y esas palabras le dolían en el alma. ¿Qué estaría haciendo? ¿Estaría pensando tanto en ella como ella en él? Encendió la tele para distraerse, pero se quedó haciendo *zapping* por inercia sin prestar demasiada atención a los programas.

Alberto no tardó en llegar. Y cuando Julia le abrió la puerta y le vio la cara supo que algo grave había pasado. No la conocía demasiado en el plano personal, pero, a pesar de ser una chica bastante casual a la hora de vestirse, nunca descuidaba su pelo y su maquillaje. Y esas ojeras eran terriblemente delatadoras de una mala noche. Alberto no pudo disimular su consternación.

—¡Dios! Julia, ¿qué te ha pasado?

—Una mala noche, no he dormido casi nada —comentó con vaguedad.

Se apartó y le hizo un gesto indicándole que pasara. Una vez traspasado el umbral, cerró la puerta y se quedó de pie, apoyada sobre la madera, mientras que Alberto estaba en el centro del

salón, viéndola, sin saber qué pensar.

—Julia, ¿qué ha pasado con Viktor? —preguntó él con una voz muy serena, transmitiéndole mucha confianza.

Julia se tapó la cara con las manos e hizo un esfuerzo por no llorar. Finalmente, miró a Alberto y le indicó que se sentara. Fue a buscar unos refrescos y se sentó a su lado, dejando las latas encima de la mesita.

—Gracias —dijo él abriendo el refresco de cola—. Me niego a creer que te haya hecho algo.

—¿Viktor? Qué va, es increíble, es... —Julia miró hacia arriba— un chico impresionante. Me dijo cosas maravillosas, me hizo vivir unos días imposibles de olvidar y yo me estaba enamorando de él... —Alberto la escuchaba con atención, esperando una explicación de lo ocurrido—. Lo que pasa es que creo que me precipité, y mucho, dejando a Marcus. Porque ahora que he estado con Viktor dudo que pueda volver a querer a Marcus como lo hice en su momento.

Julia lo miró y sabía por su cara que no entendía nada de lo que le decía. Lógico, a veces no lo entendía ni ella.

—Estoy embarazada —aclaró Julia en un tono apagado y mohíno.

—¿Qué? —Alberto casi se atragantó—. ¿De Marcus? ¿Por eso has vuelto?

—No me parecía bien alejarlo de su padre. —Hizo una pausa, llevándose las manos a la zona baja del vientre y mirando hacia abajo—. Siento que estoy haciendo lo correcto, pero no puedo ignorar lo que he vivido con Viktor, lo feliz que me he sentido. Si no hubiera dejado a Marcus y no hubiera vivido esto... ahora mismo sería mucho más fácil acercarme a él. Y Viktor ahora no me odiaría.

—No creo que te odie, Julia. —Alberto le puso una mano encima del hombro.

—Me dijo que no lo llamara. —Y lo dijo con cierta desilusión.

—Bueno..., a mí no me coge el teléfono tampoco... No creo que sea así para siempre. Está dolido, necesita algo de tiempo.

—Ya... —Julia miró al suelo.

—Y Marcus, ¿qué dice? —preguntó él después de dar un trago.

—Él está encantado. —Julia mostró una sonrisa falsa—. Está feliz de que haya vuelto con él y de que vaya a ser padre ya.... Imagínate. Feliz de la vida.

—Pero explícame una cosa. ¿Se lo contaste y te obligó a venir y a volver con él o...?

—No, tranquilo. —Julia negó despacio con la cabeza—. Fue decisión mía volver a Estocolmo. Mi idea era formar una familia si él estaba dispuesto. Y él quiso retomar la relación. Aunque hubiera entendido que no hubiera querido saber nada de mí.

—¿Él ha accedido a volver? ¿Después de que lo dejaras por otro?

Julia se encogió de hombros.

—Me llamó el viernes para decirme que me perdonaba si decidía volver.

Alberto dibujó una mueca de incredulidad.

—Eso suena muy raro. ¿Me estás diciendo que te llamó el mismo día que se enteró de que había pasado algo entre Viktor y tú para decirte que no pasaba nada, que te perdonaba?

—La verdad es que cuando me llamó le di largas. Las cosas no acabaron bien. Ni me despedí de él cuando me fui. Y luego me enteré de que estaba embarazada. Si no me hubiera llamado, seguramente no estaría aquí.

—Uhm..., no sé. Que a uno lo dejen por alguien que considera «inferior», y más aún si cabe la posibilidad de que haya habido cuernos, no es algo que se perdona tan fácilmente.

—A mí también me extrañó. Aunque he de decir que aquí el «inferior» es Marcus, no Viktor —puntualizó, levantando el dedo índice.

—Ya me entiendes. Marcus tiene pasta y Vik era tu escolta. Es esa clase de humillaciones que a los tíos no nos gustan.

—Ya..., igual hay muchas cosas que Marcus debería aprender. Cosas que no se compran —suspiró, afligida.

La conversación se alargó poco más de una hora. Tiempo suficiente para que Alberto se diera cuenta del estado de soledad y desamparo en el que se encontraba Julia. No eran amigos, ya no tenía la obligación de protegerla, pero por lo que habían vivido esos últimos días y por Vik se prometió a sí mismo que no la dejaría sola. Ya no solo por suplir esa figura de amigo que antes cubría Viktor, sino también porque de esa manera se enteraría si Marcus se atrevía a hacerle daño. Algo que solo podría saber estando en contacto con ella.

Después de despedirse con un «llámame para lo que necesites» bastante imperativo, Julia se sentó de nuevo en el sofá, inspeccionando aquella estancia como si le resultara extraña, y no pudo detener las lágrimas que caían libres por sus mejillas. Lágrimas de soledad, de derrota, de pérdida y de culpa. La culpa de no hacerse ese maldito test antes de dejar a Marcus, de precipitarse dejándolo. La pérdida del que consideraba el mejor hombre con el que había estado nunca y con el que jamás volvería ni a cruzar dos palabras, y que se evaporaría de su memoria con la llegada de nuevos recuerdos. La derrota que significaba renunciar a algo increíblemente maravilloso y volver atrás, a algo que estaba lejos de llenarla por completo. Y la soledad de volver a verse en una ciudad extranjera, alejada de las personas que quería y despojada de aquellas cosas que le daban valor a su vida allí.

Espaciando cada vez más los hipidos y gimoteos y con la mano húmeda de limpiarse las lágrimas, se repetía una y otra vez, tratando de convencerse, que había actuado de manera correcta, que eso era lo mejor. Sacó el móvil y abrió la aplicación de música para reanudar la *playlist* donde la había dejado el día anterior de camino a las oficinas del banco. *A Day To Be Alone*, de One Less Reason, seguía sonando. Se tumbó descalza, acomodándose un cojín bajo la cabeza mientras dejaba pasar las canciones, hasta que se le acabó la poca batería que le quedaba. Una lista de reproducción que, por alguna extraña circunstancia, consiguió adormecerla entre varios pensamientos y recuerdos que cruzaban su mente sin ninguna clase de orden, tropezándose unos con otros. Pero entre los que había uno recurrente que pugnaba por imponerse frente a los demás: «¿Y ahora qué?».

AGRADECIMIENTOS

Este libro nació hace poco más de un año, como un *hobby*. Siempre me ha gustado escribir y decidí volver a hacerlo, después de más de diez años, tras tener un sueño extrañamente inspirador. No tenía ninguna intención de materializarlo, ya que pensaba que ni siquiera sería capaz de acabarlo —y así lo creí infinidad de veces cuando me quedaba bloqueada y no sabía cómo continuar—, pero las musas me acompañaron y escribí tanto que me salieron dos (perdonad que os haga esperar para leer la continuación, os prometo que valdrá la pena).

En primer lugar, quería dar las gracias a mi marido, mi fan número uno, por sus constantes ánimos y su confianza ciega en mí. Por no permitir que me derrumbara y abandonara, por hacerme creer que valía para esto y por ser mi primer lector, ese que me avisa si la historia se desvía del camino.

En segundo lugar, a Marina y Alex (sé que te encantará ver que te llamo por tu nombre, aunque sea solo una vez), mis lectores beta. Gracias por vuestros comentarios, tanto positivos como negativos, sobre todo por los negativos. La historia no sería lo que es sin vosotros.

A todas las personas (fémimas en su casi totalidad) que al saber que estaba escribiendo un libro me dijisteis que lo queríais leer. Espero que no os haya defraudado. No pongo vuestros nombres porque, así como soy, seguro que me dejo a alguien.

A José Manuel, a Taira y a todo el personal de Rubric. Gracias por acompañarme en mi sueño y hacer mi libro tangible.

Y, cómo no, a ti, que has escogido este libro entre todos los que había disponibles y le has hecho un hueco en tu estantería.